

Cuicuilco

México, Julio/Septiembre 1991 ISSN 01851659

27



Reinterpretaciones
Mesoamericanas

CUICUILCO

Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia

Director General del Instituto Nacional de Antropología e Historia: Lic. María Teresa Franco y González Salas

Directora de la Escuela Nacional de Antropología e Historia: Mtra. Gloria Artís Mercadet

Coordinador Nacional de Difusión del Instituto Nacional de Antropología e Historia: Sr. Jaime Bali Wuest

Director de Publicaciones del Instituto Nacional de Antropología e Historia: Sr. Antonio Guzmán Vázquez

Dirección General: Antrop. Fís. Eyra Cárdenas Barahona, Subdirectora de Extensión Académica de la Escuela Nacional de Antropología e Historia / *Edición:* Juan Antonio Perujo Cano, Jefe del Departamento de Publicaciones de la Escuela Nacional de Antropología e Historia / *Diseño:* Romina García González y Alicia Pérez Estaño / *Apoyos Técnicos Editoriales:* Sinia Bolaños, Víctor Cuchí Espada, Adriana Icháustegui, Ernesto Rico / *Coordinador del número:* Fernando López Aguilar / *Impresión:* Talleres de la Dirección de Publicaciones del Instituto Nacional de Antropología e Historia / *Diseño portada:* Romina García González y Alicia Pérez Estaño / *Foto portada:* Fernando López Aguilar / *Dirección:* Periférico Sur y Zapote s/n, Cól. Isidro-Fabela, C.P. 14030, Delegación Tlalpan, México, D.F. / *Teléfonos:* 606 03 30 y 606 01 97.

INDICE

Reinterpretaciones Mesoamericanas

PRESENTACION	5
ESTUDIOS DE CULTURA MATERIAL EN "PUEBLOS SIN HISTORIA". LAS INVESTIGACIONES SOBRE LOS HÑÁHÑÜ DEL VALLE DEL MEZQUITAL <i>Fernando López Aguilar</i> <i>Patricia Fournier</i>	7
EL ORIGEN DE LA AGRICULTURA EN MEXICO <i>Gianfranco Cassiano</i>	15
CONSIDERACIONES SOBRE EL DESARROLLO COYOTLATELCO EN EL CENTRO-NORTE DEL ALTIPLANO CENTRAL <i>Juan Cervantes R.</i> <i>Alfonso Torres R.</i>	25
LA ESTRATIGRAFIA DE LA PIRAMIDE DE CUICUILCO EN RETROSPECTIVA <i>Javier López Camacho</i>	35

Medio Milenio

LAS CATEGORIAS UTOPICAS DE LA RESISTENCIA ETNICA EN AMERICA LATINA <i>Ricardo Melgar Bao</i>	49
---	----

R 012228

Paréntesis

**FORMACION DE LA CLASE
OBRERA EN EL
GOLFO MEXICANO. 1880-1950** **63**
José R. Pantoja Reyes
Cecilia Urban Sánchez
Francisco Salcedo Avila

**LOS PLANES DE ESTUDIO DE
LA LICENCIATURA DE HISTORIA
EN LA ENAH. 1980-1991** **71**
Luis Alberto López Wario
José R. Pantoja Reyes

**SOBRE EL DISCURSO
MEDICO-INDIGENISTA
INSTITUCIONAL (1955)** **81**
Ramón Martínez Coria

Notas

EL AMOR DE LAS RAZONES **95**
Mercedes Montes de Oca



Reinterpretaciones Mesoamericanas

La post-modernidad, posición que integra una gran diversidad de enfoques y actitudes, ha destacado, en algunas de sus vertientes, las ideas relativistas de que "todo vale" y de que la ciencia es equiparable a la religión, a la mitología o a la ficción. Se pretende, desde un punto de vista *científico* y desde las posiciones más radicales y extremistas, desconstruir las metas generales de la ciencia, redefinir en la epistemología el papel del sujeto y del objeto y, apoyándose en una crítica a los procedimientos de evaluación y de contrastación, ¡demostrar que la ciencia no sirve para nada! Esta situación ha generado, como respuesta, otros mitos: el del fin de la historia, el del fin de la ciencia, el del fin de los grandes programas de investigación.

Es claro que esto no es más que una reacción a un reduccionismo generalizado que imperó durante mucho tiempo en la actividad científica (y que por desgracia aun predomina en algunos medios académicos), en el que todos los procesos se veían de manera aislada, inconexa y susceptibles de explicar por una simple relación lineal de causa-efecto, con un orden necesario de lo simple a lo complejo: se ocultaban las anomalías, se obviaban los problemas y los éxitos explicativos y predictivos se festejaban a tal grado que se pensó que el conocimiento "objetivo" sustituiría rápidamente a la "conciencia subjetiva", a la "seudoconcreción". Inmersa en una concepción modernista, la ciencia se sacralizó y el conocimiento científico se convirtió en dogma. Por su parte, los académicos se dividieron en dos grandes bloques: por un lado, aquellos más próximos a la "verdad", los teóricos, no permitían contaminar sus ideas con la práctica y, por el otro, los empíricos, "desprejuiciados", "objetivos", se sentaron a esperar que los datos hablaran por sí mismos. Las ciencias sociales, entre ellas la arqueología, no fueron ajenas a estas posiciones y se han visto obligadas a repensarse, a reflexionar sobre sus metas, sobre su capacidad explicativa, sobre sus objetivos de conocimiento y sobre el sentido mismo de su actividad. Han emergido posiciones agnósticas en tomo a la historia, se han propuesto tesis reduccionistas y se ha señalado la idea de que el conocimiento del pasado sólo puede evaluarse políticamente.

En el caso concreto de nuestra disciplina, unos cuantos investigadores optaron por continuar en la búsqueda de explicaciones y adecuar las teorías a las nuevas situaciones de la ciencia; otros decidieron el regreso a una versión moderna del particularismo, al agnosticismo y al empirismo descriptivo y un último grupo abrazó una gran cantidad de las ideas postmodernas, con todas sus variantes posibles: a fin de cuentas, en este amplio mundo de la arqueología, hay lugar para todas las opciones, para la "feminista", para la subdesarrollada, para la latinoamericana, para la tercermundista, para los que nunca han podido expresarse ¡incluidos los marxistas! ¿Tiene usted alguna idea nueva? No se preocupe, es bienvenida, los datos son lo de menos. ¿No cree en las leyes generales? No hay problema, las semillas del Medio Oriente son distintas a las de Mesoamérica; el surgimiento del Estado en un lugar implicó el complejo almacén-templo-palacio, mientras que en otros lados no hay la menor evidencia de esta relación, así que es imposible pensar en explicaciones procesuales de tipo general.

En México, sin embargo, a pesar de todo este revuelo mundial en la ciencia y en la arqueología, estas reflexiones han pasado de lado para muchos investigadores. Es necesario recordar que la arqueología mexicana tuvo un papel relevante durante la hegemonía del particularismo histórico y que, ante la crisis de esta posición teórica hace cerca de treinta años, fueron muy pocos los académicos que estuvieron actualizados en los desarrollos alternativos de las teorías, la metodología, las estrategias de investigación y aun en las técnicas. Los resultados saltan a la vista, mientras la "escuela mexicana de arqueología" ligada con las "necesidades de Estado", reproducía un conocimiento viejo, agregando casos nuevos a las secuencias cronológicas ya establecidas y reconstruyendo pirámides y monumentos, las búsquedas explicativas estaban generadas por la investigación extranjera, especialmente la norteamericana.

Resulta claro que los esfuerzos para generar reinterpretaciones sobre el conocimiento del México prehispánico ahora son mayores, pues el alejamiento intelectual de la profesión favorece, en la práctica el nivel empírico, la obtención de "datos", más que los resultados publicados o la originalidad de las interpretaciones. En ese contexto, algunos arqueólogos se han preocupado por lograr nuevos conocimientos, evaluando y analizando críticamente lo ya conocido. Los ensayos que presentamos aquí son un ejemplo de la búsqueda intelectual de los arqueólogos mexicanos que, de manera específica se enfocan hacia algunos problemas interpretativos del Centro de México, desde el origen de la agricultura vista desde un planteamiento co-evolutivo hasta los problemas teóricos que supone el entendimiento del desarrollo de los grupos llamados "coyotlatelco". Se incluyen, también, dos trabajos, uno que realiza una propuesta metodológica para el conocimiento de los pueblos sin historia, y otro que establece los fundamentos para reinterpretar la estratigrafía de la pirámide de Cuicuilco.

Confiamos que esta publicación sea un medio para revitalizar la polémica intelectual y para estimular a los arqueólogos a la búsqueda de reinterpretaciones teóricamente fundamentadas del pasado prehispánico de México.

Fernando López Aguilar

ESTUDIOS DE CULTURA MATERIAL EN “PUEBLOS SIN HISTORIA”. LAS INVESTIGACIONES SOBRE LOS HÑĀHÑŪ DEL VALLE DEL MEZQUITAL

Fernando López Aguilar
Patricia Fournier

*Así, montados en nuestro cubo nos
asomaremos al próximo milenio, sin
esperar encontramos nada más que
aquello que seamos capaces de llevar.
La levedad, por ejemplo...*

Italo Calvino: *Seis propuestas
para el próximo milenio.*

Durante muchos años los antropólogos han estudiado el Valle del Mezquital en busca de respuestas a problemas articulados en torno a: las características étnicas de sus habitantes; las condiciones de “marginalidad” a las que los han orillado los grupos dominantes, sus formas de explotación y adaptación al medio ambiente; las manifestaciones de su modo de vida en la cultura; las variantes regionales de su lengua; sus características físicas y sus expresiones ideológicas relacionadas con la magia o, de forma marginal, algunos aspectos sociodemográficos.¹ Los resultados obtenidos han proporcionado una buena cantidad de información en la que destaca la complejidad de la cultura de los otomíes o *hñāhñū* y de los grupos humanos asentados en esta región, aunque pocos autores han perseguido entender su desarrollo histórico concreto.²

Una explicación plausible a esta carencia tiene que ver con el manejo que se ha hecho de los *hñāhñū* como un grupo marginal, tanto respecto a su inserción en la economía, como con el registro de la historicidad de sus procesos. En las crónicas se les da un tratamiento uniforme, sin considerar las variaciones regionales de la etnia. Los cronistas únicamente hablan de eventos destacados del comportamiento de los *hñāhñū* —como su afición desmedida por las bebidas alcohólicas, su holgazanería y sus tendencias de consumo inmediato sin previsión para el futuro— menospreciando, e incluso satanizando otras pautas características de su conducta y de su cultura.³ Desde la conquista española hasta la modernización económica de la época contemporánea, las cargas ideológicas de los dominadores y sus intereses económicos han generado observaciones sesgadas e incluso, la incapacidad de registrar la alteridad y así entender las condiciones del otro.

Por una gran diversidad de circunstancias históricas, las fuentes documentales se encuentran inconexas y fragmentadas en los archivos parroquiales y civiles. Además, durante el periodo colonial se da un mayor énfasis al registro de actividades mineras y agropecuarias españolas que al de los otomíes como trabajadores o como generadores de cultura, sólo se habla de ellos cuando participan en alguna “asonada” o revuelta contra los españoles.⁴ A estos aspectos hay que agregar la pérdida y destrucción de archivos por saqueo, incendios, luchas armadas, etcétera. Por su parte, los arqueólogos, influidos por la lectura de las crónicas del siglo XVI donde se destaca la precariedad cultural de los *hñāhñū*, pocas veces se han asomado al estudio de la historia prehispánica del Valle del Mezquital salvo casos excepcionales, por lo que las investigaciones han estado vinculadas con la zona arqueológica más importante de la región, Tula,⁵ debido a la presencia de arquitectura monumental y a la complejidad de sus unidades de asentamiento.

¹ Míquel Othón Mendizábal, “Evolución económica y social del Valle del Mezquital” en *Obras completas*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1947, tomo VI, pp. 7-258; Luigi Tranfo, *Vida y magia en un pueblo otomí del Mezquital*, SEP-INI, número 34, México, 1974; Sherburne Cook y W. Borah, *Ensayos sobre historia de la población/3. México y California*, Siglo XXI Editores, Colección América Nuestra, número 29, México, 1980; Sherburne Cook y W. Borah, *El pasado de México: aspectos sociodemográficos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990; Kaja Finkler, *Estudio comparativo de la economía de dos comunidades de México*, INI, México, 1974.

² Mendizábal, *op. cit.*

³ René Acuña, (editor), *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*. UNAM, México, 1985-1986, tomos I, II y III; Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Editorial Porrúa, Colección Sepan Cuentos..., número 300, México, 1975.

⁴ *Cfr.* al respecto, la Serie Hidalgo del archivo microfilmado de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia.

⁵ Robert H. Cobean, *The Pre-Aztec Ceramics of Tula, Hidalgo, México*, Tesis de doctorado, Universidad de Harvard, Cambridge, 1978; Cobean, G. Mastache, A. Crespo y C. Díaz, “La cronología de la región de Tula”, en E. Rattray, J. Litvak y C. Díaz (compiladores) *Interacción cultural en México central*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM, México, 1981, pp. 187-214;

En el ámbito de la cultura material, la desertificación del ambiente ha dado lugar a importantes procesos erosivos que han afectado los contextos arqueológicos y muchos de los que aún pudieron observarse hasta 1950, en la actualidad han sido destruidos por los modernos sistemas de riego. En una escala menor, otros procesos culturales han transformado la evidencia arqueológica de manera cotidiana, por ejemplo, las renovaciones y el derribo de estructuras, el abandono de asentamientos debido a procesos migratorios, epidemias y a la reforma agraria, entre los más importantes.

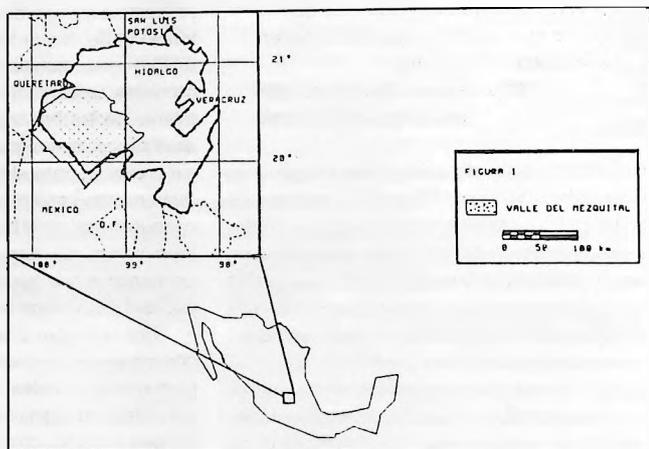
En vista de todos estos aspectos es posible comprender por qué se afirma que los *hñāhñū* son un "pueblo sin historia", es decir, un grupo con limitadas menciones en los documentos, con fuentes arqueológicas incompletas y con escasos estudios en donde se maneje un enfoque integrativo que abarque desde los orígenes de los otómíes hasta el presente.

Con la finalidad de resolver esta anomalía en 1985 y 1989 se iniciaron los proyectos arqueológicos y etnoarqueológicos en el Valle del Mezquital, con la intención de explicar los cambios en las ocupaciones humanas de la región a través del conocimiento de los procesos que llevan a la diversificación de las etnias, qué características las distinguen y cómo a través del tiempo se han insertado en distintos tipos de relaciones con los sistemas políticos y económicos del centro de México y de otras áreas vecinas.⁶

Para entender los procesos de cambio en los sistemas hegemónicos es importante detectar el papel que han desempeñado los grupos dominados y cómo generaron estrategias múltiples de vida cotidiana que, para el caso del grupo *hñāhñū* del Valle del Mezquital, involucra una actitud de resistencia y de aparente rechazo al trabajo. Estos patrones culturales derivan del sistema de relación clasista en el que han estado insertos y que se distinguí por enfrentamientos relativamente no violentos con sus dominadores. Proponemos que el proceso tiene una continuidad histórica desde aproximadamente el año 900 —unos trescientos años después de que la etnia hizo su aparición en el centro de México— hasta la fecha, de ahí que también sea importante conocer las formas concretas de subordinación del grupo para cada periodo histórico y las

variaciones específicas de las condiciones a las que la etnia fue sujeta por las distintas sociedades a lo largo del tiempo.⁷

Las posibilidades de reconstruir la historia concreta del grupo *hñāhñū* se ven afectadas por el tipo y la calidad de la información disponible, tanto en términos de los materiales arqueológicos como en lo tocante a los documentos escritos y los otros aspectos que conforman las fuentes de investigación histórica, antropológica y arqueológica. Por ello, partimos de un enfoque integrativo que remite a una perspectiva interdisciplinaria que da importancia y valor específico a cada clase de documentos, pero con fundamento en el estudio de la cultura material, la cual es entendida como la expresión tangible (objetual) de la



totalidad de los aspectos que conforman una sociedad.

Las cuatro estrategias de la arqueología conductual⁸ y la noción de arqueología como proceso general de investigación, son la base de este estudio. Iniciamos con el análisis de la información existente para la región y consideramos cómo los que participan en una sociedad requieren diversos instrumentos, elementos e instalaciones que presentan diferencias en cuanto a su distribución en las áreas donde se realizan actividades, y cómo la asociación de

Mastache y Crespo, "Análisis de la traza general de Tula, Hidalgo", en Mastache, Crespo, Cobean y Healan, *Estudios sobre la antigua ciudad de Tula*, INAH, Colección Científica número 121, México, 1982, pp. 11-36; Mastache y Cobean, "The Coyotlatelco Culture and the Origins of the Toltec State", en R. Diehl and J. Berlo (editores), *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacan A. D. 700-900*, Dumbarton Oaks, Washington, 1989, pp. 49-67; Eduardo Matos (compilador), *Proyecto Tula (primera parte)*, INAH, Colección Científica, número 15, México, 1974; Matos (compilador), *Proyecto Tula (segunda parte)*, INAH, Colección Científica, número 33, México, 1976; Juan Yadeun, *El Estado y la ciudad. El caso de Tula, Hidalgo*, INAH, Colección Científica, número 25, México, 1975; Diehl, *Studies of Ancient Tolan: A Report of the University of Missouri, Tula Archaeological Project*, Department of Anthropology, University of Missouri-Columbia, 1974; Healan (editor), *Tula of the Tollatec*, University of Iowa Press, Iowa, 1989.

⁶ Fernando López Aguilar, "El Proyecto Valle del Mezquital. Una propuesta metodológica", en López Aguilar y Fournier (editores), *Los hñāhñū: historia de los grupos humanos en el Valle del Mezquital*, México, en prensa.

⁷ López Aguilar, "Historia prehispánica del Valle del Mezquital", en *ibidem*.

⁸ Michael B. Schiffer, *Behavioral Archaeology*, Academic Press, New York, 1976.

los componentes de la cultura material refleja el comportamiento social desde la época prehispánica hasta la actualidad.⁹

El paisaje arqueológico se constituye mediante la interacción del grupo *hñāhñū* con su entorno natural y social, que genera evidencias materiales y trazas como consecuencia de la realización de sus actividades cotidianas en áreas específicas. Para la interpretación de la conducta se consideraron los factores naturales y culturales que alteran las asociaciones y disposiciones de los restos materiales de las actividades integradas en torno a las unidades habitacionales domésticas y éstas, a su vez, en la unidad integrativa mayor: pueblos de indios y comunidades. El estudio de estos componentes de los asentamientos humanos nos permite evaluar los procesos de formación del contexto arqueológico, detectar las distintas formas de cooperación y reconstruir la historia de los procesos sociales.

En el aspecto arqueológico propiamente dicho se considera el dato, esto es cualquier unidad de asentamiento o área de actividad que se encuentre abandonada o en uso, independientemente de su cronología. Las estrategias de investigación en campo se adecuan a este planteamiento de acuerdo con la problemática específica de estudio y con el tipo de documento e información disponible, y se profundiza sobre ciertos aspectos de la sociedad *hñāhñū*, a través de proyectos específicos.

Las estrategias de investigación implican el estudio de la problemática social prehispánica para explicarse el pasado y establecer sus repercusiones contemporáneas y futuras. Por otra parte, el análisis en la escala temporal actual posibilita generar modelos que permiten entender el presente y ser comparativamente aplicables para dilucidar el pasado de los *hñāhñū*. Además, el estudio de las condiciones sociales —para las cuales se cuenta con información escrita y arqueológica, reciente o remota— permite establecer modelos intermedios para efectuar comparaciones con el pasado y con el presente, elaborando diseños experimentales para la comprensión de ciertos procesos de producción asociados con algunas actividades básicas de subsistencia. Los niveles de resolu-

ción presuponen la integración metodológica de las escalas de estudio intensivo en sitios, clases de sitios y el enfoque regional para cada una de las épocas históricas, de manera que los resultados y el conocimiento puedan ser comparados e integrados en la reconstrucción de la historia concreta del grupo *hñāhñū*.

Así, los enfoques arqueológico, el etnoarqueológico, el de la arqueología histórica y el de la experimental son usados para contrastar los diferentes niveles de información sobre el mismo grupo, observables en



el presente, y evaluar las modificaciones sufridas en el aspecto cultural y social a lo largo del tiempo.

En el Proyecto Valle del Mezquital existen tres tipos principales de investigación: los enfocados principalmente al estudio de las condiciones sociales actuales y que, a partir de ellos, buscan generar analogías hacia el pasado; los que tienen como tema central algún periodo histórico, colonial o republicano, para, a partir de ellos, generar analogías hacia épocas anteriores y sentar las bases explicativas para los desarrollos

⁹ López Aguilar, *Elementos para una construcción teórica en arqueología*, INAH, Colección Científica, número 191, México, 1991.

posteriores y, finalmente, los que tratan alguna época prehispánica, buscando explicaciones de las condiciones específicas de desarrollo en la región y así entender los antecedentes más remotos de muchos de los fenómenos que se observan posteriormente.

El primer tipo de estudio, intenta establecer en términos de la cultura material aquellos elementos que permitan identificar una etnia, tanto en su condición actual como pretérita. Las investigaciones se centran en las formas de organización social al interior de las comunidades, el estatus



social de sus integrantes, la estructura de los sistemas de parentesco, así como los aspectos políticos, económicos e ideológicos que llevan a la desintegración de los patrones tradicionales, que han generado condiciones de tensión social y que, en muchos casos, han obligado a la migración. Para ello en la escala de sitio se recopila información proporcionada por los miembros de comunidades a través de encuestas, entrevistas, observación participante y recabación de historia oral. Se observan y registran los ciclos de diversas actividades asociados con

prácticas económicas, los conjuntos de artefactos que se emplean en las tareas desarrolladas y cuáles son las evidencias materiales que se derivan de ellas. Una vez identificado el centro alfarero actual que mantiene la tradición productiva, Santa María del Pino o Pino Suárez (municipio de Tepetitlán, Hidalgo), se han diseñado estrategias de campo que incluyen levantamientos en áreas de actividad, registro de las diferentes fases del proceso productivo, desde la extracción de materias primas, artefactos empleados, conformación de áreas de actividad alfarera al interior de las unidades domésticas y características y funciones de los productos terminados. De manera paralela, se estudia la organización del proceso productivo y su relación con otras actividades así como su estacionalidad. Por otra parte, se realiza la búsqueda de documentos históricos que informen sobre la profundidad temporal del proceso productivo alfarero y del desarrollo de la estructura de la comunidad, para apoyar el conocimiento de la funcionalidad de los adoratorios domésticos y las peculiaridades de la arquitectura colonial en la comunidad alfarera. En términos de historia oral, se recopila información referente a los orígenes míticos de la producción alfarera, en particular la leyenda de los gentiles o *wemas*, que se contrasta con la evidencia arqueológica disponible.

A nivel regional, el estudio abarca las comunidades alfareras que realizan procesos productivos cuyo origen estaría en la época prehispánica. La alfarería que producen se vincula de manera directa con aspectos de la vida cotidiana *hñáhñũ* desde cuando menos el siglo XVI, en especial con uno de los ejes básicos de la subsistencia: la producción y consumo de aguamiel y pulque, así como el transporte y almacenamiento de agua.¹⁰ Como resultado del análisis de la evidencia material recuperada en contextos arqueológicos de superficie, se ha determinado la amplia distribución y consumo en el Valle del Mezquital de vasijas que constituyen lo que hemos designado el "complejo cerámico del pulque";¹¹ es decir, cántaros, ollas, jarros o apiloles, cazuelas y cajetes.

¹⁰ Fournier y López Aguilar, *Proyecto etnoarqueología cerámica otomí*, ENAH, México, 1990.

¹¹ López Aguilar, Fournier y C. Paz Bautista, "Contextos arqueológicos y contextos momento. El caso de la alfarería otomí del Valle del Mezquital", en *Boletín de Antropología Americana*, número 18, México, 1988, pp 99-131.

Los aspectos relacionados con la distribución de vasijas llevan al análisis de formas de intercambio y de mercado, además de tendencias de consumo, tanto dentro como fuera de la región. Como consecuencia de su integración a la sociedad nacional, estos aspectos se han transformado debido a las adaptaciones recientes del modo de vida de los *hñāñhū*.

En este primer tipo de investigaciones se encuentran también los estudios de arqueología experimental que buscan conocer las variables relacionadas directamente con la producción alfarera, en particular aquellas vinculadas con las materias primas y con la tecnología de los hornos. El objetivo es determinar la profundidad temporal del uso de arcillas y desgrasantes en la región, mediante la compa-



ración de la cerámica actual con la arqueológica, además de obtener información que permita definir las características de los hornos empleados en la época prehispánica. Por otra parte, según los resultados experimentales que se obtengan, será factible incentivar transformaciones en la tecnología productiva actual que redunden en beneficios económicos para los alfareros, sin alterar drásticamente las tradiciones cerámicas ancestrales. Se plantea, además, la realización de experimentos para dilucidar ciertas características de los acabados de la superficie de la cerámica prehispánica así como las alteraciones que sufren las vasijas debido a su función, en particular por el ataque de los ácidos del pulque. Cabe mencio-

nar que en el Valle del Mezquital existen estudios previos de arqueología experimental que combinan la etnoarqueología, aunque no se centran en la alfarería sino en la producción de textiles con fibras de agave y en otros usos del maguey.¹²

El segundo tipo de estudios, concernientes a la época colonial, están enfocados a conocer las causas específicas de la configuración de los sistemas regional y local de asentamientos, así como sus modificaciones entre los siglos XVI y XVIII, tomando en cuenta los antecedentes prehispánicos y buscando la detección de los conflictos que han llevado a la desintegración de los antiguos pueblos de indios. Estos sistemas han estado determinados por las condiciones ambientales. El clima de tipo semidesértico con recursos distribuidos de manera restringida en el paisaje, la vegetación rala, las fuentes limitadas de agua potable y los suelos delgados, generaron la dispersión de las unidades habitacionales con el fin de poder explotar de manera eficiente el medio. Además, ha existido una estrecha relación entre las tres clases básicas de asentamientos —pueblos, estancias y barrios— con los diferentes niveles de la jerarquía política, tanto en las *repúblicas de españoles* como en las *repúblicas de indios*; es decir, entre alcaldes mayores, corregidores, tlatoques, gobernadores y caciques.

La importancia de los asentamientos ha estado determinada por su jerarquía económica o política, sin que el número de habitantes fuera un factor decisivo. Así, las antiguas cabeceras tributarias (Andehé o Altepeme) que controlaban varios pueblos de indios, después de la Conquista fueron encomendadas, elevadas a corregimientos y se les asignó un servicio religioso permanente en iglesias o conventos del clero regular y secular, manteniendo su dominio sobre las estancias o sujetos.

El surgimiento, consolidación y diversificación de estas estructuras políticas y religiosas permitió el control de la fuerza de trabajo indígena y aseguró el dominio territorial en la región del Valle del Mezquital por parte del grupo dominante. Los mecanismos impuestos por los españoles, aunados a los remanentes de la estructura sociopolítica prehispánica, generaron conflictos al interior de las *repúblicas de indios* —muchas veces de tipo religioso, otras de tipo político— derivados de la pérdida de población y tierra, y de los cambios en los sistemas productivos que llevaron a la fragmentación territorial en el siglo XVIII, y a su desintegración política. Esta segmentación se reflejó en escalas cada vez más pequeñas y en lapsos compulsivos hasta llegar, en la actualidad, al nivel del más pequeño barrio antiguo.¹³

¹² J. R. Parsons y M. Parsons, *Otomi Maguey Utilization. Preliminary Report to the National Geographic Society*, University of Michigan, Ann Arbor, 1984; "Maguey Utilization in Highland Central Mexico", *Anthropological Papers*, número 82, Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor, 1990.

¹³ López Aguilar, "La organización de la comunidad *hñāñhū* y su relación con el patrón de asentamiento", Ponencia presentada en el *Primer Encuentro sobre los Otomíes de Querétaro*, Querétaro, en prensa.

R 012228

CUICUILCO 11



En el trabajo, que tiene como fundamento la evidencia material de las jerarquías políticas, asociada a los lugares de residencia y gobierno simbolizados en los conventos, iglesias y casas de gobierno, hay dos vertientes fundamentales: la escala regional y la local. Así, a partir de las investigaciones realizadas en fuentes históricas y documentales de los ramos de Mercedes, Indios, Tierras y Congregaciones del Archivo General de la Nación, se propone un modelo de comportamiento general para la época donde la información es más precaria y dispersa, el siglo XVI, que nos permite aproximarnos de manera objetiva a la siguiente escala, durante los siguientes siglos. En virtud de la dispersión de los asentamientos, el concepto *pueblo de indios* supone una amplia área donde los pobladores respondían a tendencias jerárquicas centralizadas en el nivel político, independientemente de su localización geográfica dentro de la circunscripción, por lo cual la investigación en torno al corregimiento, alcaldía mayor y, posteriormente, intendencia de Itzmiquilpan, se ha enfocado hacia los archivos municipales y parroquiales de la localidad para analizar detalladamente las causas internas de la fragmentación política y social de las *repúblicas de indios* y así poder generalizar al resto del Valle del Mezquital, apoyados en calas de aproximación a las fuentes documentales y en evidencias de tipo arqueológico —que en este caso incluyen sitios prehispánicos y sitios históricos.

En términos metodológicos, la información recabada para el periodo colonial debe permitir el conocimiento, mediante comparaciones, de la estructura de organización social prehispánica y, a su vez, posibilitar la comprensión de los conflictos actuales que enfrenta la comunidad indígena.

En torno a la arqueología prehispánica se busca conocer los mecanismos originales desarrollados en cada fase de la dominación regional y sociopolítica y su proyección hacia épocas posteriores. Así, el entendimiento de las causas endógenas y exógenas de la penetración teotihuacana hacia el Valle del Mezquital nos permitirá evaluar la hipótesis de la fragilidad del sistema en sus fronteras, y establecer el papel que desempeñaron los grupos portadores de la tradición cerámica coyotlatelco del Bajío queretano en torno al proceso denominado *colapso teotihuacano*. Es posible que los primeros pobladores *hñāhñū* que habitaron esta área hayan estado afiliados a la tradición coyotlatelco y constituyeran, durante el Epiclásico (c. 650-900), la etnia que detentaba el poder regional. A partir de esta época, existieron en el Mezquital fuertes interacciones entre diversos grupos que llevaron al surgimiento y caída de Tula, con la consecuente pérdida del poder por parte de los otomíes. A la postre, y después de un periodo de fuerte inestabilidad política en el centro de México, los mexicas dominaron la región, y establecieron asentamientos para controlar la población local mediante el sistema de tributo. La etnia *hñāhñū*, se encontraba sujeta y obligada a readaptar su modo de vida en niveles de marginación socioeconómica. De esta manera, se estudia la relación de los diversos grupos que ocuparon el Valle del Mezquital con sociedades como la teotihuacana, la tolteca y la azteca, así como la problemática de la movilidad de la frontera norte mesoamericana que da lugar a la conformación que presentaba en el siglo XVI.¹⁴

Como investigación arqueológica propiamente dicha, se trabaja con prospecciones sistemáticas en la escala regional, así como con investigaciones detalladas de los sitios que son relevantes para la explicación del problema en cada periodo, tanto en el nivel de recorridos intensivos como de excavaciones de sondeo estratigráfico y de áreas de actividad específicas.

Conclusiones

La reconstrucción de los procesos sociales relacionados con la historia concreta de los grupos humanos supone una perspectiva que

¹⁴ López Aguilar y Fournier, *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la tercera temporada de trabajo de campo: 1989*. ENAH, México, 1990.

siempre ubica las posibilidades de interpretación desde un plano sociotemporal, el presente del investigador. Es decir, el momento en el que está inserto y desde el cual plantea el conocimiento del pasado. Ahí confluyen, cuando menos, dos aspectos: el desarrollo de las teorías explicativas junto con la forma en que se concibe el mundo, y la condición en que se encuentran los materiales de donde se tomarán los datos para su investigación. Binford¹⁵ y otros autores han señalado reiteradamente que el material arqueológico —y aquí se incluyen los documentos escritos— es contemporáneo a nosotros, dado que se observa en el presente.

Lo interdisciplinar aplicado a problemas comunes y con evidencias documentales abundantes, cuando utiliza las estrategias de la arqueología conductual —entendida como proceso general de investigación—, permite acceder al conocimiento objetivo del pasado. En el Proyecto Valle del Mezquital se ha establecido que los momentos clave de la investigación están relacionados con la época contemporánea, la Colonia y el Epiclásico, como fuente de modelos comparativos para los periodos intermedios y anteriores. De esta manera, el razonamiento analógico supone tomar el conocimiento ya existente como hipótesis para generar conocimientos sobre lo no observable (el pasado). La observación que se realiza desde la perspectiva integradora para la resolución de los problemas de investigación implica que, aunque se obtenga información de tipo émico —como la proveniente de las crónicas, las fuentes, las entrevistas y la historia oral— se observa e interpreta el documento, el artefacto y los resultados experimentales desde la perspectiva ética.

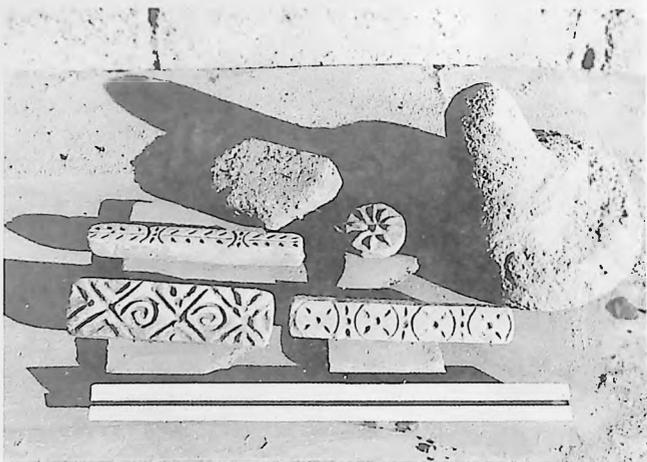
En conclusión, sólo a través de un enfoque integrador, que considere como dato arqueológico toda clase de evidencias materiales y al generar problemas de investigación cruciales para las diferentes fases de desarrollo, se logrará la reconstrucción de la historia concreta de los pueblos sin historia.

Bibliografía

Acuña, René, (editor), *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, UNAM, México, 1985-1986, tomos I, II y III.

¹⁵ Binford, "Data, Relativism, and Archaeological Science", *Man*, número 22, 1987, pp. 391-404.

- Binford, Lewis R., "Data, Relativism and Archaeological Science", *Man*, número 22, 1987, pp.391-404.
- Cobean, Robert H., *The Pre-Aztec Ceramics of Tula, Hidalgo, México*, tesis de doctorado, Universidad de Harvard, Cambridge, 1978.
- G. Mastache, A. Crespo y C. Díaz, "La cronología de la región de Tula", en E. Rattray, J. Litvak y C. Díaz (compiladores) *Interacción cultural en México central*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1981, pp. 187-214.
- Cook, Sherburne y W. Borah, *Ensayos sobre historia de la población/3. México y California, Siglo XXI Editores*, Colección América Nuestra, número 29, México, 1980.
- *El pasado de México: aspectos sociodemográficos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.
- Diehl, Richard A., *Studies of Ancient Tollan: A Report of the University of Missouri, Tula Archaeological Project*, Department of Anthropology, University of Missouri-Columbia, 1974.
- Finkler, Kaja, *Estudio comparativo de la economía de dos comunidades de México*, INI, México, 1974.
- Fournier, Patricia y F. López Aguilar, *Proyecto etnoarqueología cerámica otomí*, ENAH, México, 1990.
- Healan, Dan M. (editor), *Tula of the Toltecs*, University of Iowa Press, Iowa, 1989.
- López Aguilar, Fernando, *Elementos para una construcción teórica en arqueología*, INAH, Colección Científica, número 191, México, 1991.
- "La organización de la comunidad hñāhñū y su relación con el patrón de asentamiento", ponencia presentada al *Primer Encuentro sobre los Otomíes de Querétaro*, Querétaro, en prensa.
- y P. Fournier, *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la tercera temporada de trabajo de campo: 1989*, ENAH, México, 1990.
- y P. Fournier (editores), *Los hñāhñū: historia de los grupos humanos en el Valle del Mezquital*, México, en prensa.
- P. Fournier y C. Paz Bautista, "Contextos arqueológicos y contextos momento. El caso de la alfarería otomí del Valle del Mezquital", en



Boletín de Antropología Americana, número 18, México, 1988, pp. 99-131.

Mastache, Guadalupe y R. Cobean, "The Coyotlateco Culture and the Origins of the Toltec State", en R. Diehl and J. Berlo (editores), *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacan A.D. 700-900*, Dumbarton Oaks, Washington, 1989, pp. 49-67.

—y A. Crespo, "Análisis de la traza general de Tula, Hidalgo", en G. Mastache, A. Crespo, R. Cobean y D. Healan, *Estudios sobre la antigua ciudad de Tula*, INAH, Colección Científica 121, México, 1982, pp. 11-36.

Matos, Eduardo (compilador), *Proyecto Tula (Primera Parte)*, INAH, Colección Científica, número 15, México, 1974.

—*Proyecto Tula (Segunda Parte)*, INAH, Colección Científica, número 33, México, 1976.

Mendizábal, Miguel Othón, "Evolución económica y social del Valle del Mezquital" en *Obras Completas*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1947, tomo VI.

Parsons, J. R. y M. Parsons, *Otomi Maguery Utilization. Preliminary*

Report to the National Geographic Society, University of Michigan, Ann Arbor, 1984.

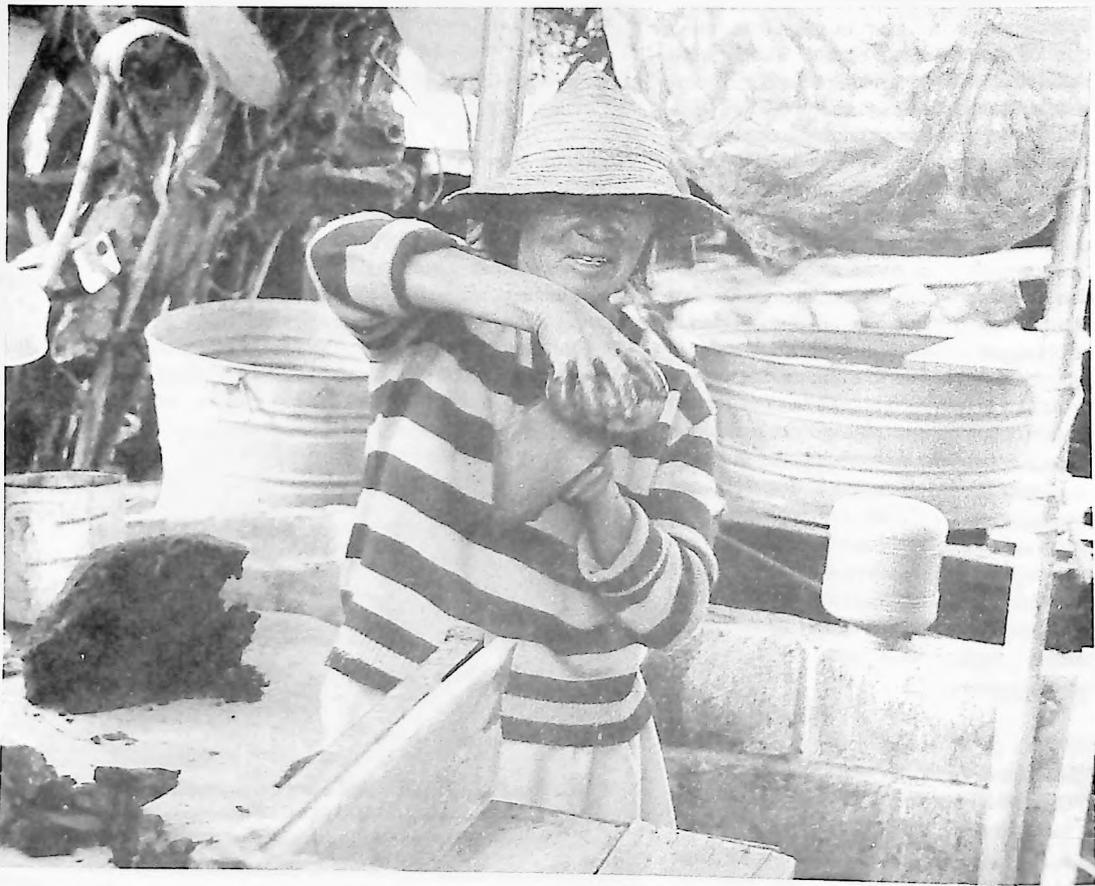
—"Maguery Utilization in Highland Central Mexico", *Anthropological Papers*, número 82, Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor, 1990.

Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Porrúa, Colección Sepan Cuantos..., número 300, México, 1975.

Schiffer, Michael B., *Behavioral Archaeology*, Academic Press, New York, 1976.

Tranfo, Luigi, *Vida y magia en un pueblo otomí del Mezquital*, SEP-INI, número 34, México, 1974.

Yadeun, Juan, *El Estado y la ciudad. El caso de Tula, Hidalgo*, INAH, Colección Científica, número 25, México, 1975.



EL ORIGEN DE LA AGRICULTURA EN MEXICO

Gianfranco Cassiano

El estudio de la transición a la economía agrícola ha sido enfrentado a partir de diferentes enfoques,¹ ya resumidos y analizados críticamente en varias oportunidades por Binford y Flannery.² Los autores que han estudiado este tema aún al utilizar marcos explicativos y procedimientos analíticos diferentes, coinciden en que se trata de un proceso más que de un evento, cuyas raíces e implicaciones son económicas, pero se revierten al ámbito social y generan cambios, primero en la organización de producción y posteriormente, en toda la estructura social.

La fuerza adquirida por el planteamiento economicista, sin embargo, ha debilitado la discusión sobre la existencia de factores causales en la esfera ideológica. Por ejemplo, resulta difícil sostener que el cultivo fue una práctica de subsistencia realmente alternativa a la caza-recolección, en condiciones de alte-

ración drástica de la biomasa vegetal, cuando menos en las etapas incipientes, donde todavía se cuenta con organismos de baja productividad y poca palatabilidad.

Igualmente estéril resulta la aclaración de que el proceso de sedentarización surge a partir de una no explicada consolidación de la práctica agrícola. Existe un acuerdo casi general de que ésta coincidió con una estabilización del patrón de asentamiento, por lo que la sedentarización ha sido interpretada como una condición esencial para el éxito de la práctica del cultivo, o a lo sumo, como una tendencia definida al mismo tiempo que la otra.

De hecho, uno de los atributos esenciales en el Cercano Oriente es la existencia, durante la transición y quizá desde antes, de poblaciones ya plenamente sedentarizadas. En México, al contrario, los grupos poseían alta movilidad y la experimentación de cultivos, al parecer, se dio de manera concomitante o ligeramente posterior a un proceso de poblamiento. Así, los *mesoamericanistas* hicieron derroche de tinta para explicar con marcos ambientalistas siempre más refinados cómo surgió el cultivo sin sedentarismo.

A partir de la idea de que transcurrieron varios miles de años para que los nuevos pobladores se ajustaran a la fisonomía de las nuevas áreas, y con base en la densidad y características de los sitios arqueológicos, se sostiene que en las etapas tempranas de desarrollo no se alcanzaron tamaños de población tan altos como para afectar la eficiencia de las actividades de autosubsistencia de los grupos de productores ni para requerir un reajuste de las unidades domésticas. Sin embargo, los autores coinciden en que hace aproximadamente unos seis mil años cambió la estructura de población, hecho cualitativamente importante porque interactuó con elementos de la esfera reproductiva, y que modificaron los esquemas de autosuficiencia.

En general, también existe acuerdo con el establecimiento de una diferencia conceptual entre el origen de la agricultura y el del cultivo, en términos de la actividad y de sus implicaciones sobre la organización de producción. El cultivo en un principio sobrevivió porque era una práctica "informal" y como tal, no interfería con los calendarios de la caza-

¹ V. G. Childe, *Los orígenes de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954; R. Braidwood, *El hombre prehistórico*, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, número 107, México, 1971; L. R. Binford, "Post Pleistocene Adaptations", en S. Struver (editor), *Prehistoric Agriculture, The Natural History Press*, Garden City, New York, 1971, pp. 22-49; K. V. Flannery, J. Marcus y S. A. Kowalewski, "The Pre-ceramic and Formative of the Valley of Oaxaca", en J. A. Sabloff (editor), *Arqueology, Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, volumen 1, University of Texas Press, Austin, 1985, pp. 48-93; R. S. MacNeish, (editor), "Tehuacan Accomplishments", en J. A. Sabloff (editor), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, volumen 1, Arqueology, University of Texas Press, Austin, 1985, pp. 345-373; M. Harris, *Canibales y reyes*, Biblioteca Científica Salvat, Barcelona, 1986; M.N. Cohen, *The Food Crisis in Prehistory*, Yale University Press, New Haven and London, 1977; D. Rindos, "Evolución darwiniana y cambio cultural. El caso de la agricultura", en L. Manzanilla (editora), *Coloquio V. Gordon Childe*, UNAM, México, 1988, pp. 345-373.

² Binford, *op. cit.*; Flannery *et al.*, *op. cit.*

recolección. Esto implica que la discusión sobre la transición debería apuntar hacia la definición de los tiempos, áreas y proceso de formalización del cultivo en agricultura.

La mayoría de las aportaciones recientes a la discusión se han dado dentro del campo de la teoría ecológica y neoevolutiva y de los planteamientos de la ecología cultural.³ Entre lo más interesante está la idea de que el hombre y los cultígenos mantienen una compleja relación que implica mecanismos evolutivos y coevolutivos que no siempre se encuentran bajo estrecho control por parte de la sociedad.

Por otro lado, en el contexto de la ecología cultural, se han afinado las propuestas sobre la reorganización de las actividades productivas, a partir de cambios cualitativos en la predecibilidad del medio, para aumentar la eficiencia territorial en la explotación de los recursos. Desde este punto de vista, el cultivo sería una práctica tendiente a amortiguar los efectos de las fluctuaciones impredecibles de la productividad natural. Asimismo se asume que la experimentación del cultivo no necesariamente debe referirse al contexto alimenticio, sino al tecnológico, como es el caso del *bule* (*Lagenaria siceraria*).⁴

Lo anterior lleva a concluir que un discurso sobre el origen de la agricultura podría ser visto como la consolidación, en etapas abruptas, de una práctica marginal, más que como la consecuencia natural de procesos económicos y sociales.

A continuación intento esbozar la secuencia del proceso de transición en México, apoyándome en la información arqueológica y los intentos interpretativos ya mencionados. Hay que recordar que los dos conjuntos de datos más importantes, procedentes de los valles de Tehuacán y Oaxaca, presentan varios problemas para su interpretación. En esta última región la investigación de las fases tempranas ha producido información pobre y cualitativamente inadecuada. Los asentamientos de cueva parecen reflejar etapas de ocupación muy breve y especializada;

el único sitio abierto de importancia, el de Ge-Shih, aún no ha sido publicado completamente y presenta limitaciones en cuanto al fechamiento.

En el caso de Tehuacán, al contrario, los datos son abundantes, pero existen problemas en cuanto a la interpretación cronológica y cultural de varios pisos de ocupación y a la de-

terminación de la variable ambiental, que se reflejan en cambios en el tiempo de las reconstrucciones e interpretaciones, así como de las fechas.

Considero que la discusión debe arrancar desde el momento del poblamiento importante del territorio mexicano, éste parece corresponder a unos 12 000 años a.p. Para tales etapas los datos son muy pobres, especialmente en cuanto a contextos fechados con evidencias de actividades productivas. Esto, que de por sí constituye un dato, evidentemente afecta la posibilidad de manejar los factores económicos y demo-

gráficos desde antes de comenzar el proceso de transición.

Es una opinión generalizada que los grupos que se movían de la vertiente oriental y los de zonas semiáridas mostraban marcada preferencia por los recursos vegetales, los animales medianos y pequeños y sólo, eventualmente, presas mayores. Según Lorenzo⁵ aún en aquellas regiones —como la cuenca de México— donde abundaba la megafauna, ésta no constituía la base de alimentación, sino una alternativa esporádica. La frecuencia de captura estaba ligada a eventos no siempre bajo control del hombre.



³ Rindos, *op. cit.*

⁴ Flannery *et al.*, *op. cit.*

⁵ J. L. Lorenzo, "Los primeros pobladores", en R. Piña Chan (coordinador), *Del nomadismo a los centros ceremoniales*, SEP-INAH, México, 1975, pp. 15-59.

De acuerdo con la idea originaria de Childe⁶ asumo que el primer factor que estimuló el proceso fue un cambio ambiental el cual empezó probablemente hace unos trece mil años o más. Este cambio se percibe con más claridad cuando empiezan a generarse —desde hace diez mil años—⁷ grandes corredores desérticos en las vertientes occidental y oriental de México y el sur de los Estados Unidos.

Al parecer, un efecto climático importante en los trópicos de Norteamérica fue el desplazamiento de la temporada lluviosa del invierno al verano, lo cual causó aridificación y favoreció la dispersión y especiación de los elementos xerófitos, ya presente en los ecosistemas tropicales y subtropicales desde hace al menos unos dieciséis mil años.⁸

A juzgar por la distribución de los elementos considerados como indicadores⁹ existen por lo menos dos rutas principales de poblamiento en sentido norte-sur. La primera en la vertiente occidental, se relaciona con la entrada de grupos clovis, de la "tradición de puntas acanaladas", cuya economía estaba orientada hacia la cacería de animales medianos y grandes en ambientes templado-húmedos. Queda como objeto de deducción la intensidad de aprovechamiento de los vegetales y de los animales pequeños.

La otra entrada se realizó por la Sierra Madre Oriental, probablemente por grupos portadores de la llamada "cultura del desierto"¹⁰ caracterizada tecnológicamente por la fabricación de elementos foliáceos no acanalados y económicamente por la preferencia hacia ambientes más secos, donde utilizaban recursos animales, medianos y pequeños, y recursos vegetales en condiciones de semiaridez.

Los ambientes más frecuentados se situaban entre 1 500 y 1 700 msnm, según la latitud, en zonas de contacto entre comunidades bióticas con composición y temporadas productivas diferentes. La elección de los microambientes¹¹

probablemente surgió de la apreciación del potencial de sus recursos en cuanto confiabilidad, abundancia, temporada de producción y reproducción. En ellos interactuaban estrechamente con algunos organismos, tanto animales como vegetales y, si se considera que se trata de las discontinuidades más húmedas en zonas generalmente áridas, existen ciertos elementos de comparación con la teoría del oasis de Childe.¹²

La explotación de los recursos implicaba el establecimiento de un calendario flexible,¹³ que respondiera a variaciones *predecibles* en la abundancia y en la fructificación del recurso. Además, dentro de los vegetales, se preferían las especies perennes, pues garantizaban la producción renovada año con año, según la precipitación. Esto es posible verlo en grupos actuales, como los seris.¹⁴

Probablemente las herbáceas fueron recursos para casos extremos,¹⁵ cuando faltaran los básicos ya que no eran las preferidas por su poca palatabilidad y por la dificultad de preparación, pues los grupos de zonas semiáridas preferían el consumo en crudo.¹⁶

Las unidades productivas tenían una movilidad alta, especialmente en el sentido altitudinal y es de esperar la utilización de una amplia gama de recursos y de opciones alimenticias variadas, aunque los ambientes con fuentes de agua permanentes debían ser entre los favorecidos para estancias más largas.¹⁷

Desde estos primeros momentos comienza un aumento demográfico, apenas perceptible en el registro arqueológico, dado que las poblaciones son nuevas, de muy baja densidad y están situadas por debajo de la capacidad de carga del medio. Si la organización de producción consistía en grupos productivos pequeños, formados por pocas familias nucleares,¹⁸ podía ocasionarse la segmentación, cuando las instancias de regulación de las actividades de cada grupo y de las relaciones entre ellos fueran inoperantes.

¹² Childe, *op. cit.*

¹³ K. V. Flannery (ed.), Guila Naquitz, *Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca*, Academic Press, New York, 1986

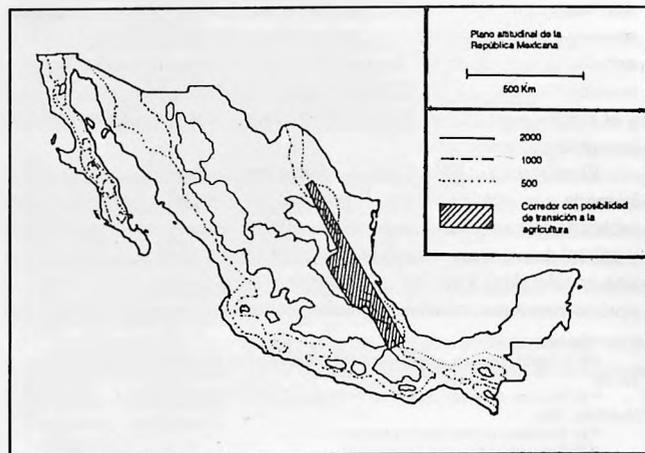
¹⁴ R. S. Felgar y M. B. Moser, *People of the Desert and Sea. Ethnobotany of the Seri Indians*, The University of Arizona Press, Tucson, Arizona, 1986.

¹⁵ Flannery, *op. cit.*

¹⁶ Felgar, *op. cit.*

¹⁷ MacNeish, *op. cit.*

¹⁸ *Ibidem*; Flannery et al., *op. cit.*



⁶ Childe, *op. cit.*

⁷ R. Byrne, "El cambio climático y los orígenes de la agricultura", en L. Manzanilla (editora), *op. cit.*, pp. 27-40.

⁸ T. Vandeveer, "Holocene Woodlands in the Southwestern Deserts", en *Science*, número 198, 1977, pp. 189-192.

⁹ D. Santa María y J. García-Bárcena, *Puntas de proyectil, cuchillos y otras herramientas sencillas de los grifos*, Subdirección de Servicios Académicos, Cuaderno de Trabajo, número 40, INAH, México, 1989.

¹⁰ G. R. Willey, *An Introduction to American Archaeology*, volumen 1, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1966.

¹¹ M. D. Coe y K. V. Flannery, "Microenvironments and Mesoamerican Prehistory", en *Science*, número 143, 1964, pp. 650-654.



Al considerar un número finito de "microambientes", necesariamente se alcanzó un "tope" de población que obligó a determinados segmentos a salir de la unidad fisiográfica de residencia y buscar otra, posiblemente adyacente. En esta relación biunívoca entre sistemas donadores y receptores,¹⁹ los segmentos se dirigían hacia el sur, donde existían, aparentemente, áreas despobladas, por lo menos en la vertiente oriental. Buscaban reproducir las formas de vida de su región original y efectuaban los ajustes necesarios por las inevitables diferencias en cuanto a composición y abundancia de los recursos.

Durante estas fases de poblamiento existió cierta estabilidad climática y condiciones un poco más frescas que las actuales y quizá más húmedas.²⁰ La composición de especie era parecida a la actual, salvo por algunos elementos de la fauna que variaban su abundancia relativa, absoluta y su distribución.

Hacia los 7 000 años a.p., en el registro paleoambiental se ha reconocido una etapa denominada *altitermal*, con condiciones más cálidas que las actuales.²¹ Si tomamos en cuenta la posibilidad de un desfameamiento entre el fenómeno ambiental y su manifestación en el registro, es muy probable que éste se empezara a dar desde antes. Hay que señalar que no todos los paleoecólogos admiten su existencia, como sucede con el caso del valle de Oaxaca, pero para la cuenca de México²² y el suroeste de los Estados Unidos²³ esta variación climática ha sido comprobada y defendida.

El *altitermal* comúnmente se divide en dos partes: la primera más húmeda y la otra más seca. Durante la primera, las condiciones favorables de precipitación se reflejan en un incremento de la biomasa vegetal y animal. Los grupos responden a los cambios ambientales, efectuando una recalendarización de actividades y reorientando sus pautas de aprovechamiento hacia los vegetales, especialmente las cactáceas y las

leguminosas silvestres. Esto afecta parcialmente la organización y estructura de la unidad productiva básica —pequeños grupos—; sin embargo, ya se aprecia cierta tendencia a la agrupación en conjuntos residenciales mayores. También persisten las formas sociales de reproducción ideológica, aunque el registro manifieste rituales mortuorios complejos.²⁴

La abundancia de recursos debió favorecer un aumento de las poblaciones humanas que, sin embargo, ya no podían desprender segmentos hacia las regiones contiguas al sur y al norte, pobladas desde etapas anteriores. Entonces, se hizo necesario un reajuste de la estructura demográfica al interior de cada territorio y una intensificación productiva que implicó la ocupación y aprovechamiento de un mayor número de territorios y la utilización de una mayor gama de recursos, sobre todo vegetales.

Arqueológicamente lo anterior puede verse en el final de la fase El Riego y en la primera parte de la fase Coxcatlán en el valle de Tehuacán²⁵ y, menos claramente, en la segunda parte de la fase Naquitz en Oaxaca.²⁶

El aumento en el número de sitios, con respecto a las fases anteriores, puede interpretarse como un incremento poblacional en cada una de las regiones fisiográficas. Los grupos frecuentaban las comunidades de bosque espino, de pino encino y los ecotonos entre éstas, cazando animales medianos o pequeños y recolectando vegetales. Ya está representado de manera consistente el consumo de semillas de especies herbáceas, se menciona la posibilidad de una domesticación incipiente de diferentes vegetales.²⁷ La movilidad podía ser alta, pero los grupos regresaban estacionalmente a determinados lugares de caza o colecta.

Este patrón parece seguir sin alteraciones hasta el 6 000 o 5 500 a.p., cuando se manifiesta un nuevo cambio climático, en la segunda parte del *altitermal*. El clima se toma gradualmente más seco, sin disminución de la temperatura, pero con alteración de los ciclos de sequía-humedad. Por otro lado, se genera una relación interactiva constante entre erosión y disminución de la cubierta vegetal, que redun-

¹⁹ Binford, *op. cit.*

²⁰ P. S. Martin, *The Last 10 000 Years*, The University of Arizona Press, Tucson, 1970; Flannery *op. cit.*

²¹ R. McGuire, *Hohokam and Patayan: Prehistory of Southwestern Arizona*, Academic Press, New York, 1982.

²² Q. González, comunicación personal.

²³ McGuire, *op. cit.*

²⁴ MacNeish, *op. cit.*

²⁵ *Ibidem.*

²⁶ Flannery, *op. cit.*

²⁷ *Ibidem*; MacNeish, (ed.) *or*, *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, volumen 5, Excavations and Reconnaissance, University of Texas Press, Austin, 1972.

da en la depauperación de la última, en la disminución neta de la biomasa y en procesos de adaptación a las condiciones áridas, con cambios en la diversidad de especies y en la distribución de su abundancia.

La vegetación ahora forma paquetes aislados espacialmente, más densos, cerca de los cauces y de los manantiales. Seguramente se dan en abundancia las leguminosas silvestres y cactáceas y hay más disponibilidad de gramíneas, que toman ventaja de la denudación de muchas zonas. La fauna disminuye, en número y tamaño, y así la cacería pierde importancia frente a la captura de mamíferos pequeños y reptiles.

Tanto la estructura de población como el



patrón de asentamiento sufren cambios para adecuarse a las nuevas condiciones. La consecuencia de la reestructuración del calendario y del repertorio²⁸ implica nuevas tomas de decisión sobre la confiabilidad de cada recurso y el establecimiento de jerarquías cualitativas

entre éstos. Para sus campamentos, los grupos prefieren los microambientes más húmedos, en la proximidad de manantiales y de otras fuentes de agua y frecuentan más el bosque espinoso, comunidad bióticamente rica, que contiene el conjunto de especies más confiables.

Al mismo tiempo, se hace indispensable la expansión de las áreas de captación hacia zonas que antes no se aprovechaban mucho, como las cercanas a las vegas. Cabe señalar que tal modificación del territorio no necesariamente implica el aumento de la superficie total, sino más bien un cambio y una intensificación de los recorridos. Como consecuencia de la mayor movilidad y del ejercicio de control territorial, quizá con formas de exclusión temporal, disminuye la probabilidad de encuentros entre unidades domésticas de productores.

Es en este momento cuando los grupos se plantean la necesidad de formalizar tales encuentros, acordando periodos de reuniones dentro de sus nuevos calendarios para realizar ceremonias relacionadas con el ciclo de vida, intercambios matrimoniales y de bienes e impartición de justicia. Es decir que aparece en México por primera vez lo que etnográficamente se conoce como *macrobanda*.

El origen de esta estructura se presenta como una de las posibles soluciones al peligro de nucleación de la sociedad, en el caso de México por cambios de estrategias productivas en respuesta a modificaciones de la abundancia y distribución de los recursos. Su función sería fomentar la reproducción ideológica y el mantenimiento de los lazos de identidad étnica, para que los grupos de productores sigan reconociéndose como emparentados y efectúen los intercambios indispensables para su sobrevivencia en cuanto unidades productivas. El sentir de la relación microbanda-macrobanda es que de la sobrevivencia del nivel mayor de organización dependen las unidades que la conforman.

Arqueológicamente podemos aislar indicadores más o menos claros en el final de la fase Coxcatlán, en la fase Abejas del Valle de Tehuacán²⁹ y en la fase Jícaras del Valle de Oaxaca.³⁰ Es interesante notar que en el primer caso se consigna un patrón cuasialdeano, con casas semienterradas, típicas en momentos posteriores de las zonas áridas del norte y noroeste de México. Sin embargo, no se dan cambios radicales en la composición tecnológica de la fase, ni en el patrón de subsistencia básico.

La existencia de una aldea en la fase Abejas ha sido ampliamente cuestionada, en vista de que, en realidad, sólo se encontró una estructura y las otras mencionadas por MacNeish son hipotéticas.

En el sitio de Geo-Shih, en Oaxaca, se describe una estructura constituida por dos alineamientos de cantos de río, el cual está formado por un corredor de unos veinte metros de longitud por siete de ancho, despejado de materiales arqueológicos en su interior y con supuesta función ritual. Al estar el sitio a cierta distancia del cauce, en el elemento se materializa una buena cantidad de trabajo social y la interpretación en el plano superestructural parece lógica, dadas además las características del contexto.³¹

Históricamente, la macrobanda se reporta en México en varias partes del norte y noroeste, por ejemplo para los pericues y los cochimies

²⁸ MacNeish, *The Prehistory...*

²⁹ Flannery et al., *op. cit.*

³¹ *Ibidem.*

²⁸ Flannery, *op. cit.*

de Baja California,³² vinculándose a la temporada de maduración de la pitahaya dulce, cuya abundancia permitía alimentar una población temporal entre cien y trescientas personas.

En lo social, la primera consecuencia debió ser la aparición de uno o varios papeles relacionados con la organización y reglamentación de los encuentros y de las ceremonias, es decir se formaliza una figura tipo *shamán*.³³ También se agudizan las formas de control de población para no ejercer demasiada presión sobre la biomasa disminuida.

Evidentemente no se trata aquí de asumir que existe, como lo maneja Cohen,³⁴ una carencia de recursos, que finalmente se convierte en el catalizador del cambio económico a la agricultura. Más bien, dentro de los límites de la organización de producción vigente, se modificaron gradualmente las estrategias temporales y laborales para la utilización de otros recursos.

Otro efecto de la reorganización se manifestó en la socialización del conocimiento. A partir de este momento se manejan datos procedentes de segmentos de población que durante buena parte del año viven experiencias diferentes, en aislamiento o en contacto eventual con grupos no necesariamente pertenecientes a su propia etnia. Así, los que se mueven cerca de fronteras culturales tienen acceso a datos y a bienes de consumo externos a su área. Durante las reuniones de la macrobanda, la información y los elementos materiales adquiridos por cada microbanda pasan al patrimonio de la comunidad y se da una integración que produce nuevos conocimientos.

Tales encuentros se realizaban año tras año durante la temporada de verano que, por ser la de lluvias, es también la más productiva y la de mayor disponibilidad de agua para el consumo humano. Un requisito para su realización fue la selección de los lugares que contaban con condiciones para mantener una población de más de cien personas durante semanas o meses, en el entendido de que la, o las microbandas, cuyos territorios abarcaran estas zonas, debían ceder sus derechos de utilización del recurso. En este caso, tratándose de valles internos, seguramente se echaba mano de productos vegetales, como los frutos de cactáceas y leguminosas. Sin embargo, en zonas costeras, tenemos evidencia de la utilización de productos marinos como peces entre los cochimies o caguamas entre los seris.

La producción de alimento para un grupo numeroso no debió implicar en un principio el establecimiento de formas de cooperación complejas, sino más bien la suma de esfuerzos individuales o de algunas unidades domésticas básicas. Es posible que también se dieran procesos redistributivos de bienes, cuya producción durante el año no había sido igual para todas las microbandas. El espectro de recursos —al final de la primavera y del verano— empieza con las leguminosas arbóreas, sobre

todo el mezquite, y sigue con varias especies de cactáceas.

Este cambio de conducta social repercute en varios aspectos sobre los ecosistemas semiáridos, de por sí inestables. En condiciones normales la extracción de recursos por parte de grupos pequeños y dispersos no afectaba mayormente al medio, pero la concentración anual de población en áreas restringidas debió perjudicar a unos organismos y favorecer a otros, no tanto por su utilización, tratándose básicamente de frutos, sino por las actividades domésticas.

Se generó una modificación intencional de la estructura del ecosistema, a escala variable en el tiempo y en el espacio, en relación con su capacidad de regeneración. La denudación de las porciones destinadas a los campamentos produjo alteraciones casi permanentes, limitó la posibilidad de regeneración de las poblaciones naturales y permitió la proliferación de otras especies, menos competitivas pero más pioneras. Además el hombre, voluntaria o involuntariamente, se comportaba como dispersor de las plantas que consumía ya que, al desechar las semillas en las orillas de los asentamientos, les proporcionaba condiciones de subsistencia por la menor competencia con otros organismos y la abundancia de materia orgánica.³⁵

Estas herbáceas de rápido crecimiento debieron ser precisamente las formas primitivas de maíz, frijoly calabaza, que no compiten entre

³⁵ Braidwood, *op. cit.*

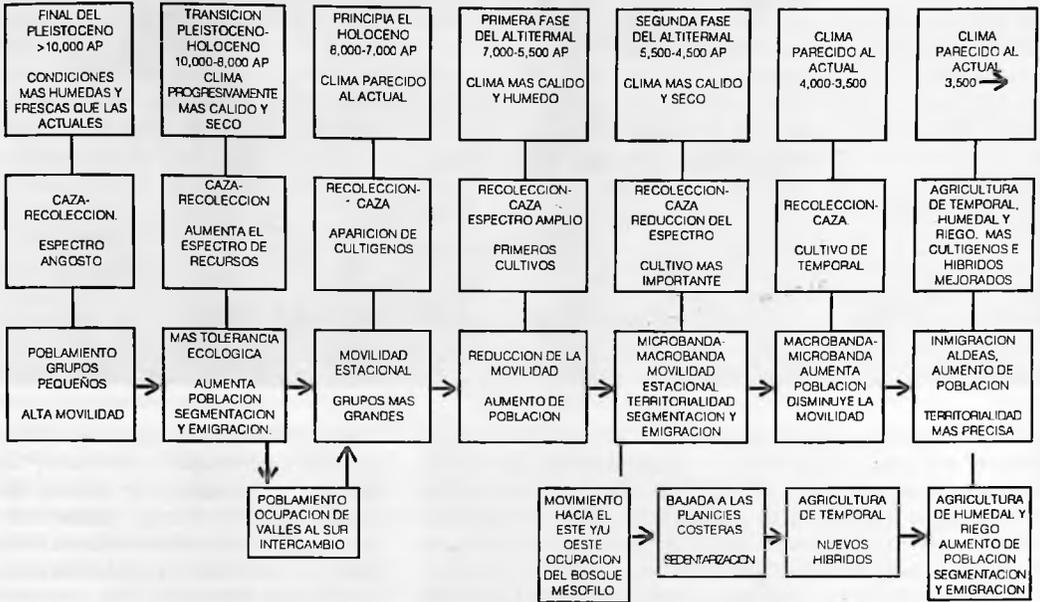
³² G. Cassiano, "Observaciones sobre la función de las tablas en la historia de Baja California", en *Arqueología*, número 2, 1988, pp. 179-196.

³³ MacNeish, "Tehuacan..."

³⁴ Cohen, *op. cit.*



**TABLA 1. SECUENCIA DE POBLAMIENTO Y REPOBLAMIENTO
CORRELACION CON DATOS CLIMATICOS Y ECONOMICOS**



si, pues se complementan. Estas maduraban en septiembre, al terminar la temporada de lluvias, cuando ya se acababa la cosecha de las plantas silvestres y con su consumo podía prolongarse la estancia en los campamentos.³⁶

Lo anterior explica, sin recurrir a catástrofes ambientales y "crisis alimenticias", por qué adquieren peso en la alimentación especies de baja densidad y productividad y con una conducta natural poco predecible, de procesamiento complicado, poco palatables y, aunque de fácil conservación en ambientes secos, sujetas a ataques por parte de insectos y roedores.

Al contrario de lo que opina MacNeish,³⁷ pensamos que el manejo del ambiente no implica en esta etapa la existencia de formas tempranas de horticultura, sino, más bien, el cuidado de algunos organismos, a través del mantenimiento de las condiciones de alteración que favorecen su existencia y proliferación.

Este grupo de plantas se forma por aportación de las diferentes microbandas, lo que permite que entren en contacto organismos autóctonos y alóctonos que, por su exclusión

geográfica y ecológica, nunca lo hubieran hecho. Los procesos de entrecruzamiento subsiguientes favorecen el surgimiento de híbridos de características más deseables, con la ayuda además del efecto de la translocación, el cual permite liberar a las plantas de presiones ambientales y expresar rasgos genéticos recesivos.

Los híbridos, como en el caso del maíz, aparecen precisamente durante esta segunda parte del *altitermal*, pero otros elementos, como las calabazas, se encuentran desde antes, posiblemente porque se utilizaban no tanto en la alimentación sino para fabricar contenedores.³⁸ La presencia de los híbridos, además, estaría señalando el ingreso a etapas de cultivo primitivo de plantas que en un principio simplemente fueron favorecidas en cuanto a competencia y reproducción.

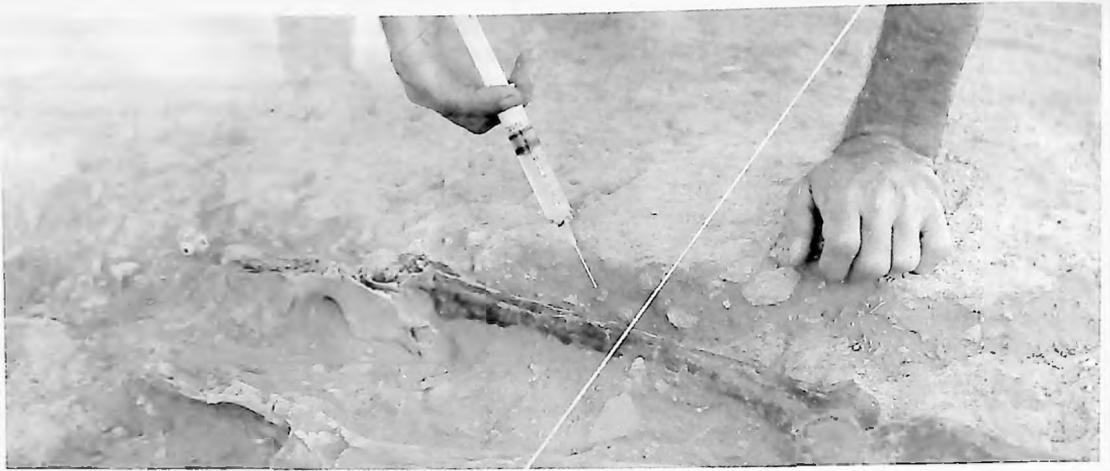
Otro conjunto de problemas se refiere al tipo de indicadores utilizados para inferir el cultivo. Por un lado, se le ha atribuido demasiada importancia al querer distinguir especies cultivadas de las silvestres, lo cual es muy difícil en fases incipientes de manejo. Por otro lado, no se ha cuestionado suficientemente, a escala regional, la validez de indicadores tales como la presencia de semillas de potenciales cultígenos o de híbridos cultivados. Si en las áreas en estudio se realizan intercambios de productos, sería posible encontrar evidencias de cultivo al interior de grupos que no lo practican. En realidad, por la cronología y la naturaleza de los hallazgos mesoamericanos, parece tratarse de un problema suprarregional.

Durante la segunda fase del *altitermal*, una parte de los grupos que habitaron los valles pudieron transpasar las montañas y establecerse

³⁶Flannery, *op. cit.*

³⁷MacNeish, "Tehuacan..."

³⁸Flannery, *op. cit.*



sobre la vertiente húmeda de la costa del golfo. Esta decisión, que fue el producto de un lento proceso de reconocimiento de las nuevas zonas bióticas, tuvo dos consecuencias: el establecimiento de un movimiento de poblamiento hacia las costas, perpendicular al que se había dado hasta el momento y la "adaptación" a nuevos *hábitat*. Además, probablemente permitió aligerar la presión de población en los valles internos.

Los grupos, en su desplazamiento, transportaron semillas de las plantas que estaban manipulando, con ello realizaron una translocación cuyos efectos serían mayores que los anteriores, puesto que se dio en ambientes mucho más húmedos, de bosque mesófilo. Las plantas expresaban un mayor número de rasgos fenotípicos favorables, aumentaba la productividad y la producción y, por lo tanto, la seguridad de las cosechas. Por las condiciones óptimas del temporal, el cultivo se muestra como una actividad mucho más rentable y empieza a convertirse en la base económica de la sociedad.

La conformación y consolidación de grupos con economía agrícola repercutiría sobre las poblaciones de los valles por los contactos de intercambio, a través de los cuales recibieron elementos tecnológicos, híbridos más productivos de especies cultivadas y materias primas de intercambio a larga distancia.³⁹ El aún dudoso desarrollo aldeano de la fase Abejas podría corresponder a un momento en el que ya existen dichas relaciones de intercambio y contribuyen a consolidar el patrón semisedentario. Para Tehuacán, por ejemplo, se menciona para el 6 000 a.p. la presencia de aguacate "cultivado fuera del valle", que podría proceder de una región situada al este.

Por otro lado, los grupos asentados en la vertiente más húmeda de la costa del golfo debieron empezar a sufrir también un aumento de población que, al igual que en el poblamiento original, planteó la necesidad de una segmentación. Los nuevos segmentos, quizá aprovechando los corredores de mayor aridez, empezaron a moverse hacia la costa, alejándose de los valles y generando procesos de desarrollo autónomos.

³⁹ MacNeish, *The Prehistory...*

Alrededor del 5 000 a.p. existen en el litoral grupos acerámicos con cierto sedentarismo,⁴⁰ lo que implicaría un desplazamiento bastante rápido, plausible si consideramos que quedaron sin habitar las porciones intermedias de selva mediana y alta, que sólo en épocas más tardías adquieren una población estable. Los grupos costeros, aparentemente, no practicaban la agricultura, lo cual parecería lógico puesto que se trata de una actividad todavía no plenamente afirmada.

Hacia el 4 000 a.p. en la fase Purrón de Tehuacán y poco después en la fase Espindión de Oaxaca⁴¹ aparece la cerámica junto con los primeros híbridos productivos de maíz y muy bien podría tratarse de dos elementos foráneos. Además, en ambos casos las evidencias son escasas, como si se hubiera producido una repentina disminución de población.

Podría estarse dando un reflujó, desde la costa del golfo, de grupos que tratan de aprovechar las mejores condiciones climáticas que siguen al fin del *altitermal*. Estos son portadores de rasgos tecnológicos nuevos, como la cerámica y las navajillas prismáticas de obsidiana. Sin embargo, tales conocimientos tecnológicos no necesariamente fueron generados por los nuevos pobladores, quienes también los pudieron haber adquirido. Además, tratándose de descendientes de las poblaciones de los valles, comparten rasgos con éstos.

⁴⁰ B. L. Stark, "The Rise of Sedentary Life", en J. A. Sabloff (editor), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, volumen 1, Arqueology, University of Texas Press, Austin, 1985, pp. 345-373.

⁴¹ Flannery, *op. cit.*

Es a partir del repoblamiento en los valles de Tehuacán y de Oaxaca que, hacia el 3000 a.p., cuando se origina un desarrollo aldeano que parecería resultado de un proceso de desarrollo interno, sobre todo porque abarca otras regiones. El cultivo y la vivienda se trasladan cerca de las riberas de los ríos, donde existen mejores condiciones edáficas y de humedad y estacionalmente se segregan grupos de productores hacia las porciones serranas para realizar actividades de cacería y recolección.⁴²

En lugar de surgir competencia por el recurso con las poblaciones originarias, se da un proceso de integración de los grupos más sedentarizados, bajo un sistema donde se institucionaliza el prestigio y se empiezan a marginar las unidades de productores que habitan el somontano y se dedican de tiempo completo a la caza y a la recolección, que parecen subsistir hasta épocas tardías en la estructura de microbanda. En este momento el complejo agrícola es muy rico, e incluye varias plantas no originarias de los valles.

En conclusión, plantear el origen de la agricultura para zonas semiáridas engendra peligros por dos motivos. En primer lugar, los asentamientos con evidencias de este tipo se relacionan con gradientes ecotonales entre ambientes semiáridos y húmedos, donde existen una mayor diversidad biótica y condiciones más favorables para el "temporal". En segundo lugar, aunque en un momento inicial se haya dado un manejo exitoso de algunos vegetales, la práctica agrícola tiene límites impuestos por la inestabilidad de tales franjas de transición, por la baja fertilidad de los suelos y la cantidad de humedad disponible. Lo anterior puede reducir la posibilidad de expresión del acervo genético de las poblaciones vegetales y la generación de híbridos productivos.

De hecho, como el temporal es escaso e impredecible, en las regiones semiáridas la agricultura se estabiliza por la introducción de técnicas de riego, para las cuales se tiene evidencia sólo en etapas tardías.

La realización y el crecimiento de una actividad económica involucran entonces variables naturales, que tienen peso diferencial en distintos momentos de desarrollo social y el efecto de un cambio climático se reduce o se

magnifica según las características ambientales locales y el tipo y la intensidad de la alteración humana. Lo último se refiere a cuáles cambios en la estructura del patrón de asentamiento, sin modificación de la densidad total de población, que produzcan un aumento en el tamaño de los grupos residenciales y una disminución de su movilidad, pueden tener importantes efectos cuantitativos en la capacidad perturbadora del hombre sobre el medio.

Aunque, como ya se señaló, no hay evidencias paleoecológicas concluyentes del *altitermal*, el hecho de encontrar una reorganización de fuerzas productivas de tipo macrobanda podría constituir en sí un indicador ambiental.

Si estamos de acuerdo con Flannery en que el consumo de las cosechas permite alargar los tiempos de permanencia en los campamentos, entonces hay que dedicar mayores esfuerzos para tratar de explicar en cuáles ámbitos de la sociedad se genera la necesidad de estancias más largas y cómo esto involucra la práctica del cultivo.

La transformación original de la economía de cultivadora "de tiempo parcial" a agrícola, improbable en regiones semiáridas por las limitaciones ambientales, debió realizarse fuera de las "áreas de origen", a alturas compatibles con éstas, en franjas de buena precipitación y sin tanto problema de competencia con la vegetación natural, lo que hubiera implicado un gran esfuerzo de mantenimiento.

Entonces, para el origen de la agricultura habría que plantear un modelo geográfico donde entren en contacto dos zonas: una semiárida, pero con el potencial biótico de los cultígenos y otra templado-húmeda,



⁴²Flannery et al., op. cit.

con desarrollo de suelos ricos en materia orgánica y con abundancia y diversidad de especies silvestres aprovechables. Este modelo, en el caso de México, permitiría redefinir el concepto de "área nuclear", previamente entendido como una región favorable bióticamente por la presencia de poblaciones silvestres densas de plantas susceptibles de manejo.⁴³

La cronología y la distribución espacial de los diferentes hallazgos arqueológicos mexicanos induce a pensar que la conformación del complejo de cultivo básico sea el resultado de una integración de información en un nivel suprarregional, que circula en sentido norte-sur, posibilitada por la existencia de un sustrato cultural común y vinculada al proceso de poblamiento. Igualmente, el cambio de la práctica agrícola se da en un nivel suprarregional, esta vez en el sentido este-oeste, cuando menos para el valle de Tehuacán, relacionado con otra fase de poblamiento y la apropiación de ambientes cualitativamente diferentes.

La investigación arqueológica de las vertientes de la costa del golfo, en alturas de entre 1 200 y 1 500 metros y con vegetación de bosque mesófilo, podría aportar datos en favor o contra este planteamiento, pero en la planeación del muestreo habría que tomar en cuenta que las condiciones de humedad de estas áreas no favorecen la conservación de los materiales orgánicos y que la perturbación humana es altísima.

Bibliografía

- Binford, L.R., "Post Pleistocene Adaptations", en S. Struever (editor), *Prehistoric Agriculture*, The Natural History Press, Garden City, New York, 1971, pp. 22-49.
- Braidwood, R., *El hombre prehistórico*, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, número 107, México, 1971.
- Byrne, R., "El cambio climático y los orígenes de la agricultura", en L. Manzanilla (editora), *Coloquio V. Gordon Childe*, UNAM, México, 1988, pp. 27-40.
- Cassiano, G., "Observaciones sobre la función de las tablas en la historia de Baja California", en *Arqueología*, número 2, 1988, pp. 179-196.
- Childe, V. G., *Los orígenes de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954.
- Coe, M. D. y K. V. Flannery, "Microenvironments and Mesoamerican Prehistory", en *Science*, número 143, 1964, pp. 650-654.
- Cohen, M.N., *The Food Crisis in Prehistory*, Yale University Press, New Haven and London, 1977.
- Felger R. S. y M. B. Moser, *People of Desert and Sea. Ethnobotany of the Seri Indians*, The University of Arizona Press, Tucson, Arizona, 1986.
- Flannery K. V., (editor), Guila Naquitz, *Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca*, Academic Press, New York, 1986
- Flannery, K. V., J. Marcus y S. A. Kowalewski, "The Preceramic and

Formative of the Valley of Oaxaca", en J. A. Sabloff (editor), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, Arqueology, volumen 1, University of Texas Press, Austin, 1985, pp. 48-93.

Harris, M., *Canibales y reyes*, Biblioteca Científica Salvat, Barcelona, 1986.

Hassan, F. A., *Demographic Archaeology*, Academic Press, New York, 1981.

Lorenzo, J. L., "Los primeros pobladores", en R. Piña Chan (coordinador), *Del nomadismo a los centros ceremoniales*, SEP-INAH, México, 1975, pp. 15-59.

MacNeish, R. S. (editor), *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, volumen 5, Excavations and Reconaissance, University of Texas Press, Austin, 1972.

—"Tehuacan Accomplishments", en J.A. Sabloff (editor), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, volumen 1, Arqueology, University of Texas Press, Austin, 1985, pp. 345-373.

Martin, P. S., *The Last 10 000 Years*, The University of Arizona Press, Tucson, 1970.

McGuire, R., *Hohokam and Patayan: Prehistory of Southwestern Arizona*, Academic Press, New York, 1982.

Rindos, D., "Evolución darwiniana y cambio cultural. El caso de la agricultura", en L. Manzanilla (editora), *Coloquio V. Gordon Childe*, UNAM, México, 1988, pp. 345-373.

Santa María, D. y J. García-Bárcena, *Puntas de proyectil, cuchillos y otras herramientas sencillas de los grifos*, Subdirección de Servicios Académicos, Cuaderno de Trabajo, número 40, INAH, México, 1989.

Stark, B. L., "The Rise of Sedentary Life", en J. A. Sabloff (editor), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, volumen 1, Arqueology, University of Texas Press, Austin, 1985, pp. 345-373.

Vandevender, T., "Holocene Woodlands in the Southwestern Deserts", en *Science*, número 198, 1977, pp. 189-192.

Wiley, G. R., *An Introduction to American Archaeology*, volumen 1, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1966.

⁴³Braidwood, *op. cit.*

CONSIDERACIONES SOBRE EL DESARROLLO COYOTLATELCO EN EL CENTRO-NORTE DEL ALTIPLANO CENTRAL

Juan Cervantes R.
Alfonso Torres R.

*¿Dónde iría yo si pudiera hablar,
qué sería yo si pudiera ser, qué
diría yo si tuviese voz: quién
habla así llamándose yo?*

Samuel Beckett, citado por
Alejandro Iñigo en *Emiliano*.

La aparición de los grupos coyotlatelco en el Altiplano central significó una serie de cambios radicales dentro del esquema organizativo generado por el Estado teotihuacano, expresados entre otras cosas en las sensibles modificaciones del patrón de asentamiento¹ y de las tradiciones cerámicas.² Es evidente entonces que la *cultura coyotlatelco* es un fenómeno sustancialmente distinto del representado por las poblaciones teotihuacanas, no solamente en términos sociopolíticos,³ sino también culturales.

Sin embargo, más allá de esta aseveración, sostenida ampliamente por algunos investigadores de la Cuenca de México,⁴ es claro que la explicación global del proceso y de sus matices particulares continúa siendo un amplio tema

de discusión. Últimamente éste se ha visto enriquecido por la profundización en nuestro conocimiento arqueológico de las ocupaciones coyotlatelco fuera de la Cuenca de México (particularmente en el Valle del Mezquital) y cuyos resultados, articulados con toda la información precedente, permiten perfilar algunas de sus características históricas.

La necesidad de abordar problemas de investigación con carácter explicativo, que superaran los límites espaciales de la Cuenca de México, ya había sido esbozada por varios investigadores, a partir de la realización de proyectos integrativos de perspectiva regional.⁵ Sin embargo, durante mucho tiempo y en una tendencia todavía vigente, algunos periodos se convirtieron en meros referentes temporales que, de alguna forma, justificaban la periodificación tradicional y otorgaban apoyo fáctico a un conjunto de ideas sobre el desarrollo y el cambio cultural.

Tal es el caso de la *cultura coyotlatelco* situada entre dos de los más complejos sistemas sociales desarrollados en el centro de México durante la época prehispánica: *Teotihuacan* y Tula. Vinculada con el "colapso" del Estado teotihuacano, sólo fue valorada a través de algunas de sus características materiales concretas, como la tradición cerámica. Esto generó una visión parcializada e incompleta, no solamente de las características específicas del proceso de cambio cultural, sino también de la historia particular de los grupos coyotlatelco, los que entre otras cosas, fueron homogeneizados dentro de un concepto de "cultura", definido a partir de un conjunto de materiales cerámicos⁶ cuya distribución abarca amplias zonas del altiplano central,⁷ pero sólo estudiada sistemáticamente en la región de la Cuenca de México.⁸

¹ Como el *Basin of Mexico Survey Project*, cfr. Sanders, Parsons y Santley, *op. cit.*; Parsons, *op. cit.*, p. 62.

² En efecto una de las evidencias arqueológicas de la aparición de estos grupos en el altiplano central es la introducción de un conjunto de tipos cerámicos cuya característica distintiva es estar decorados en rojo/caté, lo que significa una ruptura drástica con la tradición teotihuacana (Rattray, *op. cit.*, p. 84).

³ Fuera de la cuenca de México se ha reportado cerámica de tradición coyotlatelca en el valle poblano-tlaxcalteca (Flores Müller, *La alfarería de Cholula*, INAH, Serie Arqueología, México, 1978, pp. 181 y 224); la región de Tula y Valle del Mezquital (Cobean, *La cerámica de Tula, Hidalgo*, INAH, Colección Científica, número 215, Serie Arqueología, México, 1990; Juan Cervantes y Alfonso Torres, *Las comunidades prehispánicas del Valle del Mezquital*, en preparación); y el Valle de Toluca (Román Piña Chan, *Investigaciones sobre Huamango y región vecina*).

⁴ Cfr. Rattray, "An Archaeological and Stylistic Study of Coyotlatelco Pottery", en *Teotihuacan and After: Four Essays*, Universidad de las Américas, Mesoamerican Notes 7-8, México, 1966.

¹ Robert Cobean y Guadalupe Mastache, "The Coyotlatelco Culture and the Origins of the Toltec State", en Richard Diehl y Janet Berlo, *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacan A.D. 700-900*, Dumbarton Oaks, Washington, 1989, p. 55; William Sanders, Jeffrey Parsons y Robert Santley, *The Basin of Mexico. Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Academic Press, New York, 1979, p. 129; Parsons, "El área central de Teotihuacán" en Joseph Mountjoy y Donald Brockington (editores), *El auge y la caída del Clásico en el México central*, IIA-UNAM, México, 1987, p. 59.

² Cobean y Mastache, *op. cit.*, p. 55; Evelyn Rattray, "Evidencia cerámica de la caída del Clásico en Teotihuacán", en Mountjoy y Brockington, *op. cit.*, p. 84.

³ Cfr. Sanders, "The Epiclassic as a Mesoamerican Stage", en Diehl y Berlo, *op. cit.*

⁴ Cfr. Rattray, *op. cit.*, p. 84; Sanders, Santley y Parsons, *op. cit.*, p. 129; Parsons, *op. cit.*, p. 59.

Tal definición conceptual se convirtió en un obstáculo metodológico que imposibilitó el reconocimiento de los aspectos particulares del desarrollo sociocultural de las comunidades coyotlatelco, no sólo en comparación con el sistema estatal teotihuacano, sino entre los grupos contemporáneos asentados en diferentes zonas del altiplano central. El devenir social fue transformado en una tradición estilística, observada únicamente en sus fluctuaciones espacio-temporales.

La discusión de los procesos de cambio, sólo en estos términos, se volvió inoperante pues, es claro que las transformaciones en las tradiciones cerámicas son la expresión y no la causa de ellos. Además, si bien es cierto que algunos de estos materiales son en extremo semejantes entre sí, ya algunos autores han señalado los problemas que se derivan de interpretar las similitudes únicamente como filiación cultural.⁹

Desde semejante perspectiva, la interpretación puso fuerte énfasis en la idea de la proveniencia norteña de las poblaciones coyotlatelco y, por ende, en considerarlas como "extranjeras" dentro de la región de la Cuenca de México,¹⁰ lo que en la línea analítica de las tradiciones cerámicas había sido, de alguna manera, corroborado por la localización de tiosos estilísticamente similares en otras regiones norteñas fuera del altiplano central.¹¹ Esto permitía si no interpretar sí justificar la ruptura con la sociedad teotihuacana manifiesta en términos culturales, puesto que suponía que la introducción de los nuevos patrones no se debía a un desarrollo local sino a la presencia de grupos provenientes de regiones foráneas portadores de una tradición cultural distinta.

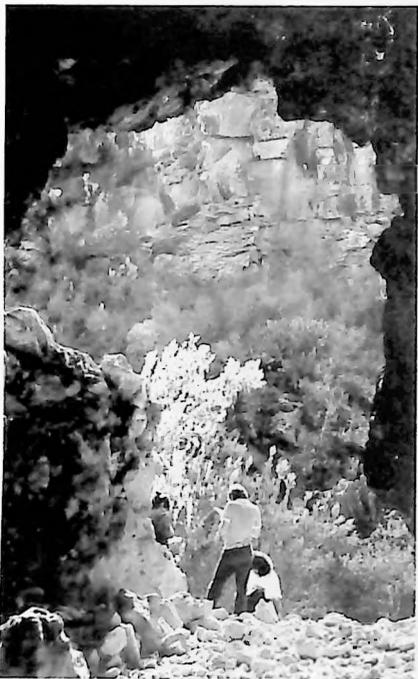
Aunque el planteamiento general aún tiene validez y se ha visto corroborado con investigaciones recientes,¹² su formulación no incluyó

una explicación sistemática y explícita de los procesos que de-

terminaron la expansión de la gente coyotlatelco hacia el centro de México y mucho menos de la amplia distribución territorial que alcanzaron una vez asentadas allí. Esta visión, a todas luces fragmentaria de un proceso histórico concreto, es coherente con una serie de ideas sobre la sociedad y el devenir histórico donde predomina un enfoque particularista y central.

Así, la apreciación del proceso desde la perspectiva de *Teotihuacan*, resaltó únicamente aquello que era importante para sustentar la idea del cambio cultural y la periodificación, dejando de lado otra parte sustancial que se refiere no solamente al conocimiento específico de los grupos coyotlatelco, sino a la historia sociocultural de las poblaciones asentadas en regiones norteñas fuera del altiplano central.¹³

Una buena parte de los problemas interpretativos que supone la introducción de nuevos patrones socioculturales por parte de las comunidades coyotlatelco provienen precisamente de este enfoque central que supone una homogeneidad en los procesos y que implica el desconocimiento de los distintos desarrollos sociales sincrónicos. Superando de alguna forma las limitantes de esta clase de periodificación, la recuperación de la diversidad es necesaria para una interpretación de la historia como un proceso global.¹⁴



⁹ Manuel Gándara, "El estudio de las similitudes y diferencias en el material arqueológico: tradición, influencia y área de interacción" en Rattray (editora), *Interacción cultural en México central*, UNAM, México, 1981, p. 14.

¹⁰ Rattray, "Evidencia cerámica...", p. 82.

¹¹ Cfr. Beatriz Braniff, "Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la cuenca de México: intento de correlación", ponencia presentada en la *XI Mesa Redonda*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1972, pp. 273-323.

¹² Cobean por ejemplo, al hablar del complejo cerámico de las poblaciones coyotlatelco tempranas dice: "Tiene un complejo cerámico híbrido, poco conocido, que contiene algunos tipos coyotlatelco junto con tipos que posiblemente son relacionados con culturas del Clásico en el Bajío." (Cobean; Mastache et al., "La cronología de la región de Tula", en Rattray, *Interacción cultural...*, p. 204).

¹³ Hasta fechas relativamente recientes se ha renovado el interés por la investigación de las mal llamadas zonas periféricas o marginales de Mesoamérica (cfr. por ejemplo *Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispanicas del Centro Norte de Mesoamérica*, Memorias, CRO-INAH). Su supuesta marginalidad con respecto a los procesos de desarrollo histórico mesoamericano ha sido severamente cuestionada por un conjunto de investigadores que resaltan una perspectiva holística del mismo (Peter Jiménez Betts, *Una red de interacción en el noroeste de Mesoamérica: Una interpretación*, en prensa). Es importante entonces hacer notar que algunos de los procesos que probablemente estén condicionando el surgimiento de una etapa definida como de gran inestabilidad política (Sanders, Parsons y Santley, *op. cit.*) y de desintegración de estructuras panregionales (Willey Gordon R., "Horizontal Integration and Regional Diversity: An Alternating Process in the Rise of Civilizations", *American Antiquity*, 1991) hayamos de encontrarlos en aquellos que sustentaron las relaciones de interacción-integración entre las poblaciones de las áreas periféricas y las zonas nucleares de los "antiguos imperios". Una comprensión de las diversas relaciones establecidas por *Teotihuacan* con las poblaciones fuera de su área inmediata de integración parece ser un antecedente necesario para esclarecer algunos de los procesos sociohistóricos que caracterizaron el período Epiclásico.

¹⁴ Esta actitud implica el reconocimiento de la heterogeneidad de los actores sociales que se encuentran involucrados en los procesos de desarrollo de la complejidad social. La investigación de las relaciones que se establecen entre ellos supone la aprehensión de las particularidades sociohistóricas que los caracterizan y el papel que éstas juegan dentro del sistema global de relaciones. (Cfr. Mc Guire Randall, "Breaking Down Cultural Complexity: Inequality and Heterogeneity", en Michael B. Schiffer (editor), *Advances in Archaeological Method and Theory*, volumen 6, Academic Press, New York, 1983).

La tendencia actual en las investigaciones apunta en este sentido al permitir no solamente un conocimiento general de los procesos regionales de desarrollo social a partir de la resolución de algunos de sus problemas específicos, sino también la articulación de la información en un esquema global, posibilitando la formulación de hipótesis que, en todo caso, serán sometidas a reevaluación, puesto que varios de estos puntos no podrán resolverse mientras no se amplíen aún más los trabajos de investigación no sólo en términos territoriales sino en el tipo de problemas a resolver.

Si bien el desarrollo histórico y las formas de organización social de los grupos coyotlatelco apenas comienzan a comprenderse, la información permite suponer que su interpretación tiene un alto grado de complejidad e implica un serio cuestionamiento de la cronología y la periodificación tradicionales, así como de su supuesta homogeneidad cultural y de su relación con el sistema teotihuacano en términos de las transformaciones históricas en los niveles de complejidad social.

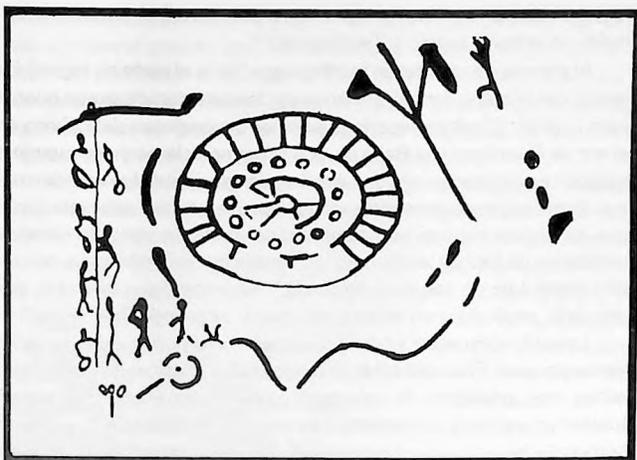
Teotihuacan y el periodo Coyotlatelco

Hasta hace poco tiempo los grupos coyotlatelco eran considerados como un fenómeno necesariamente posMetepec¹⁵ que, en todo caso, pudieran haber sido parcialmente coetáneos con las últimas ocupaciones teotihuacanas.¹⁶ Sin embargo, aunque para el Valle de Teotihuacán esta afirmación tiene algún fundamento estratigráfico,¹⁷ su generalización hacia otras zonas del centro de México ha resultado problemática sobre todo porque detrás subyace la idea de que los procesos sociales que caracterizan al periodo Clásico se mantienen homogéneos en toda la zona hasta su desaparición total una vez disuelto el sistema teotihuacano. Esto, en otras palabras, implica pensar que la hegemonía teotihuacana se mantuvo con las mismas características durante todo el Clásico, en todas las regiones que, de alguna forma, se vieron insertas en el sistema estatal.

¹⁵ El límite temporal superior de la fase Metepec se ha situado para el 750 d.C. Esta es la fecha aceptada para la desaparición del Estado teotihuacano.

¹⁶ Rattray, "Evidencia cerámica...", p. 81.

¹⁷ *Ibidem*, p. 80.



Por el contrario, la información proveniente de la zona norte del altiplano central hace suponer que la hegemonía del Estado teotihuacano tuvo a lo largo del tiempo una serie de modificaciones, que en el plano regional, permitieron el desarrollo temprano de grupos coyotlatelco, pero que, desde una perspectiva global, implican observarlo como una entidad dinámica, condición necesaria para poder entender el conjunto de procesos que determinaron el *colapso* de un sistema hegemónico tan complejo y extenso.

En este esquema dinámico de desarrollo es muy probable que la expansión de las sociedades coyotlatelco y su presencia en la Cuenca de México para finales de la fase Metepec, fuese el resultado de un proceso de desarrollo social gradual y hasta cierto punto diferencial iniciado en fechas más tempranas en las regiones norteñas del altiplano central y que, de alguna forma, se encuentra relacionado con los cambios en la estructura organizativa teotihuacana y sus matices históricos particulares, aunque el carácter de esta relación es algo que apenas comienza a esbozarse.

La expansión del Estado teotihuacano fuera de la Cuenca de México implicó la penetración directa de las zonas norteñas aledañas y la consolidación de un sistema de relaciones sociopolíticas, al cual fue integrado directamente¹⁸ una buena parte de lo que hoy se conoce como Valle del Mezquital, desde fechas tan tempranas como la fase Tlamimilolpan.¹⁹ La inserción al sistema económico y político estatal, —que se encuentra evidenciada desde el punto de vista material en un patrón específico de distribución espacial de un conjunto de elementos de clara filiación teotihuacana—, generó un sistema de control

¹⁸ Cobean y Mastache, *op. cit.*, p. 51.

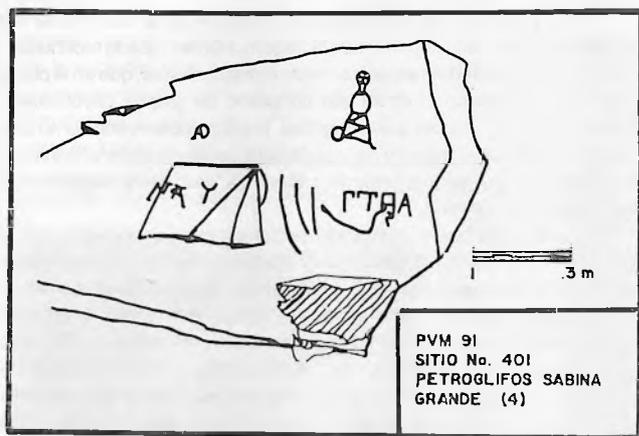
¹⁹ La fase Tlamimilolpan abarca del 200 al 400 d.C. Dentro de las ocupaciones teotihuacanas registradas en el Valle del Mezquital, el mayor porcentaje de tipos cerámicos pertenecen a esta época. (Cfr. Clara Díaz, *Chingú: Un sitio clásico del área de Tula, Hidalgo*, INAH, Colección Científica, número 90, Serie Arqueología, México, 1981).

²⁰ La zona tiene una alta densidad de sitios teotihuacanos, los que entre otras cosas presentan un complejo cerámico que incluye muchos de los tipos identificados para el Valle de Teotihuacán y que probablemente hayan sido traídos de ese lugar y no manufacturados localmente. Asimismo los elementos arquitectónicos incluyen la aparición de los llamados complejos apartamentales y el estilo talud-tablero (Cobean y Mastache, *op. cit.*, p. 51). Cfr. Díaz, *op. cit.*

regional con por lo menos un centro político-administrativo intermedio entre la región y *Teotihuacan*.²¹

Al parecer, la expansión teotihuacana hacia el norte no superó los límites del altiplano central, al menos con las características que guarda para la zona. El patrón reportado para las ocupaciones del Clásico en el sur de Querétaro y el Bajío parece diferir no solamente en cuanto a tradiciones cerámicas, sino a la distribución espacial de los asentamientos. Entre los pocos elementos materiales que podrían estar relacionados de alguna manera con *Teotihuacan* existe un conjunto de tipos cerámicos de formas teotihuacanas²² y distribución restringida, con un alto porcentaje de cerámica rojo/café,²³ tradición decorativa que, por otro lado, predomina en estas zonas desde el período Preclásico.²⁴

La conjunción espacial de ambas tradiciones puede entenderse de varias maneras. Probablemente, las comunidades clásicas del sur de Querétaro sean partícipes de una matriz cultural común sobre la que se fundamenta el ejercicio mediatizado del poder político teotihuacano en comunidades en principio ajenas al desarrollo sociopolítico no sólo de



la Cuenca de México, sino del altiplano central. La fundamentación de esta afirmación debería suponer el análisis de la historia particular de las sociedades asentadas al norte del centro de México y sus formas específicas de organización.

El reconocimiento de las diferencias, en cuanto a las formas de relación sostenidas con el sistema teotihuacano, es importante pues parece indicar que los factores sociales que determinaron el desarrollo

histórico de las comunidades asentadas hacia el norte del río San Juan, en el sur de Querétaro y del Bajío, y de donde es muy probable que provengan los grupos coyotlateco, fueron sustancialmente distintos que los ocurridos en el altiplano central, aún en momentos anteriores a la expansión de *Teotihuacan*. De aquí que muchos de los elementos culturales introducidos en el centro de México signifiquen una ruptura drástica con la tradición teotihuacana.

Una buena parte de las causas de la expansión de los grupos del Bajío hacia el altiplano central pueden explicarse a partir de una serie de acontecimientos sociales ocurridos en esas regiones y que por el momento nos son completamente desconocidos. Sin embargo existe otro hecho que pudo permitirlos. El sistema teotihuacano vigente durante la fase Tlamimilpan, prácticamente desapareció para la fase Xolalpan,²⁵ cuando en la Cuenca de México ocurre la máxima expansión urbana y poblacional de *Teotihuacan*.²⁶

Este proceso, que de hecho es una línea de investigación prioritaria para entender el desarrollo de las formas particulares de dominación foránea teotihuacana, es importante puesto que no sólo implica la retirada de una buena parte de la población teotihuacana de la zona norte del altiplano, sino la desarticulación temprana de la hegemonía del sistema estatal en una zona que puede ser considerada como parte del área bajo su control directo.²⁷

Sin embargo, la penetración de las comunidades norteñas parece no traslaparse temporalmente con la población teotihuacana, puesto que no existe una ocupación continua de los asentamientos. Asimismo, el patrón de uso del espacio físico es bastante distinto.²⁸ Este matiz temporal, cuya duración no es posible por ahora determinar, indica por lo menos que el

²¹ Cobean y Mastache, *op. cit.*, p. 51. La estructura sociopolítica de los sistemas de control regional teotihuacano han sido pobremente estudiados. En la mayoría de los casos, los trabajos de investigación se limitan a una descripción formal de un conjunto de rasgos estilísticos, como la cerámica o los elementos arquitectónicos. (Cfr. por ejemplo: Jorge Angulo y Kenneth Hirt, "Presencia teotihuacana en Morelos", en Rattray, *Interacción cultural*...).

²² Estos tipos cerámicos han sido llamados "teotihuacanoides", cfr. Enrique Nalda, *UA San Juan del Río. Trabajos arqueológicos preliminares*, tesis: ENAH, 1975, pp. 90 y 102.

²³ *Ibidem*: Carlos Castañeda, Beatriz Cervantes, Ana María Crespo, José Antonio Contreras, Trinidad Durán y Juan Carlos Saint Charles, "Poblamiento prehispánico en el centro norte de la frontera Mesoamérica", en *Antropología. Boletín del INAH*, número 28, 1988, pp. 34-43. Por otro lado el Proyecto Valle del Mezquital ha localizado un patrón similar en algunos sitios cercanos al río San Juan.

²⁴ Cfr. Nalda, *op. cit.*, pp. 84 y 99.

²⁵ Las ocupaciones teotihuacanas comenzaron a experimentar una reducción hacia las fases Xolalpan y Metepec. (Cobean y Mastache, *op. cit.*, p. 62). Esta reducción, que Cobean y Mastache llaman aparente, pudo haber sido en realidad bastante drástica. Por lo menos para el sitio más extenso de la región, las cerámicas diagnósticas de estas fases forman en conjunto el 4.16 por ciento de la cerámica teotihuacana, mientras que las pertenecientes a la fase Tlamimilpan alcanzan el 21.99 por ciento. (Díaz, *op. cit.*, p. 62). Un patrón muy semejante ha sido localizado por el Proyecto Valle del Mezquital, (Cervantes y Torres, *op. cit.*).

²⁶ Cobean y Mastache, *op. cit.*, p. 51. Los sitios con material teotihuacano localizados por el Proyecto Valle del Mezquital fuera del área recorrida por Cobean también presentan esta característica.

²⁷ Cfr. Díaz, *op. cit.*

²⁸ Cobean y Mastache, *op. cit.*, p. 55.

proceso pudo haber sido gradual o que ocurrió cuando la mayor parte de los asentamientos teotihuacanos ya habían sido abandonados.

El periodo coyotlatelco

La consolidación de las primeras entidades sociopolíticas coyotlatelco en la zona norte del centro de México pudo ser, desde esta perspectiva (y de hecho parece que fue así), un fenómeno contemporáneo a las últimas fases del sistema estatal teotihuacano. No obstante su papel en la extensión de los patrones socioculturales coyotlatelco hacia la Cuenca de México no está del todo claro, puesto que es muy probable que tal proceso de desarrollo temprano haya adquirido diferentes matices regionales.

La afirmación tiene su origen en el reconocimiento de un conjunto de diferencias dentro de los complejos cerámicos que en el área de Tula han permitido un faseo preliminar²⁹ y que en la región noroccidental del Valle del Mezquital apoyan la idea de que existen distintas entidades sociopolíticas coyotlatelco parcialmente contemporáneas, con algún grado de regionalización.³⁰ Es posible que este fenómeno ocurriera de forma semejante en otras zonas norteñas del altiplano y que las poblaciones coyotlatelco conformaran sistemas de control regional diferenciados entre sí.

Esto podría implicar en primera instancia que la expansión hacia el centro de México haya ocurrido por diferentes zonas y que se

trate en realidad de distintos grupos,³¹ aunque lo último es aún más difícil de corroborar puesto que las diferencias observadas en cuanto al material cerámico no son por sí solas elementos definitivos para la contrastación. Sin embargo, si la primera idea es correcta, es probable que no todas las poblaciones coyotlatelco tempranas se encuentren ligadas a la penetración hacia la Cuenca de México.

Por lo menos para el Valle del Mezquital, los complejos cerámicos relacionados con ellas, si bien son bastante similares a los reportados en la Cuenca de México,³² muestran una serie de diferencias en varios de sus componentes tipológicos, los que por el momento son exclusivos de la región y parecen estar más relacionados con la cerámica del Bajío.³³ En adición, existe una discontinuidad real entre estas y las ocupaciones teotihuacanas³⁴ y no muestran relación cultural evidente con *Teotihuacan*.

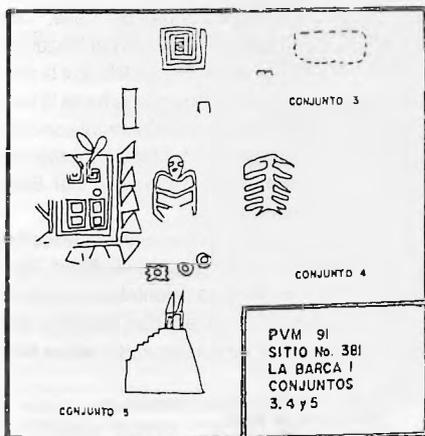
El patrón observado en la Cuenca de México difiere sobre todo porque en este lugar existe efectivamente una continuidad ocupacional entre ambas poblaciones y varios de los sitios coyotlatelco más importantes se desarrollaron a partir de sitios teotihuacanos.³⁵ Para explicar esta situación algunos autores han resaltado la posibilidad de que ambas ocupaciones fueran parcialmente contemporáneas.³⁶

Si la comparación entre el patrón reportado en la cuenca y el observado en el Valle del Mezquital es válida en términos cronológicos,³⁷ es probable que no exista una relación procesual directa entre ambos.³⁸ En este sentido, la penetración de grupos coyotlatelco a la cuenca puede haber ocurrido algún tiempo antes de la disolución total del sistema teotihuacano, lo que en primera instancia podría explicar la continuidad espacial entre ambas ocupaciones. Esto pudo ser factible, puesto que la tendencia a la desocupación de sitios hacia la fase Xolalpan parece haber sido un hecho en algunos lugares de esta región.³⁹

La forma en que estas poblaciones se insertaron en la dinámica sociopolítica del sistema teotihuacano y los matices que adquirió su desarrollo y consolidación como sistema en el área central, una vez disuelto el Estado mantenido por *Teotihuacan* durante varios cientos de años, son dos problemas que distan mucho de estar resueltos y cuya explicación es bastante compleja. Para el caso de la Cuenca de México habría que entender, en primera instancia, el nivel que ocuparon estos grupos dentro del conjunto de relaciones político-económicas del sistema estatal, cuyo carácter particular permitió la rápida expansión en toda la zona de los patrones socioculturales coyotlatelco y la consolidación de, por lo menos, seis conjuntos regionales importantes de asentamientos⁴⁰ una vez desaparecida la hegemonía teotihuacana.

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ Cervantes y Torres, *op. cit.*



³¹ Esta observación ha sido recientemente realizada por Cobean, Mastache, Donald Jackson y Charles Rees, *Las industrias líticas coyotlatelco de la región de Tula*, INAH, Colección Científica, Serie Arqueología, México, 1991.

³² *Cfr.* Rattray, "An Archaeological...".

³³ Cobean, *La cerámica...*, p. 499.

³⁴ *Ibidem*, p. 501.

³⁵ Parsons, *op. cit.*, p. 59; Rattray, "Evidencia cerámica...", pp. 80-81.

³⁶ Rattray, *ibidem*, p. 81.

³⁷ Hay que resaltar que existe la limitante real de poder establecer el grado de contemporaneidad entre estas ocupaciones.

³⁸ Probablemente para resolver de alguna forma la interrogante sobre el origen de los grupos coyotlatelcos que se asentaron en la cuenca de México y las causas de su movilización, haya que ampliar las investigaciones a otras regiones del norte del altiplano como, por ejemplo, el Valle de Toluca.

³⁹ Raúl García y Luis Córdoba, *Comparación arqueológica entre varios sitios coyotlatelco del centro de México*, mecanuscrito, México, s/f.

⁴⁰ Sanders, Santley y Parsons, *op. cit.*, pp. 131-134; Parsons, *op. cit.*, p. 62.

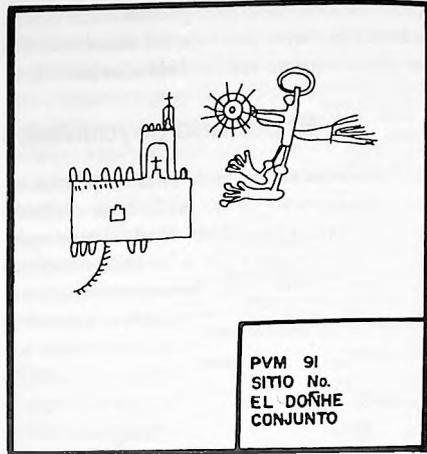
Además, desde una perspectiva interpretativa más amplia, el problema incluye la discusión acerca de la relación entre las formas organizativas generadas por *Teotihuacan* que dieron viabilidad al sistema global, y las nuevas formas introducidas en el periodo coyotlatelco. En pocas palabras, significa discutir sobre las maneras en que se modifica la complejidad social, cuando un sistema estatal de las características de *Teotihuacan* entra en proceso de disolución. Sin embargo, es claro que para resolver este problema hace falta superar el nivel de integración que poseemos por el momento, lo que hace necesaria la ampliación de las perspectivas de análisis exclusivamente regionales.⁴¹

Con todo, la comparación entre las características espaciales del sistema teotihuacano y las reportadas para el periodo coyotlatelco sugiere que el sistema estatal suprarregional fue sustituido por un conjunto de sistemas sociales de control regional con algún grado de centralización.⁴² Estos generalmente presentaban un alto grado de nucleación y se componían de un conjunto de asentamientos extensos que regularmente eran más amplios que cualquier sitio teotihuacano de segundo nivel.⁴³

Es probable que este fenómeno de regionalización política y económica no haya sido exclusivo de los sistemas coyotlatelco y que se presentara en todas las zonas que de alguna forma estuvieron insertas en el sistema estatal. También es muy posible que haya estado estrechamente ligado al carácter de las relaciones sociopolíticas y económicas (que incluyen la organización de la producción y la distribución, etcétera), con el grado de centralización y jerarquización establecidos por el Estado teotihuacano para hacer efectiva la dominación; y con la pérdida relativamente gradual del control territorial.

Posiblemente, algunos mecanismos de organización existentes en la época teotihuacana hayan sido reproducidos por estas nuevas entidades sociopolíticas en una escala menor.⁴⁴ Sin embargo, esta afirmación, que puede de algún modo ser correcta, seguramente necesitará una revisión crítica y un desarrollo mucho más profundo, puesto que el patrón de organización espacial coyotlatelco es muy similar, aun en las regiones norteñas donde no existe una continuidad espacial directa con las ocupaciones teotihuacanas, y donde no puede demostrarse que estos centros hayan surgido dentro del esquema de relaciones sociopolíticas teotihuacanas, por lo menos de manera directa, como probablemente ocurrió en el Valle de México.

En este sentido, una parte del análisis de las diversas unidades políticas que conforman el espacio social del periodo coyotlatelco debería enfocarse a las particulares formas de integración y al conjunto de relaciones establecidas entre sí las cuales permitieron que permanecieran como entidades diferenciadas, pese a localizarse dentro de la misma región.⁴⁵



Una serie de ideas pueden derivarse no solamente de la comparación entre los complejos cerámicos y su distribución, sino del análisis del patrón de asentamiento regional. Tanto para la Cuenca de México, como para el Valle del Mezquital, las ocupaciones coyotlatelco tienden a presentarse como un conjunto de asentamientos extensos relacionados con sitios mucho más pequeños y escasos.⁴⁶ Tales asentamientos pueden variar en tamaño, pero la impresión general es que había un proceso de concentración poblacional orientada hacia unos cuantos puntos, por lo que los sitios crecían rápidamente.

Para la Cuenca de México el proceso puede explicarse como un efecto de las "fuerzas centrífugas" generadas por la disolución de *Teotihuacan* y que implicaron el reacomodo poblacional hacia otras zonas del Valle.⁴⁷ Sin embargo, para la región de Valle del Mezquital con poca densidad poblacional debido a la contracción del sistema teotihuacano hacia la fase Xolalpan, el fenómeno probablemente se relacione con la llegada de población foránea ya sea proveniente de la Cuenca o del Bajío desde épocas anteriores.

Este patrón de asentamientos nucleados con características espaciales similares, apoya la idea de que se trata de entidades políticas independientes,⁴⁸ pero faltarían estudios más profundos para poder asegurarlo, sobre todo

⁴¹ Parsons, *ibidem*.

⁴² *Ibidem*; Sanders, Santley y Parsons, *op. cit.*, p. 133.

⁴³ Para la época teotihuacana fuera de dos asentamientos muy extensos reportados en la cuenca de México que miden varios cientos de hectáreas y uno en la región de Tula de 256 hectáreas (cfr. Diaz, *op. cit.*), el nivel siguiente esta compuesto por sitios de entre cuarenta y cien hectáreas (Parsons, *op. cit.*, p. 57). Por el contrario la mayor parte de los sitios coyotlatelcos en la cuenca tienden a variar entre cien y cuatrocientas hectáreas (*ibidem*). Lo mismo sucede en el Valle del Mezquital (Cobean y Mastache, *op. cit.*, p. 56-62; Cervantes, *El desarrollo coyotlatelco en el Valle del Mezquital*, en prensa.)

⁴⁴ Parsons, *op. cit.*, p. 62.

⁴⁵ Esta discusión también debería incluir el análisis de las formas como se estructura el poder político y la organización económica desde una perspectiva global.

⁴⁶ Parsons, *op. cit.*, p. 61; Cervantes, *op. cit.*

⁴⁷ Parsons, *op. cit.*, p. 62.

⁴⁸ Sanders, Santley y Parsons, *op. cit.*, pp. 129-137.

en lo que se refiere al control y acceso a los recursos y a la forma como se establecían la territorialidad y la hegemonía regional.

En la Cuenca de México, los diferentes agrupamientos coyotlateco tienen entre sí un espaciamiento hasta cierto punto uniforme, lo que se ha interpretado como efecto de la distribución equivalente de los recursos;⁴⁹ y una orientación predominante hacia tierras bajas.⁵⁰ Esto no es del todo claro para la región norteña del Valle del Mezquital, sobre todo porque hay todavía zonas donde carecemos de información. Sin embargo, un patrón similar de poblamiento de terrenos aluviales y lomeríos bajos se observa en la parte sur, correspondiente a las llamadas ocupaciones Prado y Corral.⁵¹

Otros aspectos de las relaciones establecidas entre los diferentes agrupamientos se evidencian en algunas características de la producción y distribución de bienes en el plano regional. En este sentido, parece existir un fenómeno de circunscripción territorial en cuanto a la explotación y uso de ciertos recursos, los que tienen una distribución homogénea dentro de todas las entidades coyotlateco asentadas ahí.⁵² Esta idea de una tendencia hacia la producción y distribución local puede ser válida si la entendemos desde una perspectiva global para la comparación entre regiones tan amplias y tan diversas como la Cuenca de México y el Valle del Mezquital.

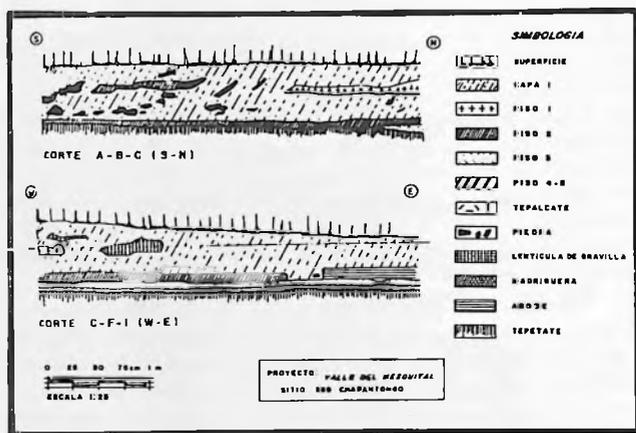
El periodo Coyotlateco y la hegemonía tolteca

Cada vez se hace más necesario un análisis profundo sobre el carácter y el desarrollo de la organización social generada durante el periodo Coyotlateco y de sus patrones regionales

particulares para entender otro aspecto sustancial dentro de los cambios sociales experimentados en la compleja transición del Clásico al Postclásico: el surgimiento del Estado tolteca. Esto implicaría, en un nivel global, llevar al centro de la discusión cómo es que ocurrió el tránsito de este patrón de control político regional hacia la consolidación de un sistema de carácter suprarregional.

Varias ideas han comenzado a esbozarse a partir de las investigaciones en el Valle del Mezquital. Si bien en una perspectiva global, el esquema de control regional circunscrito característico del periodo posteotihuacano en el centro-norte del altiplano central pudo mantenerse por algún tiempo sin modificaciones sensibles, en esta región existen evidencias de un cambio en los patrones de distribución espacial que puede guardar una estrecha relación con los orígenes de hegemonía tolteca y que implica una ruptura dentro del desarrollo de las ocupaciones coyotlateco.⁵³

Se pueden establecer entonces dos patrones distintivos fundamentales para las comunidades coyotlateco. El primero de ellos corres-



ponde a las ocupaciones de las fases Prado y Corral,⁵⁴ las que pese a ser consideradas como momentos distintos por algunos autores,⁵⁵ presentan una continuidad ocupacional que sólo es rota por las ocupaciones Corral Terminal-Tollan.⁵⁶

La distinción entre los sistemas de asentamiento es importante porque marca el advenimiento de la época tolteca y la extensión de su hegemonía hacia todo el Valle, a partir del establecimiento, anterior a la fase Tollan, de un sistema sociopolítico particular cuyos efectos directos fueron la disolución del sistema generado por las ocupaciones

⁴⁹ Parsons, *op. cit.*, p. 62.
⁵⁰ *Ibidem*, p. 61; Rattray, "Evidencia cerámica...", p. 81.
⁵¹ Cobean y Mastache, *op. cit.*, p. 55. Cabe señalar que los mismos autores reportan un patrón de asentamiento con una orientación hacia las partes altas de mesas o cerros, que es considerado como el más antiguo de la zona, probablemente contemporáneo a las fases Xolalpan Tardío y Metepec.

⁵² En el Valle del Mezquital, además de los ya mencionados complejos cerámicos locales —de los que varios componentes parecen estar relacionados con poblaciones del Bajío—, existe una tendencia a la explotación de rocas volcánicas locales para la producción de artefactos y hay evidencias del uso de obsidiana gris que probablemente provenga de la región de Zinapécuaro, Michoacán (*ibidem*, p. 56). Cabe señalar que pese a la idea de una regionalización política de las ocupaciones, no existe un uso diferencial, por lo menos en lo que se refiere a estas materias prima sean locales o no. (López y Ma. Antonieta Viart, *Un modelo de distribución de los artefactos líticos de superficie en el Valle del Mezquital*, en prensa; Cervantes y Torres, *op. cit.*).

⁵³ Este proceso es poco conocido, pero la idea de su ocurrencia se apoya principalmente en un patrón de asociaciones que es regular para toda la región: todos los asentamientos toltecas localizados en el norte del Valle del Mezquital contienen un porcentaje variable de materiales cerámicos coyotlatecos, no obstante existen sitios coyotlateco, que pese a ser extensos, no fueron ocupados de forma significativa durante la fase Tollan.

⁵⁴ La temporalidad asignada, según la periodificación de Cobean es, para la fase Prado (700-800 d. C.) y para la fase Corral (800-900 d. C.). Cobean y Mastache, *op. cit.*, p. 55.
⁵⁵ *Cfr. Ibidem.*
⁵⁶ La fase Corral Terminal abarca un periodo que va del 900 d. C. al 950 d. C. (*ibidem*, p. 55). En términos generales se caracteriza por la aparición del tipo Mazapa Líneas Ondulantes (Cobean, *La cerámica...*, p. 502).



coyotlatelco tempranas, la dispersión de la población, el crecimiento de nuevas comunidades y el abandono de varios centros nucleados, así como el establecimiento de la tradición mazapa y la aparición y uso extensivo del Blanco Levantado.

Existen evidencias de que el sistema generado durante este periodo, incluyó de alguna forma la ampliación de las relaciones sociopolíticas más allá de la esfera regional. En este nivel hay que resaltar el patrón reportado para los asentamientos con cerámica tolteca de la región del Bajío, los que entre otras cosas contienen material cerámico característico de las fases Corral y Corral Terminal de la región de Tula.⁵⁷

Sin duda, hace falta investigar más para entender los aspectos particulares de la transición hacia el sistema tolteca y las modificaciones que éste introdujo en el sistema organizativo de la región. Sin embargo, queda clara su estrecha relación procesual con las ocupaciones coyotlatelco más tardías, evidente no sólo en la continuidad ocupacional sino en el patrón recurrente de asociación espacial de varios de sus elementos materiales característicos, que incluye la posibilidad de que el centro ceremonial de Tula Chico haya sido el prototipo para el centro ceremonial de la ciudad tolteca.⁵⁸

Lo que importa resaltar aquí es que para las últimas fases del desarrollo de los grupos coyotlatelco existe un proceso de nucleación poblacional hacia el área de Tula y un aumento en el número de los asentamientos en la región del Valle del Mezquital, fenómeno que probablemente incluyó la expansión hacia regiones foráneas como el Bajío.

Tal esquema de estructuración sociopolítica compleja, ocurrido antes de la aparición Tolteca, guarda una estrecha relación con la expansión del sistema de la fase Tollan. No existe, en este sentido, un

⁵⁷ Luz M. Flores y Ana María Crespo, "Elementos cerámicos de asentamientos toltecas en Guajalajara y Querétaro", en Mari C. Serra Puche, y Carlos Navarrete (editores), *Ensayos de alfarería prehispánica e histórica de Mesoamérica*, UNAM, México, 1988, pp. 209-215.

⁵⁸ Cobean, "Investigaciones recientes en Tula Chico, Hidalgo", en Mastache, Cobean, Crespo y Hieslan, *Estudios sobre la antigua Ciudad de Tula*, INAH, Colección Científica número 121, Serie Arqueología, México, 1982, p. 76.

proceso de ruptura evidente que establezca una clara diferenciación procesual entre ambos fenómenos. Por el contrario, aparentemente el sistema estatal tolteca representa una continuidad de la estructura poblacional del sistema coyotlatelco tardío.

Resumen y conclusiones

Desde el punto de vista histórico, el periodo coyotlatelco significó no sólo la introducción de "gente nueva" portadora de un sistema cultural distinto al de las poblaciones clásicas del centro de México, sino un conjunto de severas modificaciones organizativas en comparación con el sistema estatal sostenido por *Teotihuacan* durante varios cientos de años.

Los nuevos patrones de uso del espacio físico, evidentes en los sistemas de asentamientos reconocidos para la Cuenca de México, el área de Tula y el nororiente del Valle del Mezquital, parecen corresponder a la consolidación de una serie de entidades sociopolíticas de control regional, lo que establece una clara diferenciación con el carácter suprarregional de la hegemonía teotihuacana. La idea de un periodo de fragmentación política⁵⁹ es, en este sentido, efectivamente correcta.

Las causas de su expansión hacia el centro de México continúan siendo un amplio tema de discusión. El fenómeno de migración poblacional parece ser algo común en el Clásico Tardío del altiplano central y puede ser una consecuencia de la desestructuración de las hegemonías de los Estados centrales, los cuales estarían sufriendo serios problemas en sus partes periféricas. No obstante, tal posibilidad no solamente tendría que presentar una mayor elaboración argumentativa sino orientar investigaciones futuras para que permitan comprender el funcionamiento de los complejos sistemas socioculturales del horizonte medio mesoamericano; en particular, la organización de la sociedad teotihuacana y sus relaciones con las poblaciones fuera de su *hinterland* inmediato de dominio.

De esta manera, el periodo coyotlatelco podría entenderse como una consecuencia de los procesos que llevaron a la desestructuración del universo clásico. Varias parecen haber

⁵⁹ Sanders, Parsons y Santley, *op. cit.*, p. 129.

sido las entradas de los grupos de la tradición rojo/café en el altiplano central y la Cuenca de México, pero, en general, todas estas poblaciones y grupos parecen poseer un menor nivel de integración sociopolítica que los asentamientos de la época anterior, lo que se manifiesta como una ruptura del antiguo poder político global y su fragmentación en nacientes unidades políticas que reordenan la vida social y económica de las antiguas poblaciones teotihuacanas.

Se ha manifestado la idea de que la nueva ordenación sociopolítica, aunque fragmentada, presenta características que recuerdan a la organización de los asentamientos del horizonte medio.⁶⁰ Incluso se ha comentado que la tradición cerámica presenta características que son comunes a las de los últimos tiempos teotihuacanos. En la Cuenca de México esta característica de continuidad entre los periodos coyotlatelco y teotihuacano probablemente se deba a que los grupos que posteriormente serían los responsables de la expansión de la cerámica coyotlatelco ya se encontraban insertos dentro de las relaciones políticas teotihuacanas hacia finales de la fase Metepec (650-750 d. C.).

Otra posibilidad para explicar las características híbridas de ambas tradiciones culturales distintivas en algunos de los rasgos de cultura material, son las ya mencionadas relaciones matizadas entre el Estado central teotihuacano y

⁶⁰ Parsons, *op. cit.*



las poblaciones del Clásico Tardío asentadas en la porción noroccidental del altiplano central (fases Atlán y La Mesa 550-650 d. C.).

Desde un punto de vista particular es claro que las poblaciones coyotlatelco del centro de México guardan entre sí una serie de diferencias que es importante considerar para cualquier aproximación explicativa y cuyo origen puede relacionarse, tanto con el carácter de su expansión al altiplano central, como con la forma en que se insertaron dentro de su dinámica sociocultural.

Seguramente esta historia diferencial condicionó en gran medida las líneas de desarrollo a las que estuvieron sujetas las diferentes entidades coyotlatelco, y en ella se encuentra parte de la explicación de las rupturas sociopolíticas que marcaron el final de los sistemas de control regional.

Tal vez el mayor corte procesual en la historia coyotlatelco sea la transición a la época tolteca, cuyo antecedente es el proceso de cambio, evidente en los patrones regionales de poblamiento hacia los tiempos Corral Terminal (900-950 d. C.) que corresponden a un aumento demográfico en la región de Tula y Valle del Mezquital, lo cual generó un patrón de poblamiento que difiere sustancialmente de la fase Coyotlatelco Temprano y sobre el que se basa la posterior estructura poblacional tolteca, cuyo esquema de continuidad difiere de lo observado aun desde tiempos anteriores a la caída del sistema teotihuacano en el altiplano central.

El periodo Coyotlatelco puede imaginarse como un interregno en el cual la vida social y económica de los antiguos imperios fue profundamente trastornada. La investigación del carácter de estas transformaciones debe tomar en cuenta la organización económica y social de sociedades tan complejas como las que se desarrollaron en el horizonte medio mesoamericano, así como las interrelaciones entre las diversas áreas socioculturales mesoamericanas involucradas en un proceso que no reconoce fronteras.

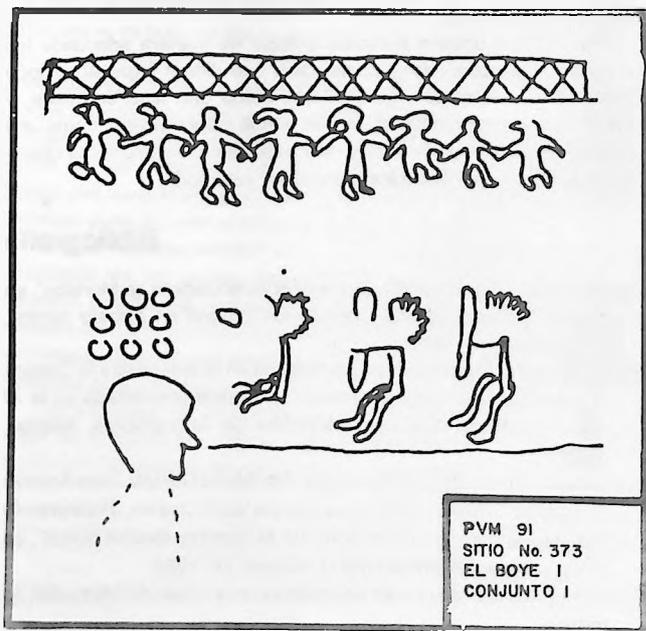
Tal vez sea posible entonces enfocar de manera adecuada los procesos socioeconómicos y culturales que dieron lugar al periodo Coyotlatelco, entendido no solamente como una fase cerámica, y contribuir a la comprensión de lo que puede caracterizarse como una etapa de disolución económica y transformación de estructuras clasistas tempranas, cuya dinámica merece ser estudiada.

Bibliografía

- Angulo, Jorge y Hirt Kenneth, "Presencia teotihuacana en Morelos", en Evelyn Rattray (editora), *Interacción cultural en México central*, UNAM, México, 1981.
- Braniff, Beatriz, "Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la Cuenca de México: intento de correlación", ponencia presentada en la *XI Mesa Redonda*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1972.
- Castañeda, Carlos, Beatriz Cervantes, Ana María Crespo, Jose Antonio Contreras, Trinidad Durán y Juan Carlos Saint Charles, "Poblamiento prehispánico en el centro norte de la frontera Mesoamérica", en *Antropología, Boletín del INAH*, número 28, 1988.
- Cervantes, Juan, *El desarrollo coyotlatelco en el Valle del Mezquital*, en prensa.

- y Alfonso Torres, *Las comunidades prehispánicas del Valle del Mezquital*, en preparación.
- Cobean, Robert, "Investigaciones recientes en Tula Chico, Hidalgo", en G. Mastache, R. Cobean, A. Crespo y D. Healan, *Estudios sobre la antigua Ciudad de Tula*, INAH, Colección Científica número 121, Serie Arqueología, México, 1982.
- La cerámica de Tula, Hidalgo*, INAH, Colección Científica, número 215, Serie Arqueología, México, 1990.
- y Guadalupe Mastache, "The Coyotlatelco Culture and the Origins of the Toltec State", en Richard Diehl y Janet Berlo, *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacan A. D. 700-900*, Dumbarton Oaks, Washington, 1989.
- Guadalupe Mastache et al., "La cronología de la región de Tula" en Evelyn Rattray (editora), *Interacción cultural en México central*, UNAM, México, 1981.
- Guadalupe Mastache, Donald Jackson y Charles Rees, *Las industrias líticas coyotlatelco de la región de Tula*, INAH, Colección Científica, Serie Arqueología, INAH, México, 1991.
- Díaz, Clara, *Chingú: Un sitio clásico del área de Tula, Hidalgo*, INAH, Colección Científica, número 90, Serie Arqueología, México, 1981.
- Flores, Luz M., y Ana María Crespo, "Elementos cerámicos de asentamientos toltecas en Guanajuato y Querétaro", en Mari C. Serra Pucho, y Carlos Navarrete (editores), *Ensayos de alfarería prehispánica e histórica de Mesoamérica*, UNAM, México, 1988.
- Gándara, Manuel, "El estudio de las similitudes y diferencias en el material arqueológico: tradición, influencia y área de interacción", en Evelyn Rattray (editora), *Interacción cultural en México central*, UNAM, México, 1981.

- García, Raúl y Luis Córdoba, *Comparación arqueológica entre varios sitios coyotlatelco del centro de México*, mecanuscrito, México, s/f.
- Gordon R., Willey, "Horizontal Integration and Regional Diversity: An Alternating Process in the Rise of Civilizations", en *American Antiquity*, 1991.
- Jiménez Betts, Peter, *Una red de interacción en el noroeste de Mesoamérica: Una interpretación*, en prensa.
- López Aguilar, Fernando, y Ma. Antonieta Viart, *Un modelo de distribución de los artefactos líticos de superficie en el Valle del Mezquital*, en prensa.
- Müller, Florencia, *La alfarería de Cholula*, INAH, Serie Arqueología, México, 1978.
- Nalda, Enrique, *UA San Juan del Río, Trabajos arqueológicos preliminares*, tesis, ENAH, 1975.
- Parsons, Jeffrey, "El área central de Teotihuacán" en Joseph Mountjoy y Donald Brockington (editores), *El auge y la caída del Clásico en el México central*, IIA-UNAM, México, 1987.
- Piña Chan, Román, *Investigaciones sobre Huamango y región vecina. Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispánicas del Centro Norte de Mesoamérica. Memorias*, CRQ-INAH.
- Randall, Mc Guire, "Breaking Down Cultural Complexity: Inequality and Heterogeneity", en Michael B. Schiffer (editor), *Advances in Archaeological Method and Theory*, volumen 6, Academic Press, New York, 1983.
- Rattray, Evelyn, "An Archaeological and Stylistic Study of Coyotlatelco Pottery", en *Teotihuacan and After: Four Essays*, Universidad de las Américas, Mesoamerican Notes 7-8, México, 1966.
- "Evidencia cerámica de la caída del Clásico en Teotihuacán", en Joseph Mountjoy y Donald Brockington (editores), *El auge y la caída del Clásico en el México Central*, IIA-UNAM, México, 1987.
- Sanders, William, "The Epiclassic as a Mesoamerican Stage", en Diehl, Richard y Janet Berlo, *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacan A. D. 700-900*, Dumbarton Oaks, Washington, 1989.
- Jeffrey Parsons y Robert Santley, *The Basin of México. Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Academic Press, New York, 1979.



LA ESTRATIGRAFIA DE LA PIRAMIDE DE CUICUILCO EN RETROSPECTIVA

Javier López Camacho

La *periodización* y la *secuencia relativa* son el primer acercamiento para conocer los diferentes episodios representados en los contextos arqueológicos. El objetivo de la primera es dividir el pasado, propone segmentos de tiempo en función de los cambios experimentados en algún atributo seleccionado. A su vez, cada periodo está representado por diversos estratos, reflejo de determinados eventos realizados en el lugar. El orden en que suceden los diferentes eventos es el objetivo de la secuencia relativa. Para estas dos estrategias iniciales es irrelevante la duración de cada uno de los periodos, así como su ubicación en relación con una escala cronométrica. La función de ambas técnicas consiste en establecer sólidamente las bases sobre las que se apoyarán los futuros análisis para profundizar en el conocimiento de la historia ocupacional del lugar.¹

Durante la década de los veinte del presente siglo, cuando se efectuaron las primeras excavaciones en la pirámide de Cuicuilco, la periodización y la secuencia relativa —apoyadas en el incipiente análisis estratigráfico— constituían la única manera de reconstruir el pasado. No existían suficientes estudios acerca de la cultura material de los primeros pobladores de la cuenca de México, que permitieran comparar hallazgos. Esta carencia de elementos condujo a Cummings a comparar el basamento de planta circular de Cuicuilco con otros monumentos de la prehistoria del viejo conti-



FOTO 1. En la actualidad, la pirámide de Cuicuilco se presenta como un edificio con cuerpos escalonados. Sin embargo, esta apariencia es producto de una serie de acontecimientos sucedidos en época prehispánica, que provocaron el derrumbe de la parte superior de los muros superpuestos, perdiéndose así su forma original de cono truncado.

nente, por esa analogía lo relaciona con las culturas más antiguas de la cuenca de México.²

Puede suponerse que esta ausencia de elementos comparativos, así como de técnicas de fechamiento más precisas, era suplida en ese entonces con un riguroso control de la estratigrafía. Sin embargo, poco se conoce esta faceta del trabajo de Cummings, ya que hasta la fecha es criticado desde la perspectiva de la técnica excavatoria y de la restauración del edificio,³ pero poco se han evaluado sus datos desde

² Byron Cummings, "Cuicuilco", en *Ethnos*, volumen II, número 1, México, 1923, pp. 90-94.

³ Véanse: Daniel Schávelzon, "La pirámide de Cuicuilco: arqueología de una polémica", en *Cuicuilco*, número 9, ENAH, México, 1982 y también *La pirámide de Cuicuilco: álbum fotográfico, 1922-1980*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

¹ Joseph W. Michels, *Dating Methods in Archaeology*, Academic Press, New York, 1973.

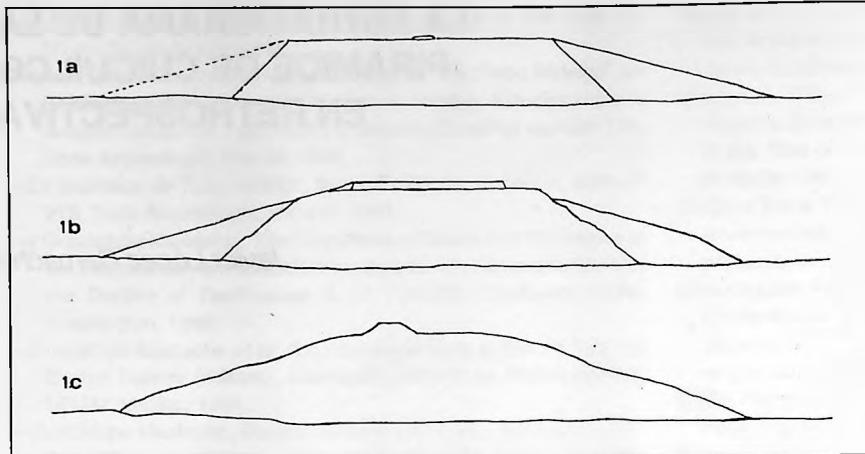


FIGURA 1. Periodos de construcción de la pirámide de Cuicuilco: a) gran cono truncado; b) plataforma elevada; c) estructura encima de la plataforma elevada.

el punto de vista estratigráfico, y las nociones que aplicó para inferir los diferentes niveles de ocupación de la pirámide.

El objetivo del presente escrito es sistematizar los datos que Byron Cummings generó en torno a la pirámide de Cuicuilco y evaluarlos a la luz del desarrollo de los principios estratigráficos, así como señalar las implicaciones de esta información para la reconstrucción del Preclásico del sur de la cuenca de México y otras áreas. Primeramente describiré en forma breve los periodos de construcción que establece Cummings, para pasar después a la descripción detallada de cada una de las unidades estratigráficas que los conforman. Aquí conviene aclarar que el análisis por lo general recae en la estratigrafía de la parte superior de la pirámide, por ser la mejor documentada. Finalmente, efectuaré un balance de la confiabilidad de esos datos y su importancia para la arqueología mexicana.

Los periodos de construcción representados en la pirámide

Sin una alternativa disponible Cummings establece tres periodos de ocupación y toma como criterio de periodización el desarrollo arquitectónico de la pirámide.⁴ Estos periodos son documentados más ampliamente en "Cuicuilco and the Archaic Culture of México";⁵ artículo que establece los periodos de poblamiento más antiguo en este sector: 1) gran cono truncado, 2) plataforma elevada y 3) estructura encima de la plataforma elevada. Estos se complementan con ciertos periodos intermedios de abandono.⁶

El periodo correspondiente al cono truncado se caracteriza por la presencia en el paisaje de un enorme monumento con esta forma, cuyos muros se inclinan cerca de 45 grados y a cuyo altar, en la parte superior,

⁴ Ver Byron Cummings, "Cuicuilco, the Oldest Temple Discovered in North América", en *Art and Archaeology*, volumen XVI, Washington D. C., 1923, pp. 51-58.

⁵ Byron Cummings, "Cuicuilco and the Archaic Culture of Mexico", en *Social Science Bulletin*, número 4, University of Arizona, Tucson, 1933.

⁶ Byron Cummings, "Cuicuilco, the Oldest...", y véase también *ibidem*.

se accedía inicialmente por la rampa ubicada al oriente. Este periodo puede subdividirse, pues se compone de la construcción de un primer edificio, el cual quedó cubierto después en su totalidad, debido a la superposición de dos edificios de la misma forma, que ampliaron progresivamente las dimensiones originales del primer cono. No obstante estas modificaciones, no se marcó un cambio sustancial en la fisonomía

del gran cono (véase figura 1a).

En el periodo de la plataforma elevada se aprovecha el sedimento acumulado en el nivel superior de la pirámide, producto del abandono inicial, para construir al centro una plataforma circular de baja altura, a cuya parte superior —aparentemente sin altar— se accedía por medio de una rampa ubicada en el lado poniente del gran cono (véase figura 1b).

Después de un lapso de abandono, evidenciado por una profunda capa de sedimento volcánico de color amarillo que cubre la totalidad de la pirámide semidestruida, se encuentra otro edificio, ubicado en el sector noroeste de la plataforma elevada (véase figura 1c).

Estratigrafía correspondiente al gran cono truncado

La forma en que está hecho el edificio original puede describirse de la siguiente manera: se construyó una especie de "muralla" circular de roca [11]⁷ que dejó un espacio al centro, en forma de cono truncado invertido, el cual se relleno con arcilla y arena [12] (véase figura 2). Después, sobre la parte superior se colocó una capa delgada de fragmentos de roca [13] para tender un piso de arcilla oscura fuertemente compactada [14]. A partir de este piso se levantó,

⁷ Se asignará una clave a cada una de las unidades estratigráficas para facilitar la interpretación de los cortes representados en la figura 4.

en la parte central, un pequeño altar de arcilla decorado en rojo [15]. Este último, actualmente no se observa (véase figura 3a).

Tiempo después, todos esos estratos fueron cubiertos por una capa de arcilla y cenizas finas de color oscuro de 1.422 m de espesor [21]. Este depósito grueso constituye el relleno para habilitar la superficie superior correspondiente a la primera superposición que mantuvo la misma forma de cono truncado, puesto que los taludes también fueron ampliados [21a]. Sobre esta nueva superficie se tendieron dos pisos delgados de arcilla [22], sobre los cuales se levantó un altar [23] similar al descrito en el párrafo anterior (véase figura 3b).

A partir de este nivel de piso [22] se rellenó hacia arriba con una gruesa capa de arcilla amarilla, cuya superficie estaba fuertemente compactada [31]. Esta capa elevó aún más el piso de la parte superior del segundo edificio superpuesto, así como el diámetro del basamento al ampliarse los taludes [31a]. A partir de este nuevo nivel, se depositó un piso de arcilla oscura de textura fina [32] que sirvió de base para levantar un altar similar a los dos anterior-

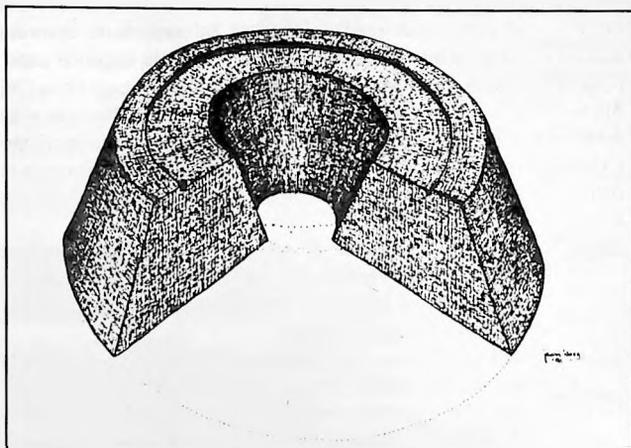


FIGURA 2. Corte en perspectiva que muestra la "muralla" de piedra que forma el edificio original, de acuerdo con la reconstrucción tentativa de Cummings. La forma que toma el muro en su parte interna, es supuesta. El espacio central se rellenó con arena y arcilla y posteriormente se recubrió todo el nivel superior con una capa de arcilla para levantar, desde ese piso, un pequeño altar al centro.

mente cubiertos, sólo que de menor altura [33]. Este altar pudo haber dado inicio a la primera fase de ocupación correspondiente al segundo edificio superpuesto.



FOTO 2. Parte superior de la "muralla" de piedra que forma la estructura interna del edificio cónico-truncado original. Este alforramiento se encuentra en el borde suroeste de la terraza elevada.

Una capa amarilla de arcilla y arena [34], así como un piso de arcilla encima de ésta [35] cubren el último altar [33]. Tal conjunto de capas dan asiento a otra serie de estratos relacionados con esta segunda superposición. Se inicia con una banqueta circular de roca, de baja altura [36]. Al centro de esta banqueta se levanta una estructura diferente a las anteriores [37]. Esta estructura presentaba una parte más alta (la oriente) y cierta estratificación interna. Pero para efectos de simplificación se considerará este último altar, junto con sus estratos internos, como una sola unidad.

Todo el conjunto de estratos descritos en este último párrafo marcan el final del primer periodo. En lo sucesivo la pirámide modificará su apariencia original y adoptará una forma compuesta, al incorporársele otros basamentos en la parte superior.

El periodo de abandono que sobrevino fue provocado por fuertes inundaciones, lo que originó que el sedimento fino acarreado fluvialmente desde las laderas circundantes [39] se depositara en la parte superior de la pirámide y cubriera totalmente el cuarto altar [37] con su correspondiente banqueta de roca [36]. El enorme grosor de este manto de sedimento, de casi 1.50 m de altura, sugiere un largo periodo de abandono inicial de la pirámide.

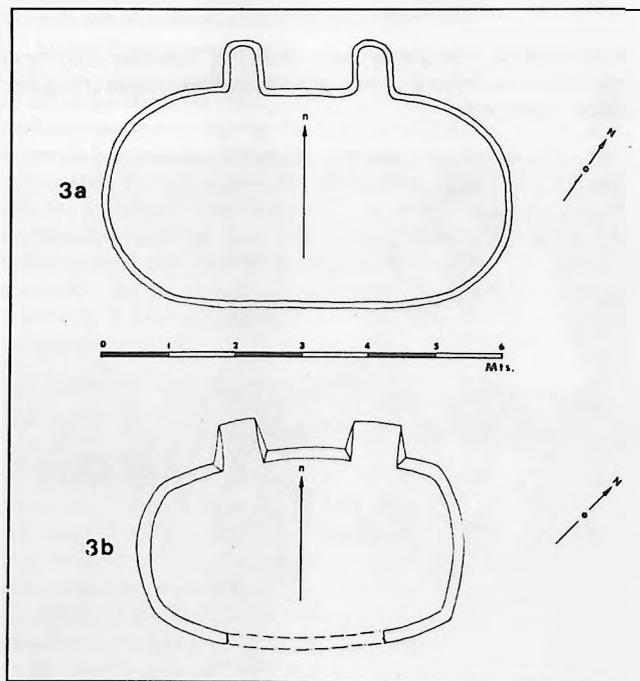


FIGURA 3. Plantas de altares pintados de rojo: a) altar más antiguo, asociado al edificio cónico-truncado original (tomado del dibujo de W. Du Solier y levantado por E. Noguera, en Noguera 1939); b) altar correspondiente al primer edificio superpuesto (tomado del dibujo de W. Du Solier y levantado por A. García V., en Noguera 1939). A la derecha de cada planta aparece el norte astronómico que consignó Cummings (1933).

Es posible que para este momento algunas de las partes superiores de los dos edificios superpuestos hayan empezado a derrumbarse, por lo cual la fisonomía de la pirámide pudiera haberse configurado ya como cuerpos escalonados al formar en la base de la pirámide —en contacto con el muro de la última superposición— una somera acumulación de material de derrumbe. De haber sido esto así, para este periodo intermedio tendríamos en el paisaje una enorme masa de cuerpos cónico-truncados de pendiente cercana a 45 grados, que daban la apariencia de superponerse horizontalmente, con una acumulación de sedimento en la parte superior y de piedras y tierra en la base y en los taludes.

En resumen, las unidades estratigráficas correspondientes al periodo de abandono inicial serían: acumulación de sedimento en lo alto de la pirámide y un poco en los taludes [39], destrucción de la parte superior de los muros de los edificios superpuestos [40] y estratos alternados de derrumbe, formados por tierra, material cultural y bloques de roca depositados en la base y taludes de la pirámide [41a y 41b].

Estratigrafía de la plataforma elevada

Lo que sugiere una reocupación del edificio es el aprovechamiento del montículo de sedimento acumulado en la parte superior del cono, utilizado como núcleo para formar un basamento cónico-truncado cercano a 1.50 m de altura, con diámetro en la base de 64.62 m, circundado por un muro construido de fragmentos de roca volcánica (véase foto 4). Si bien, la forma siguió siendo de cono truncado, el tamaño fue bastante reducido en comparación con el enorme basamento original. Además, hubo un cambio significativo en la inclinación del muro, que se tornó setenta grados aproximadamente. La edificación de este basamento trajo como consecuencia la creación de una terraza, producto de la rehabilitación del nivel máximo alcanzado por el piso de la segunda superposición.

Posteriormente, un enorme manto de arcilla fuertemente compactada, de entre dos y tres metros de espesor [41], selló el cono (ya



FOTO 3. Estratigrafía interna de la parte superior de la pirámide. Entre los fragmentos de roca que se colocaron en época reciente para consolidar el perfil, se aprecian algunos bloques de piedra de la banqueta que sostiene al último altar.

Estratigrafía de la estructura sobre la plataforma elevada

En el sector noroeste de la plataforma elevada y cercano a su borde, se manifiestan los restos de lo que fue una estructura cónica de piedra y tierra [51], cuyas dimensiones originales eran de 3.68 m de altura por 15.24 m de base. Cummings no precisa la relación estratigráfica del contacto inferior de esta estructura, pero por lo poco que describe se deduce que se desplantaba directamente desde el nivel superior alcanzado por la plataforma elevada [43]. En la parte superior de esta estructura cónica se encontraron evidencias de hoyos de poste [52]. Una capa compuesta de arcilla, pómez y otro tipo de material de origen volcánico [41] sellaba este supuesto piso. Por encima de este estrato se encontró la capa de ceniza volcánica [62] previa a la inminente deposición del manto de lava del Xitle [63].

Por último, en toda la superficie de la parte superior, tanto de esta última edificación como de la plataforma elevada, descansaba una capa de suelo de unos 0.60 m de profundidad [64]. Es de suponerse que la actividad humana, asociada con las ocupaciones posteriores a la formación del pedregal, haya contribuido al desarrollo de esta última capa de suelo, como lo demuestra la presencia de tiestos mezclados.⁹

Estratigrafía de la parte inferior de la pirámide

Como complemento a todo lo descrito en los apartados previos, la estratigrafía que yace debajo del manto de lava, se ilustra con la figura 4e y puede resumirse así:

⁹ Byron Cummings, "Cuicuilco and the Archaic...", p. 42.

con apariencia escalonada) y la plataforma elevada en su totalidad, lo cual sugiere otro gran periodo de abandono de la pirámide. Sobre este estrato se encontró una capa de suelo [62] en cuya base se encontraron restos de materia orgánica carbonizada. En la parte inferior de la pirámide, debajo de la lava, se encontró una profunda capa de suelo con material cultural [41c].



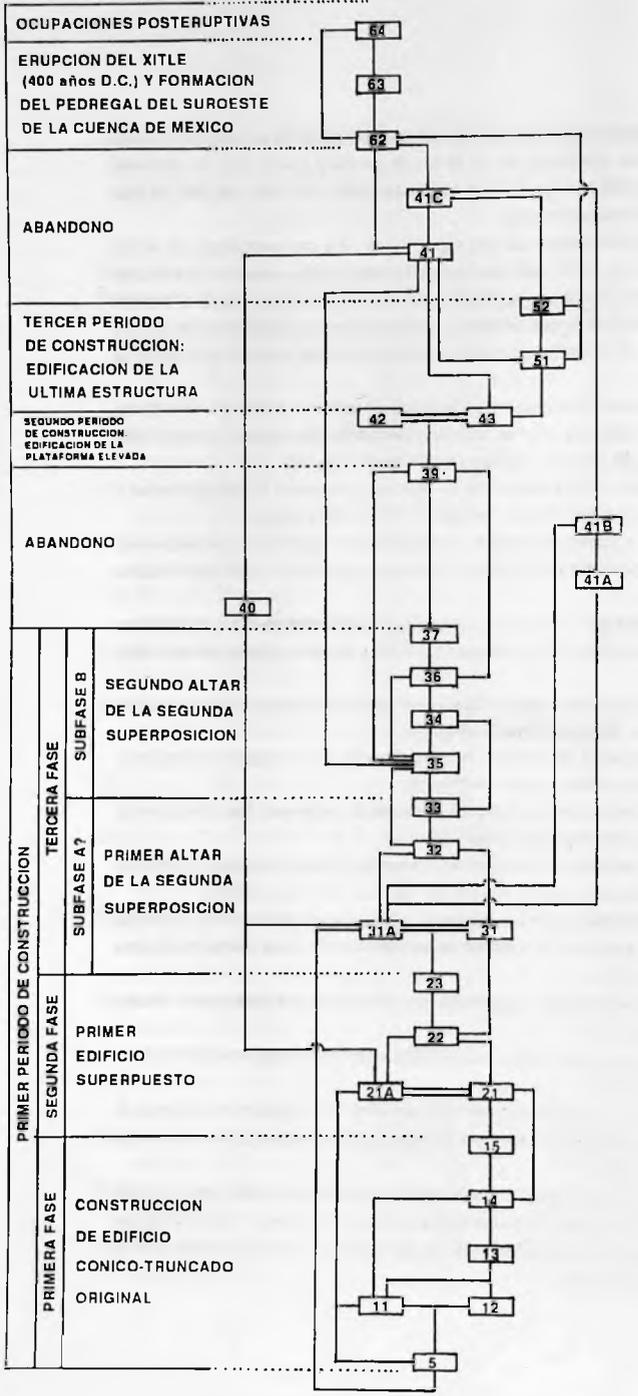
FOTO 4. Nivel de desplante de la plataforma elevada en su cara sur, que corresponde al nivel de piso del segundo edificio superpuesto del gran cono.

Unidades estratigráficas de la pirámide de Cuiculco

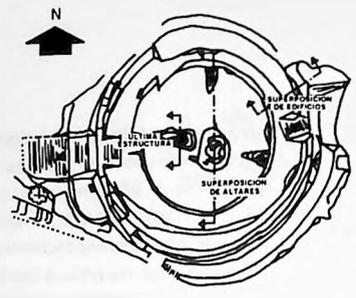
* Todas las referencias pertenecen a la obra de Cummings de 1933, salvo en los casos en que se especifica otra publicación. Los renglones específicos están entre paréntesis.

- [5] Nivel de desplante de la pirámide. Esta superficie corresponde a una matriz arcillosa.
- [11] Soporte interno de la pirámide cónico-truncada original. Se compone de una "muralla" circular de fragmentos de roca que deja un espacio vacío al centro, en forma de cono truncado invertido. Los fragmentos más grandes están colocados en la superficie de los muros con sus caras perpendiculares a ésta. El soporte interno se compone gradualmente por fragmentos más pequeños. Véanse páginas 26 (1-21), 28 (30-31) y 38 (34-36). También, figura 2 y foto 2 de este artículo.
- [12] Relleno central de la "muralla" que forma el edificio cónico original. Se compone de arcilla y arena. Véase páginas 26 (21-22) y 38(32-36). Haury (1975: 198) menciona también salpicones de carbón dentro de este estrato.
- [13] Base para tender el piso superior del edificio cónico original. Consiste en una capa delgada de fragmentos de roca. Véase página 26 (23-24).
- [14] Piso superior del edificio cónico original. Es una capa uniforme de arcilla oscura apisonada. Véanse páginas 26 (26-28) y 40 (7-8).
- [15] Altar del edificio cónico original. Es una pequeña plataforma de arcilla pintada de rojo. Véanse páginas 26 (28-32), 28 (34) y 35 (17-19); así como la figura 3a de este artículo.
- [21] Relleno para habilitar la superficie superior del primer edificio cónico superpuesto. Es una capa de gran espesor, compuesta de cenizas oscuras muy finas y arcilla. Véase páginas 28 (30-32) y 35 (19)-36 (1).
- [21a] Muro envolvente de la primera superposición. El relleno de este muro es de arcilla y arena y su superficie está recubierta con fragmentos de roca. Véanse página 28 (28-31) y foto de la página 17 de la misma obra.
- [22] Piso (s) del primer edificio cónico superpuesto. Se compone de dos capas muy delgadas de arcilla, superponiéndose una a otra. Véanse páginas 28 (32-33), 36 (1-3) y 36 (15).
- [23] Altar asociado al primer edificio cónico superpuesto. Pequeña plataforma de arcilla, fuertemente compactada, pintada de rojo. Véanse páginas 28 (32-35), 35 (2-6), 35 (8) y 36 (3-14) y 36 (35-36); así como la figura 3b de este artículo.
- [31] Relleno para habilitar la superficie del segundo edificio superpuesto. Se compone de un grueso estrato de arcilla amarilla de textura uniforme con algunos cantos rodados. Su acabado superficial está bastante compactado y es terso como un piso. Véanse páginas 28 (38-40)-29 (1-2) y 36 (15-19).
- [31a] Muro envolvente de la segunda superposición. El apoyo de este muro es de arcilla ? (Cummings no describe) y la superficie está recubierta con fragmentos de roca. Véanse páginas 28 (40-41)- 29 (1-2) y foto de la página 17 en la misma obra.
- [32] Piso superior del segundo edificio cónico superpuesto. Es una capa de arcilla oscura de textura fina con superficie compactada. Véase página 36 (19-23).
- [33] Primer altar del segundo edificio cónico superpuesto. Véanse páginas 35 (2-6), 35 (8) y 36 (35-36). Véase también, foto en la página 35 de la obra citada.
- [34] Capa amarillenta de arcilla y arena que cubre al primer altar del segundo cono. Véanse páginas 36 (31-32) y 36 (37-38).
- [35] Piso de arcilla que sirve de base a la banqueta para desplantar el último altar correspondiente a la segunda superposición. Véanse páginas 34 (28), 34 (37), 34 (41), 36 (32) y 36 (37-38).

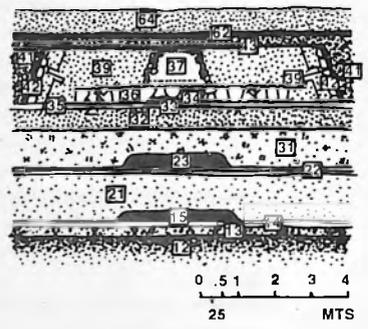
- [36] Banqueta para desplantar el segundo altar del segundo edificio cónico superpuesto. Es un estrato de planta circular compuesto de bloques de piedra asentados en un lecho de arcilla y arena, con un diámetro aproximado de 20.73 metros y altura de 0.60 metros. Véanse páginas 34 (38), 35 (1-3), 36 (29), 36 (33-34), 38 (17-18) y 38 (41). También foto 3 de este ensayo.
- [37] Segundo altar correspondiente al segundo edificio cónico superpuesto. Es una estructura de altura diferencial, que no rebasa los 1.30 metros en el lado este, reduciéndose gradualmente hacia el lado oeste. Está recubierta por un muro de cantos rodados y su planta presenta forma de herradura. El interior se presenta como un estrato de tierra entre otros dos de tierra y piedras. Véanse páginas 34 (36-39), 35 (4-8), 35 (16-17), 36 (36-42)- 38 (13) y 38 (41-42); así como las fotos de las páginas 30, 31 y 33 de la obra citada.
- [39] Primer período de abandono de la pirámide. Lo representa una capa profunda de sedimento amarillo de textura uniforme, compuesto por ceniza volcánica y pomez, acumulada en la parte superior de la pirámide. Véanse páginas 34 (4-33), 38 (18-20) y 38 (40-41). También foto 5 de este artículo.
- [40] Nivel de destrucción de la parte superior de los muros de la primera y segunda superposiciones y posiblemente, un poco del edificio original. Véase foto en la página 17 de la obra citada.
- [41] Período de abandono de la pirámide. Lo representa también, una capa bastante profunda de sedimento amarillo de textura uniforme, compuesto por ceniza volcánica y pomez acumulado en los muros y en la base de la pirámide. Véase página 38 (22-31).
- [41a] Estrato cultural subpedregalense más antiguo. Se compone de suelo y fragmentos de roca depositados justo arriba del nivel de desplante de la pirámide. Véase página 42 (21-26) y foto en la página 18 de la obra citada.
- [41b] Estrato cultural subpedregalense intermedio. Se compone de suelo y fragmentos de roca, ubicados entre el piso de la pirámide y la base de la lava. Véase página 45 (6-9).
- [41c] Estrato cultural subpedregalense más reciente. Se ubica en la capa de suelo, por debajo de la lava, entre la base de ésta y un metro de profundidad. Véase página 46 (11-13).
- [42] Muro asociado al edificio de la segunda ocupación del gran basamento piramidal. Se compone de fragmentos de lava y de cantos rodados. Véase página 34 (29-36).
- [43] Nivel de piso del edificio correspondiente a la segunda ocupación. Es producto de la nivelación de la parte superior de la unidad estratigráfica 39. Véanse páginas 34 (29-33), 38 (42)- 39 (1-4) y 39 (11).
- [51] Estructura asociada a la tercera ocupación del basamento piramidal. Consiste en un montículo de piedra y tierra de 3.65 metros de altura por 15.24 metros de diámetro construido encima de la última plataforma elevada. Véanse páginas 39 (4-8) y 39 (11).
- [52] Nivel de piso correspondiente a la tercera ocupación, representado por enormes hoyos para postes. Véase página 39 (4-10).
- [62] Erupción del volcán Xitle, representada por una capa de ceniza volcánica que sella toda la superficie de la pirámide. Véase página 39 (13-17).
- [63] Etapa tardía del segundo periodo de abandono de la pirámide. Formación del pedregal del suroeste de la Cuenca de México. Manto de lava haciendo contacto con una gruesa capa de sedimento acumulada en los taludes de la pirámide (Haury 1975: 198).
- [64] Regeneración de la vegetación y ocupación post-eruptiva; evidenciada, la primera por una capa de suelo en lo alto de la pirámide, con restos de cenizas y material carbonizado en el contacto inferior. Véanse páginas 38 (20-22) y 39 (17-20)- 40 (1). La ocupación está humana, evidenciada por la cantidad de tuestos encontrados en ese punto. Véase página 42 (4-6).



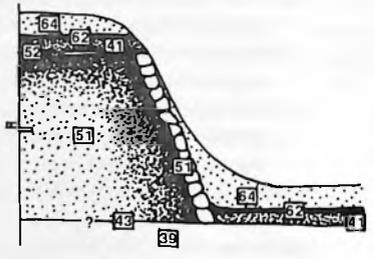
4A ORDENAMIENTO DE EVENTOS EN LA PIRAMIDE DE CUICUILCO



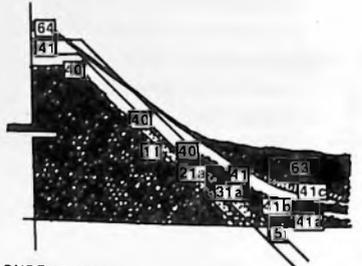
4B PLANTA DE LOCALIZACION DE CORTES (TOMADO DE SCHAELZON, 1983)



4C SUPERPOSICION DE ALTARES



4D ULTIMA ESTRUCTURA (SIN ESCALA)



4E SUPERPOSICION DE EDIFICIOS (SIN ESCALA)

En cualquier lugar que excavamos hacia el piso que rodea al templo, la historia se repitió: primero, una gran masa de fragmentos de lava de recubrimiento, luego un estrato grueso de material volcánico, compuesto de arcilla amarilla, cenizas y pómez fino; por encima de éste, el estrato oscurecido ocasionado por la alta temperatura en el momento que fluyó la lava del Pedregal y, descansando sobre éste una acumulación profunda de suelo reciente.⁹

Existen datos interesantes acerca de los hallazgos asociados con este conjunto de estratos. Al parecer, ciertas clases de material cerámico, tienen una relación significativa con estratos de diferente profundidad. Cabe señalar que por debajo del nivel de desplante de la pirámide no apareció material cultural. A partir de esta asociación, Cummings propone tres periodos culturales previos a la formación del pedregal.

El periodo más antiguo [41a] está representado, entre otros rasgos, por una determinada clase de cerámica roja muy pulida, que fue encontrada en un estrato compuesto por rocas y suelo, justo arriba del piso de la pirámide.¹⁰ En el periodo intermedio [41b], decrece la frecuencia de esta clase de cerámica y predomina el color café rojizo, dentro de un estrato intermedio entre el piso de la pirámide y la base de la lava, esto es a 1.65 m más o menos, compuesto también de rocas y suelo.¹¹ Finalmente, en el periodo más reciente [41c]

la cerámica no guarda semejanza con ninguna de las asociadas a los dos periodos previos. Este material se ubica entre la base de la lava y el primer metro por debajo de la misma.¹²

Balance

Emil C. Haury, quien participó en aquellas excavaciones iniciales, sólo manifiesta su desacuerdo con la antigüedad que estableció Cummings para la pirámide y con la asignación de un artefacto de cobre al periodo previo a la erupción del Xitle. La supuesta antigüedad de la pirámide de 8 500 años antes de la década de los veinte del presente siglo, no es sustentable en la actualidad, debido al desarrollo y perfeccionamiento de las técnicas para fechamiento cronométrico.¹³ Por otro lado, considera que el artefacto de cobre pertenece al periodo azteca y argumenta que el montículo sobre la plataforma superior produjo cerámica de ese periodo.¹⁴

Salvo este último caso, en ningún otro lugar parece que Haury esté en desacuerdo con la estratigrafía general del sitio. No obstante el bloqueo visual impuesto por las constantes labores de consolidación del

⁹ *Ibidem*, p. 46.

¹⁰ Emil W. Haury, "Cuicuilco in Retrospect", en *The Kiva*, volumen 41, número 2, Arizona Archaeological and Historical Society, 1975, pp. 196-197.

¹¹ *Ibidem*, p. 199.



FOTO 5. Estrato de sedimento volcánico depositado encima de la capa de derrumbe.

⁹ Byron Cummings, "Cuicuilco, the Oldest...", p. 56.

¹⁰ Byron Cummings, "Cuicuilco and the Archaic...", pp. 42-43.

¹¹ *Ibidem*, p. 45.



FOTO 6. Vista del sector noreste de la pirámide que muestra, a diferentes alturas, los niveles de destrucción de los muros correspondientes a la primera y segunda superposiciones.

monumento, hoy es posible apreciar gran parte de las unidades estratigráficas descritas por Byron Cummings (véanse fotos 2,3,4 y 5), aun las abstractas, como los contactos de destrucción de los muros de los edificios cónico-truncados (véase foto 6) y el nivel alcanzado por el derrumbe correspondiente en desplante de la pirámide, marcado por la inclinación de la base del manto de lava (véase foto 7).

Quizás la propuesta inicial de Cummings sobre los tres periodos de desarrollo arquitectónico de la pirámide no fue cabalmente entendida, debido en parte a que en la monografía principal, publicada en 1933, no incorporó ningún corte transversal que pudiera complementar la descripción de los periodos y la estratigrafía asociada, así como de los diferentes periodos de ocupación con los que pudiera relacionarse.

Por otro lado, es posible que en ese momento de desarrollo incipiente de las principales nociones de la teoría estratigráfica, hayan confluído diferentes enfoques en la interpretación de la técnica constructiva de los monumentos antiguos.¹⁵ Por lo que se aprecia en el corte transversal de la pirámide, publicado en otras obras,¹⁶ Cummings estaba considerando en el análisis estratigráfico la relación entre capas y unidades abstractas, como son las superficies que atestiguan la destrucción de un estrato

previo. En el caso de la pirámide, estas unidades corresponderían a los niveles de destrucción de los muros de la primera y segunda superposiciones.

Esta situación es particularmente significativa, si se considera que aun con los avances acerca de los principios estratigráficos logrados a principios de siglo, sólo hasta inicios de la década de los cincuenta se empezó a sugerir en los manuales de excavación el empleo de este tipo de unidades abstractas en la estratigrafía.¹⁷ Puede decirse que Cummings fue un precursor de los principios de estratigrafía arqueológica en América.

Pero en un contexto histórico donde predominaba la interpretación estratigráfica fundamentada en contactos entre estratos tangibles, era de esperarse que tuvieran poca aceptación las reconstrucciones tentativas de edificios basadas en unidades abstractas.

¹⁵ Como el de Ignacio Marquina, *Estudio comparativo de los monumentos arquitectónicos de México*, SEP, México, 1928.

¹⁶ Véanse George C. Vaillant, *La civilización azteca*, Fondo de Cultura Económica, 1955, lámina 132; y Daniel Schávelzon, *La pirámide...*, ilustración 32.

¹⁷ Edward C. Harris, *Principles of Archaeological Stratigraphy*, Academic Press, New York, 1979, pp. 10-13.

En ese sentido puede considerarse que la excavación de Cummings, en la medida en que registró contactos entre capas, no es del todo arbitraria. Los principales problemas los encontramos en la falta de precisión respecto a si los materiales aztecas se encontraron en el núcleo de la última estructura o en su superficie. Como se observa en la secuencia relativa (figura 4a), la estructura estaba sellada por la capa de ceniza volcánica. De ser así, y si la cerámica estaba en el núcleo, la erupción del Xitle se ubicaría en época bastante reciente. Lo más probable es que esta cerámica haya estado mezclada en la profunda capa de suelo generada a partir de la ceniza volcánica, que coronaba la parte superior de esta estructura y de la plataforma elevada en la cual se asentaba.

Por otra parte, contrariamente a lo que pensaba Cummings, podríamos suponer que la plataforma elevada de metro y medio de altura fue creada a partir de un relleno cultural con sedimentos de origen volcánico y que paulatinamente se fue cubriendo en su totalidad con el

mismo tipo de sedimentos. De este modo, aun cuando ambos depósitos fuesen similares en composición, marcarían dos eventos claramente diferenciables; el último de ellos llegó inclusive a rebasar la altura de la plataforma elevada y a rellenar todo el espacio correspondiente a la terraza en que se desplantaba.

Sin embargo, la estratigrafía de la pirámide tal como se deduce de las descripciones de Cummings (véase figura 4) permite apuntar una consideración importante sobre la antigüedad del edificio.

La ubicación en el tiempo de los primeros constructores de la pirámide sigue siendo un dilema. Heizer y Bennyhoff¹⁸ después de encontrar cerámica asociada con material fechable por radiocarbón, dentro del conjunto llamado Cuicuilco B, al poniente de la pirámide, proponen ubicarla aproximadamente entre 800-600 a.C. Sin embargo, esta fecha no ha sido plenamente aceptada, debido a que: "Mucho del material excavado procede de contextos mezclados y por lo tanto, pudo haber existido una comunidad del formativo medio en Cuicuilco, el tamaño y el componente arquitectónico de esa comunidad son aún muy inciertos".¹⁹

David Grove está en lo correcto al señalar la posible alteración de la distribución de restos materiales por parte de las poblaciones sucesi-

¹⁸ R. F. Heizer y J. A. Bennyhoff, "Archeological Excavations at Cuicuilco, Mexico, 1957", *National Geographic Society Research Reports, 1955-60*, Washington, D.C., 1972, pp. 93-104.
¹⁹ Cfr. David C. Grove, "Chalcatzingo in a Broader Perspective", *Ancient Chalcatzingo*, D.C. Grove (ed.), Texas University Press, Austin, 1987, p. 435.



FOTO 7. Perspectiva del lado sur de la pirámide. La inclinación de la parte inferior del manto de lava se debe al material de derrumbe que estaba acumulado en la base del edificio.

vas. De esta manera, el material que refieren Heizer y Bennyhoff no garantiza el fechamiento de la pirámide. Sin embargo, ellos describen otro tipo que al parecer corresponde al que Cummings descubrió en los estratos más profundos por debajo de la lava [41a], tal como se describió con anterioridad.

La descripción que hacen Heizer y Bennyhoff de la decoración asociada al tipo cerámico que caracteriza la fase Tlalpan (cerca de 2100-1800 a.C.) parece ajustarse a la de Cummings, inclusive hasta en lo escaso de su frecuencia: "La decoración está confinada al uso de pintura roja (a menudo muy pulida) y acanaladuras anchas".²⁰

La foto de la página dieciocho del libro de Cummings²¹ sugiere el contacto del estrato que contiene estos materiales [41a] con el muro inclinado de la pirámide [31a], por lo cual este material, en un contexto aparentemente inalterado, fecharía, en forma relativa, al edificio cónico-truncado como perteneciente a una época anterior o contemporánea a la fecha asignada a esta cerámica rojo pulido.

El caso descrito anteriormente sólo es factible siempre y cuando las cerámicas rojas sean realmente las mismas en ambos casos. Sin embargo, no deja de ser significativa la aparición de decoración roja, también, en los altares de las distintas fases del periodo constructivo más antiguo de la pirámide²² o la presencia de un tipo rojo pulido (Lago Rojo Fino) para 1350-1250 a.C. en la tipología para Zohapilco.²³

La secuencia relativa de la pirámide nos sugiere también, que en ningún momento actuaron simultáneamente dos inclinaciones diferentes en sus muros. Es decir, durante el primer periodo, los muros tenían cerca de 45 grados de inclinación, pero en la siguiente reocupación los taludes están derrumbados y cubiertos, por lo cual sólo destaca la fuerte inclinación de casi setenta grados que presenta ahora el muro de la nueva plataforma elevada. Si la periodización presentada es válida, entonces ¿a qué respondió ese cambio en el tiempo hacia otro patrón arquitectónico? Hay que tener presente que algo similar ocurrió en la Pirámide del Sol en Teotihuacán, a pesar de su planta arquitectónica diferente.

El presente balance es resultado de una evaluación preliminar sobre parte de la literatura que se refiere a Cuicuilco. Espero en breve poder complementar y ampliar las perspectivas de estudio sobre este importante sitio.

Bibliografía

Cummings, Byron, "Cuicuilco", *Ethnos*, vol. II, número 1, México, 1923, pp. 90-94.

²⁰ R. F. Heizer y J. A. Bennyhoff, *op. cit.*, p. 97.

²¹ Byron Cummings, "Cuicuilco and the Archaic..."

²² Eduardo Noguera, *Excavaciones en Cuicuilco*, mecanoscrito, Archivo Técnico Dirección de Arqueología (antes ATDMP), INAH, México, 1939, tomo XLI.

²³ Christine Niederberger, "Zohapilco: cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la cuenca de México", *Colección Científica*, número, 30, INAH, México, 1976.

—"Cuicuilco, the Oldest Temple Discovered in North America", *Art and Archaeology*, vol. XVI, Washington, D. C., 1923, pp. 51-58.

—"Cuicuilco and the Archaic Culture of Mexico", *Social Science Bulletin*, número 4, University of Arizona, Tucson, 1933.

Grove, David C, "Chalcatzingo in a Broader Perspective", *Ancient Chalcatzingo*, D.C. Grove (ed.), Texas University Press, Austin, 1987, pp. 434-442.

Harris, Edward C, *Principles of Archaeological Stratigraphy*, Academic Press, New York, 1979.

Haury, Emil W., "Cuicuilco in Retrospect", *The Kiva*, vol. 41, número 2, Arizona Archaeological and Historical Society, 1975.

Heizer, R.F. y J.A. Bennyhoff, "Archeological Excavations at Cuicuilco, Mexico, 1957", *National Geographic Society Research Reports, 1955-60*, Washington, D.C., 1972, pp. 93-104.

Marquina, Ignacio, *Estudio comparativo de los monumentos arquitectónicos de México*, Secretaría de Educación Pública, México, 1928.

Michels, Joseph W., *Dating Methods in Archaeology*, Academic Press, New York, 1973.

Niederberger, Christine, "Zohapilco: cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la cuenca de México", *Colección Científica*, número 30, INAH, México, 1976.

Noguera, Eduardo, *Excavaciones en Cuicuilco*, Mecanoscrito, Archivo Técnico Dirección de Arqueología (antes ATDMP), INAH, tomo XLI: Distrito Federal, México, 1939.

Schávelzon, Daniel, "La pirámide de Cuicuilco: arqueología de una polémica", *Cuicuilco*, número 9, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1982, pp. 13-18.

La pirámide de Cuicuilco: álbum fotográfico, 1922-1980, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

Vaillant, George C., *La civilización azteca*, Fondo de Cultura Económica, 1955.



Medio Milenio

LAS CATEGORIAS UTOPICAS DE LA RESISTENCIA ETNICA EN AMERICA LATINA*

Ricardo Melgar Bao

El estudio de los movimientos étnicos en América Latina ha comenzado a trascender el marco restringido de los análisis antropológicos, para pasar a convertirse en objeto de reflexión y debate público. Ha contribuido a esto, más que las jornadas conmemorativas del medio milenio del Descubrimiento de América, el desarrollo creciente de las luchas étnicas en varios países de la región, que han alcanzado significación estratégica no sólo en lo que concierne a los ordenamientos jurídicos y políticos de cada país, sino incluso ha afectado los paradigmas del Estado-nación. Son tan conocidos los alcances que tuvo la cuestión miskita en el proceso de desestabilización del régimen sandinista en Nicaragua, como la dimensión étnica de la guerrillas guatemaltecas y peruanas que han develado el proyecto etnocida de las campañas contrainsurgentes en ambos países, que no podemos olvidar la relevancia creciente de estos actores sociales. Más allá de estas experiencias, daremos cuenta de otras luchas y movimientos indígenas contemporáneos, que ampliarán el horizonte de nuestras propias reflexiones.

En primer lugar, intentaremos caracterizar la significación política y social de los sujetos étnicos nativos en América Latina. Revisaremos las relaciones entre las corrientes neindigenistas y el desarrollo de las organizaciones de resistencia étnica y sus plataformas político-reivindicativas. Discutiremos la relación en-

tre etnicidad y política; y por último, analizaremos las categorías de tiempo y espacio en la mentalidad de los grupos étnicos latinoamericanos, particularmente en sus expresiones de mayor densidad utópica y política. Nos referimos en la forma valorativa en que es concebido el tiempo transcurrido desde el siglo XVI al presente, como hostil y ajeno, así como la forma de representación de la tierra enajenada. Ambas representaciones, constituyen el soporte de las dos principales ideas fuerza que potencian y legitiman sus acciones de movilización y lucha.

Los sujetos étnicos

En América Latina, hacia la segunda mitad de la década de los setenta, se estimaba que las poblaciones étnicas nativas correspondientes a poco más de cuatrocientos grupos, alcanzaban veintiseis millones de personas.¹ En la actualidad se estima que los miembros de las comunidades étnicas dispersas suman unos 42 millones.²

Si consideramos las precarias condiciones de existencia material, cultural y política de la mayor parte de los integrantes de estos grupos étnicos, podremos comprender mejor la dimensión de conflictividad social, latente o abierta que ellas implican para la mayoría de los países de la región. La población étnica marginal es, en términos globales aproximados, el treinta por ciento del total de la población marginal rural-urbana, en condiciones de pobreza extrema y ha sido evaluada, a nivel continental en 1990, en 183 millones de personas, según datos de la CEPAL.³ Esta ponderación acerca del peso específico de las poblaciones étnicas nativas se hace más dramática si consideramos los 143.4 millones de pobres en el continente, que registra un estudio reciente de la ONU, presentado en la *Segunda Conferencia Regional sobre la Pobreza en América Latina y el Caribe*.⁴

¹ Nemesio Rodríguez y Edith Soubie, "La población indígena actual en América Latina", en *Nuestra Antropología. México Antropología*, número 9, México, 1978, pp. 49-66.

² Oscar Arze Quintanilla, "Editorial", en *Anuario Indigenista*, volumen XLIX, México, diciembre de 1989, año XLIX.

³ *Excelsior*, 29 de junio de 1990.

⁴ *Ibidem*, 23 de febrero de 1990.

La versión original de este artículo fue presentada como ponencia en las Jornadas Conmemorativas del XXX Aniversario del CELA de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Mucho se ha insistido en las fracturas demográficas de los sujetos étnicos nativos, ocasionadas por las oleadas genocidas durante las distintas fases de la historia latinoamericana. Quedan así signadas las afinidades existentes entre el proyectos de conquista y colonización transcontinental del siglo XVI y los proyectos de modernización oligárquica del siglo XIX. La proximidad de los símbolos etnocidas del medio milenio, es sin lugar a dudas, elocuente e incontrastable. Santiago Matas y Libertad Mata-salvajes se suceden como dos íconos del poder y la civilización "blanca". El primero es un símbolo sagrado, legitimado por la teología de la conquista hispano-portuguesa. El segundo es un símbolo secularizado y amparado con la fuerza de la ley y la "razón" del liberalismo oligárquico de nuestros terratenientes y burgueses criollo-mestizos. La contracción del espacio de los "salvajes" o "indios", ha sido considerada parte sustantiva del proyecto civilizador occidental, marcando una línea de continuidad en las estructuras de poder. Es harto elocuente que uno de los gobiernos provinciales de la administración Videla en la



República Argentina, haya editado un volumen conmemorativo de la exitosa campaña genocida del desierto, celebratorio del centenario de esta gesta civilizatoria del liberalismo antiindígena.⁵

A nivel más concreto, la división político-territorial se construyó por encima y en contra de los espacios étnicos y de los intereses de sus pobladores. Las categorías fronterizas, las políticas de frontera y las guerras habidas en América Latina en el curso del siglo XX, siguen marcadas por este ámbito prohibido del reconocimiento de las identidades étnicas.

Las ideologías nacionalistas, en sus variantes liberales, populistas, militaristas e incluso socialistas, se han mostrado por lo general, discursivamente infranqueables a la cuestión de las identidades étnicas en razón de que los espacios que reivindican, atentan en algunos casos contra la integridad del sagrado espacio nacional, del indivisible territorio patrio.

⁵ Archivo histórico, *La frontera interna de Mendoza (1561-1810)*, Publicación del Gobierno de Mendoza, Ministerio de Cultura y Educación, Mendoza, Argentina, 1980.

Difícil situación la de la macroetnia maya en la zona fronteriza entre Guatemala, México y Belice, a raíz de las campañas contrainsurgentes del ejército guatemalteco, sostenidas durante más de una década. Pero, incluso en situaciones de relativa estabilidad diplomática y política de otros países latinoamericanos, las *etnias de la frontera* enfrentan problemas muy serios que atentan contra su modo de vida e incluso contra los derechos humanos. La comunidad guajira, etnia de frontera ubicada entre los límites de Colombia y Venezuela, expone su punto de vista al respecto:

La política de fronteras que ha de emplearse no debe ser la de encasillarse los Estados de Venezuela y Colombia en laudos y arbitrajes que generalmente se suscitan fuera de nuestros territorios y con una minoría representativa en donde no cuenta la presencia del indígena guajiro, heredero de estas tierras. Esta forma es la expresión legítima del saqueo directo de que somos objeto todos los indígenas de todo el continente; la política que corresponde a las zonas indígenas ha de comenzar por el reconocimiento legal de esas comunidades mediante un estatuto jurídico y la dotación legal de nuestras tierras como una auténtica reforma agraria la cual conduzca a la autogestión y autodeterminación a través de nuestras organizaciones representativas.⁶

El delicado problema de las fronteras encarado desde el ángulo de las etnias segmentadas y también friccionadas, por la arbitrariedad de los límites fijados por los Estados latinoamericanos, se acrecenta al encararse el asunto de las identidades culturales.

La federación shuar, organización representativa de la etnia de frontera asentada entre los límites ecuatorianos y peruanos, toma posición frente al dilema etnia-nación. Esta entidad ejemplifica su postura ideológico-política, a través de la declaración de unos pobladores shuar adscritos bajo la jurisdicción del Estado ecuatoriano:

⁶ Grupo de Barbados, *Indianidad y descolonización en América Latina*, Nueva Imagen, México, 1979, p.247.

Nosotros somos ecuatorianos, leales a nuestro país. Pero fundamentalmente somos shuar. Esto de separarnos entregando una parte de nosotros a otro Estado ha venido después, no pertenece a la esencia de nuestro pueblo. Nuestros parientes están en este lado de la frontera y del otro, no hemos creado nosotros la frontera. Es como partir una papaya con el machete: se han hecho las partes, pero la papaya era una.⁷

Las etnias de frontera en América Latina presentan a la fecha contornos problemáticos para los diferentes países de la región, que cuentan con éstas en zonas limítrofes, no siempre bien determinadas por viejos litigios territoriales legados por la dominación colonial, los procesos independentistas y las guerras "nacionales". Los yanomami viven este drama en la frontera brasileño-venezolana; los acahuayo la afrontan en el marco de la frontera entre Venezuela y Guyana; los aymaras la padecen en la frontera peruano-boliviana; los arahuac viven un drama similar en la frontera venezolano-colombiana, etcétera. Una reconstrucción de los espacios étnicos coincidentes con las líneas fronterizas de los Estados latinoamericanos, bajo la hegemonía de los oligarquías nativas durante la segunda mitad del siglo XIX, nos permitiría rastrear la historia de una voluntad genocida silenciada por las historiografías oficiales.

A los problemas culturales, derivados de las fronteras de los países latinoamericanos que afectan y escinden a numerosos grupos étnicos, sobrevivientes de las campañas genocidas, a las que hemos aludido anteriormente, se suman los propios de la división político-territorial al interior de cada país. Así, numerosos asentamientos étnicos presentan dificultades diversas, tanto en su acceso a la tierra como en sus derechos, dados los límites políticos arbitrarios y las divisiones internas de cada Estado-"nación": municipales, provinciales, departamentales o estatales y, que en todos los casos, encubren la escisión entre la territorialidad étnica y la territorialidad político-administrativa, marcando uno de los problemas cardinales en la construcción nacional.



El neoindigenismo y las vanguardias étnicas

La conmemoración de los quinientos años del encuentro de "Dos Mundos", a pesar de los reiterados esfuerzos discursivos de los gobiernos latinoamericanos por refundar o maquillar sus políticas indigenistas, reafirma una vez más la voluntad etnocida del proyecto civilizador de Occidente. Este último fue asumido, a su manera, por los diversos grupos de poder oligárquicos y posoligárquicos, así como por los aparatos estatales de sus respectivos países.

A partir del siglo XVI se complejizó, de manera creciente, el espectro étnico-cultural del continente americano. En la región latinoamericana, la situación colonial y neocolonial, aproximó y friccionó a los grupos étnicos nativos con aquellos migrantes forzosos de los continentes africano, asiático y europeo, desviando o mediatizando sus antagonismos en contra del "poder blanco".

Más allá de todo romanticismo social, no puede dejarse de constatar con admiración la capacidad de resistencia de las minorías étnicas nativas. El despliegue ascendente de sus acciones reivindicativas durante la década de los setenta reactivaron lo que pareció ser *un nuevo indigenismo*, solidario y respetuoso de las "demandas indígenas" y de sus organizaciones para la resistencia y lucha.

El nuevo indigenismo adolecía, sin embargo, de una crisis de identidad. Sus diversos rostros ideológicos no llegaron a confundirse, traducían los puntos de vista de los distintos segmentos de una intelectualidad latinoamericana agobiada por su actual responsabilidad histórica, pero, sobre todo, por el legado paternalista y vanguardista de

⁷ Guillermo Bonfil Batalla (compilador), *Ideología y revolución del pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*, Nueva Imagen, México, 1981, p.323.



sus antecesores, los indigenistas. En la actualidad se denominan o autoproclaman: etnicistas, etnopopulistas, etnomarxistas y etnoecologistas, pero más allá de sus marcas de distinción ideológica y sus encendidas polémicas, mantienen muchos elementos de unidad, y reproducen, en mayor o menor grado, ciertos lastres de la tradición indigenista. Recientemente se han subrayado, aunque de manera marginal, algunos puntos de aproximación ideológica entre etnomarxistas y etnopopulistas, que pretendían ser las tendencias más polarizadas en el seno del movimiento neoindigenista.⁸

En el plano ideológico, el punto de viraje del neoindigenismo radica en que se distanció, de manera gradual pero significativa, de los rasgos de paternalismo integracionista del indigenismo. Este último, más que desarrollar una "teoría sobre los indígenas", encontró en el mestizo y el mestizaje los fundamentos ideológicos de cada nacionalidad. De esta manera el viejo indigenismo contribuyó a la gestación de una ficción estatista, legitimadora de los impactos socioculturales de la modernidad capitalista en los ya contraídos y segmentados espacios étnicos.

El nuevo indigenismo recuperó a los indígenas, tanto como sujetos históricos como en su condición de sujetos culturales, sin dejar de recrear de manera vergonzante algunos resabios de vanguardismo paternalista. Otra vertiente ideológica del nuevo indigenismo, digna de ser subrayada, fue su crítica sostenida a la cuestión étnico nacional, que obligó a un replanteamiento de las políticas de lenguaje, cultura y desarrollo, formuladas por los "Estados nacionales".

Durante la década de los setenta, la aproximación entre las vanguardias étnicas y los neoindigenistas, fue hasta cierto punto fructífera, más allá de sus tropiezos teórico-prácticos. Los neoindigenistas renovaron los contornos del debate teórico acerca de la cuestión étnico-nacional.

En el curso de los ochenta las circunstancias los llevaron a la elaboración de propuestas concretas en el terreno jurídico-político, pero también a nivel de los programas de educación y desarrollo, promovidos

por las entidades públicas de América Latina. Por su lado, las vanguardias étnicas, y sus organizaciones, se multiplicaron en número y se diversificaron en los marcos de la acción política en el curso de las dos últimas décadas.

Luego de los primeros encuentros entre los neoindigenistas y las organizaciones étnicas, se comenzaron a producir las primeras desavenencias. Uno de los casos más sonados a nivel regional fue la expulsión de Adolfo Colombes, por las organizaciones etnocampesinas del Ecuador. En otros países como Perú, Colombia, Nicaragua y México, las divergencias, malentendidos y desencuentros, llevaron a la culminación de lo que podríamos llamar la luna de miel de los neoindigenistas con los movimientos étnicos.

Sin lugar a dudas, la presencia de importantes núcleos de profesionales indígenas, articulados a los organismos de dirección política de los grupos étnicos en América Latina, pesó de manera decisiva en la conformación de nuevos proyectos ideológicos y programáticos. En los hechos, la recomposición de las vanguardias étnicas tendía a desplazar los viejos liderazgos indígenas, dependientes de los denominados "hombres de conocimiento" (la sabiduría de la longevidad y del chamanismo), en favor de un nuevo tipo de intelectuales.

La elaboración y puesta en marcha del proyecto de autonomía regional en favor de los miskitos en Nicaragua, abrió una nueva fase tanto en las luchas étnicas en América Latina, como en las relaciones sostenidas entre los

⁸ José Manuel del Val Blanco, "El discreto encanto del maximalismo", en *México Indígena*, número 15, México, diciembre de 1990; Ricardo Melgar, "La región etnocultural. Una categoría analítica problemática", en *Anthropos*, número 3-4, México, 1988.

neindigenistas y las organizaciones de resistencia étnica. La defensa de los derechos étnicos dejó de ser una formulación abstracta para convertirse en demandas y acciones concretas.

Las fuertes y sostenidas polémicas en el seno de las vanguardias étnicas dejaron atrás los halos ideológicos del neoindigenismo. Las escisiones orgánicas del "katarismo" boliviano y de la Coordinadora Nacional de Pueblos Indios de México, expresaron cabalmente este nuevo curso de los movimientos étnicos, que tendió a radicalizarse y a rebasar sus anteriores liderazgos, propios de un intermediarismo de corte caciquil o corporativo.

El desgaste ideológico del neoindigenismo y de los liderazgos reformistas y caciquiles de las organizaciones étnicas, tuvo que ver con la crítica ejercida sobre ciertas variantes discursivas y programáticas, de la denominada autogestión indígena o comunal. La autogestión como ideología y programa de acción fue utilizada e inducida, por organismos estatales y privados, en diversas poblaciones étnicas de América Latina, con el fin de promover la construcción de escuelas, caminos, puentes, edificios públicos, postas de salud y canales de regadío. Esta, en la mayoría de los casos, garantizó un proceso de acumulación primitiva de capital en aras de un proyecto controvertido de modernización rural. La autogestión indígena tendió a diferenciarse en dos direcciones.

La primera avalaba la movilización indígena para el desarrollo de las tareas que el Estado se eximía de cubrir. La segunda, sin renunciar

a la movilización colectiva para el desarrollo de tareas comunales, privilegiaba los contenidos culturales de las mismas, o en su defecto, las encauzaba en la perspectiva de una estrategia de lucha en favor de ciertas reivindicaciones sociales y políticas.

Paralelo y a veces yuxtapuesto a este proceso ideológico faccional de las vanguardias étnicas, se gestó otro, de escisión y fricción intraétnica. Este último fue generado por un complejo y acelerado movimiento de recomposición religiosa, librado al ritmo de la penetración de las sectas protestantes. Los vínculos entre religión y política, durante la década de los ochenta, en el seno de los grupos étnicos, se han hecho más visibles y dramáticos.

No obstante lo anterior, existe un cierto y visible desajuste entre el conservadurismo religioso y la acción reivindicativa de su fe ligada étnica. Esta tensión entre el conservadurismo religioso y la acción radical de las masas étnicas, no es nueva, hunde sus raíces en el siglo XVI con la aparición de las primeras rebeliones mesiánicas y milenaristas, pasando por las insurrecciones indígenas de los años veinte de este siglo, dirigidas por pastores protestantes en la región surandina peruano-boliviana y en la región del Magdalena en Colombia.

De la politicidad étnica

Los movimientos indígenas en América Latina han ido acompañados del desarrollo de un mosaico de organizaciones de resistencia étnica. A ellas se han sumado también acciones diversas, de singulares e importantes avances políticos, así como la elaboración de un abanico ideológico, legitimador de su quehacer reivindicativo.

En este contexto, consideramos oportuno y necesario discutir los nexos de articulación entre etnicidad y política. Los grupos étnicos no han sido ajenos a la política, sus particulares formas de gobierno comunal reproducen, por lo general, un ensamblamiento o paralelismo de su modelo político cultural, con el que corresponde a la sociedad global. Los alineamientos en torno a las grandes decisiones que alteran o pueden modificar su modo de vida, involucran redes parentales, religiosas y vecinales; implican además, un complejo eslabonamiento de prácticas rituales, festivas y de resistencia o lucha directa o encubierta.

La politicidad étnica se manifiesta como un sistema de representaciones y de prácticas de poder, disidencia y oposición, en países con poblaciones multiétnicas y multiculturales. La condición de subalteridad político-cultural, marcha articulada contradictoriamente a la posibilidad de su reordenamiento tempo-espacial. La visibilidad de la politicidad étnica es percibida por la sociedad global, en sus rasgos de exotismo cultural y de irracionalidad subversiva, real o potencial. La contradictoriedad de intereses políticos y sociales, acentuados por los códigos culturales que les acompañan, dificultan las posibilidades de traducción y comprensión interétnica.

Uno de los tópicos más polémicos acerca de las formas de elección de los representantes políticos de las comunidades étnicas ha llevado a los analistas, a oscilar entre una visión romántica de la "democracia indígena" y un enfoque que sobreestima la integración política vertical de los liderazgos tradicionales.



La actualidad de este debate se expresa en los controvertidos resultados políticos de algunos procesos electorales en América Latina. En México, el II Distrito Electoral del estado de Oaxaca, cuenta con una población étnica mayoritaria (zapoteca, chinanteca, cuicateca y mixe), que, con motivo de los comicios electorales de 6 de julio de 1988, puso en evidencia los problemas de legitimidad que tuvo que afrontar el PRI en contextos étnicos, fuera de aquellos otros que aluden al denominado "fraude histórico".

La postulación de los candidatos priistas, Artemio Meixueiro Singüenza e Hipólito Spinkler Martínez, por el II Distrito Electoral de Oaxaca fue impuesta contra la voluntad mayoritaria de los 52 pueblos indígenas del área y rompió los viejos cauces de clientelismo étnico del partido oficial.

El abstencionismo y la fuga de la militancia étnica priista fueron precedidos por fuertes conflictos políticos, que motivaron la intervención del ejército en la región. El triunfo priista resultó formal, pues en los hechos, careció de legitimidad y consenso. Mayolo Olivera, un líder zapoteco, nos explica los canales de promoción política que fueron trasgredidos en dicha ocasión por el PRI:



Debe tomarse en cuenta que en las comunidades indígenas no se vota, o al menos no en la forma en que se hace en las zonas urbanas. La tradición política indígena es participativa, tiene un carácter colectivo, comunal, donde las autoridades ya sean religiosas o civiles, se eligen de acuerdo con un riguroso escalafón que tienen que seguir todos los miembros de la comunidad, desde el cargo más bajo, no por ello menos importantes, hasta el de representantes de una comunidad, y para lo cual lo más importante, es el arraigo a la tierra y al grupo, la permanente ayuda en la solución de los problemas colectivos, la disposición en la celebración de las fiestas, tequios, etcétera, y sobre todo, la honestidad en el desempeño de los cargos.

De esta misma forma, por cientos de años, los zapotecas, chinantecos, cuicatecos y mixes han elegido a sus dirigentes y guías espirituales en la Sierra de Juárez, Oaxaca, en donde se localiza el II Distrito Electoral...⁹

Este desajuste en el seno del PRI, entre su sistema de clientelaje y sus necesidades actuales de mayor centralización partidaria, afectó a muchas poblaciones étnicas en forma análoga a la sucedida en Oaxaca. En la región istmeña de Veracruz, el desborde de poblaciones étnicas (nahuas y popolucas) fuera de los marcos del partido oficial, se hizo visible en las elecciones municipales de Mecayapan, Pajapan y Soteapan, entre otras. El abandono por parte del Comité Ejecutivo Estatal del PRI, de los criterios de residencia y promoción local para elegir a sus candidatos, devino en el móvil principal de este creciente y explosivo disenso étnico.

La cosmovisión cultural de los grupos étnicos de América Latina reproduce un mismo tenor, a partir de sus categorías tempoespaciales, tal es el reconocimiento de que su subalternidad política y cultural, corresponde a un *tiempo invertido*, ajeno y hostil, así como a un cambio de posición espacial entre centro y entorno, arriba y abajo. La matriz discursiva de la política étnica, se organiza a partir de estas categorías subyacentes de su visión del mundo, más allá de sus versiones escritas o traducidas al castellano. Sin embargo, sus manifestaciones más recu-

⁹ *Etnias*, número 4, agosto de 1988, p. 14.

rentes y relevantes tienen que ver más con sus sistemas festivos, sus rituales, sus mitos y sus cuentos, que con sus episódicas proclamas, bandos y manifiestos. Por tanto, el campo semántico de la politicidad étnica no es homologable en términos occidentales, aunque sí susceptible de traductibilidad cultural, a condición de flexibilizar el análisis del sistema de ideas y de las prácticas sociales que le corresponden.¹⁰

Confrontados diversos manifiestos de las organizaciones y líderes del movimiento indígena latinoamericano, constatamos la existencia de una concepción unitaria en la forma de representar la temporalidad política vivida, desde el siglo XVI al presente, como un *continuum* estructural. Esta visión dista de corresponderse únicamente con un tiempo cíclico, ya que su eslabonamiento discursivo incluye particulares formas de periodización lineal.

El Manifiesto de Tiahuanaco ejemplifica esta concepción temporal cuando afirma:

...nuestra historia es esencialmente comunitaria. El sistema cooperativo es connatural a un pueblo que creó modos de producción en mutua ayuda como el ayni, la mink'a, yanapacos, camayos... La propiedad privada, el sectarismo político, el individualismo, la diferenciación de clases, las luchas internas nos vinieron con la Colonia y se acentuaron con los regímenes republicanos. La Reforma Agraria está concebida también dentro de este esquema.

El poder económico y político es la base de la liberación cultural. Debemos tecnificar y modernizar nuestro pasado, pero de ningún modo queremos romper con él.¹¹

De las categorías utópicas

La reconstrucción mítica del pasado aparece desempeñando el papel legitimador de la utopía; es decir, del futuro. No se trata de un enfoque romántico y desmovilizador, que ancla sus sueños colectivos en un pasado edénico y

perdido. Es este último un futuro potencial, posible y deseable. Las estructuras lingüísticas del tiempo en el náhuatl y en el quechua, dos de los idiomas étnicos más importantes de América Latina, revelan las aproximaciones entre pasado y futuro, sin perder sus respectivas identidades. Este nexo temporal se reproduce, al parecer, en la mayoría de los grupos étnicos de este continente.

Estos condicionantes lingüísticos se complejizan, toda vez que las categorías espaciales y temporales se aproximan a sus raíces y usos. Así, tenemos que en el quechua el término *K'ipa* (atrás-futuro) designa lo que está atrás, lo que será y que es desconocido porque no se ve; en tanto el término *Ñaupá* (adelante-pasado) designa lo que está adelante, lo que ha sido y lo que es conocido porque ya se vio. Uno y otro término expresan los parámetros del propio pensamiento tempoespacial. Así, por ejemplo, la palabra *K'ipawata-kuna* debe ser traducida como: los años que vendrán y que están. Por su lado, los términos *Naupakpi Tiakuk*, deben entenderse como: el que está adelante en el tiempo y en el espacio.¹²



No es diferente el caso náhuatl, en esta lengua mesoamericana el término *uecauh* (raíz; *ueca*, lejos), se utiliza para referirse a tiempos futuros, pero también se le emplea para señalar un periodo de tiempo muy antiguo (*ye, uecah, ye huecauhlica*).¹³

"En tiempos del *tawantinsuyo* a nadie le faltó alimento, casa, vestido y alegrías", sostienen con fines de agitación y propaganda los activistas del Movimiento Indio Peruano (MIP). No obstante, el MIP no hace explícita la conexión entre pasado y futuro, pero la capitaliza en favor de su plataforma programática.¹⁴

En cambio, en el testimonio del líder shuar, Tuna Chicham, la construcción del pasado gradualmente hace más visibles los rasgos de temporalidad cíclica y lineal, en su peculiar juego de oposiciones entre un pasado-futuro explícito y una temporalidad ajena implícita:

¹⁰ Tristán Platt, "Entre chaxwa y muxsa, para una historia del pensamiento político aymara", en Thérèse Bouysse-Cassagne *et al.*, *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*, Hisbol, La Paz, 1987, p. 183.

¹¹ Nemesio Rodríguez y Stefano Varese, *El pensamiento indígena contemporáneo en América Latina*, Cuadernos de Información y Divulgación para Maestros Bilingües, México, 1981, p. 49.

¹² Iliana Almeida, Julieta Haidar *et al.*, *Lengua y cultura en el Ecuador*, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo, 1979, pp. 327 y ss.

¹³ Monique Legros, "La expansión del pasado, del náhuatl al castellano", en *La memoria y el olvido. Segundo Simposio de Historia de las Mentalidades*, INAH, México, 1975, p. 26.

¹⁴ Grupo de Barbados, *op. cit.*, p. 120.

[...]nuestros antepasados iban a la cascada a recibir el poder de los Arutam, los espíritus protectores. Eramos los más valientes para luchar con los osos y los tigres feroces; los animales más fieros no nos intimidaban; éramos valientes para la guerra. Sabíamos fabricar o hallar todo lo necesario en el mundo y nunca fuimos pobres y nunca sentimos carestía. Sobre todo éramos sinceros y francos; respetábamos a las posesiones de nuestros vecinos; sólo los monos saben robar, decíamos. Nunca tuvimos esclavos y jamás fuimos esclavos de los otros.¹⁵

En general, los manifiestos de las organizaciones indígenas de la América Latina contemporánea reiteran, una y otra vez, estas particulares formas de subordinar la historia lineal a la historia circular. El Consejo Indio de Sudamérica, afirma:

*Pelearon y perdieron una batalla, pero la guerra por recuperar lo nuestro no ha terminado. En ella estamos, y no cesaremos hasta conseguir la justicia y los derechos que nuestros pueblos perdieran el día en que el primer español pisó nuestra tierra.*¹⁶

La concepción del tiempo y la cosmovisión cultural de los grupos étnicos nativos en América Latina aparecen mediados por las particulares maneras de autorepresentarse en relación con sus entornos espaciales. A la tierra, se la presenta como una noción polisémica, o para mejor decirlo: "Es un concepto totalizante y aglutinador en todos los demás: cultura, etnicidad, indianidad, historia, religión, política, economía, etcétera".¹⁷

Una de las conclusiones del Primer Congreso Nacional Indígena Colombiano, realizado en febrero de 1972, alude de manera explícita a las diversas implicaciones que encierra esta particular categoría espacial:

*La tierra es la madre sagrada de los pueblos indígenas, sin tierra no podemos hablar de ninguna cultura. La lucha común por la recuperación de nuestra madre tierra constituye el eje de unión entre comunidades indígenas del país. Desde hace quinientos años los territorios indígenas han sido permanentemente invadidos por personas extrañas a nuestras comunidades utilizando la violencia, y han constituido la fuente de enriquecimiento de unos pocos que son quienes legislan y manejan todo el aparato de Estado, desconociendo los legítimos derechos de las comunidades de indígenas.*¹⁸

La densidad etnopolítica de la tierra aparece, efectivamente, como núcleo discursivo de toda plataforma de lucha de los movimientos y organizaciones étnicas de América Latina. La Federación de Tribus Indígenas Pech de Honduras (FETRIPH), ha centrado en ella su atención reivindicativa, así, sostiene:

¹⁵ Rodríguez y Stefano Varese, *Experiencias organizativas indígenas en América Latina*, SEP, Cuadernos de Información y Divulgación para Maestros Bilingües, México, 1977, p. 115.

¹⁶ Adolfo Colombres, *1492-1992 a los quinientos años del choque de dos mundos. Balance y perspectiva*, Ediciones del Sol/CEHASS, Buenos Aires, 1989, p. 45.

¹⁷ Marie Chantal Barre, *Ideología indígena y movimientos indios*, Siglo XXI Editores, México, 1983, p. 162.

¹⁸ *Civilización*, número 2, México, septiembre de 1984, p. 124.

*El problema más grave actualmente es el de la tierra, ya que el 75 por ciento no la poseemos con título de propiedad, y ello es una enfermedad crónica y contagiosa sobre nuestra vida indígena.*¹⁹

Esta reiterada y generalizada demanda de los grupos étnicos en América Latina llevó a historiadores, sociólogos y no pocos antropólogos, a desentnizar sus luchas, encuadrándolas en el marco de los movimientos campesinos. Las más recientes evaluaciones de los procesos de reforma agraria, en países con significativas poblaciones étnicas en el medio rural (México, Bolivia y Perú), han puesto en evidencia los profundos desajustes entre las modalidades de tenencia de la tierra y de gestión agrícola y los modos de vida, sistemas de creencias y formas de organización de los grupos étnicos.

La impugnación del ejido mexicano como modelo de desestructuración étnica, al promover la erosión de la organización familiar-comunal, apenas comienza a ser debatida. También han comenzado a discutirse las formas asociativas y patrones de distribución de derechos territoriales, en países como Bolivia, Perú y Ecuador. Sin lugar a dudas, "la cuestión de la tierra", ha revelado sus estructuras más profundas, en el marco de un continente cada vez más urbano, pero no menos conflictivo, dados los costos dramáticos de la subordinación del campo y la opresión de las minorías étnicas nativas.

¹⁹ *Etnias*, número 5, México, octubre-diciembre de 1988, p. 51.



Hugo Blanco, veterano dirigente del campesinado andino, testimonia al respecto:

El campesinado peruano en su gran mayoría es indígena y la lucha por la tierra es también una defensa de la cultura [...] La Reforma Agraria no hizo que se devolvieran las tierras a las comunidades. Lo que hizo fue juntar varias haciendas en una Sociedad Agrícola de Interés Social (SAIS), como se les llama. Teóricamente, esta SAIS pertenece a los campesinos que sirvieron en las haciendas. Son cooperativas con un gerente a su servicio, un contador y algunos empleados más. Pero en la práctica ese gerente se convirtió en un nuevo propietario con un círculo de poder que ha sido defendido por los gobiernos contra las comunidades [...] Las comunidades se han organizado y están recuperando esas tierras. En 1986 recuperamos 360 mil hectáreas en Puno, [tomando] las tierras, pese a la represión de la policía y del ejército, que han matado y torturado a campesinos, acusándolos de senderistas, de lo que sea. Ahí vimos un ejemplo de cómo la lucha por la tierra es una lucha por la cultura. La comunidad campesina es una organización que nació con la sociedad peruana. Se ha mantenido durante siglos ...²⁰

La asociación entre tierra y cultura ha llevado a un nuevo debate en este país andino sobre los alcances de las tesis de José Carlos Mariátegui, acerca del problema del indio y del problema de la tierra. Todo parece indicar que la acepción *tierra*, en el pensamiento de este fundador del marxismo latinoamericano, había inaugurado una lectura distinta de la cuestión étnica. Los planteamientos de este autor fueron asimilados equívocamente con una perspectiva marcadamente economicista, por la ortodoxia estaliniana de sus sucedáneos.²¹ Más allá de estos antecedentes, la polémica sobre el problema de la tierra y la identidad étnica ha cobrado plena actualidad teórica y política, a la luz del análisis de los nuevos sujetos sociales, en este caso, los movimientos indígenas contemporáneos.

²⁰ *Tierra Nuestra*, número 0, México, cuarto trimestre de 1990, pp. 28-29.

²¹ José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Amauta, Lima, 1928.



Los sentidos y móviles de la lucha por la tierra se complejizan y acrecentan cuando entendemos los alcances de su pérdida, en los marcos de la cosmovisión étnica. Recuerdo al respecto el testimonio de un anciano comunero aymara de la localidad de Asillo, Puno-Perú. Este, comparaba el pasado como un espacio armónico y abierto, marcado sólo por los usos consensados de los miembros de la comunidad y reconocido por ciertos símbolos de demarcación territorial. Al referirse a la expansión de las haciendas y de la pequeña propiedad, señaló que el espacio se estrechó y se volvió hostil y ajeno, porque el tiempo se enfermó. La inversión de los órdenes sociales es percibida y comprendida por los sujetos étnicos a través de coordenadas tiempoespaciales, tanto en el nivel de las representaciones como en el de la propia realidad.

Perspectivas de los movimientos étnicos

Durante las últimas décadas, los propios límites de los proyectos de desarrollo y de homogeneización nacional, particularmente las reformas agrarias, políticas, educativas, lejos de atenuar los conflictos etnoclasistas internos, heredados de la situación colonial, propiciaron su acrecentamiento y desborde.

Darcy Ribeiro, hacia 1976, había hecho especial referencia a las perspectivas futuras de los movimientos étnicos, bajo la modalidad de lo que él llamó *guerras étnicas*, incubadas bajo otras formas de resistencia. El estallido de este tipo de violencia étnica arrastraría la aparición de nuevas prácticas genocidas y odios raciales; en definitiva, la creación de una "situación de guerra fratricida sin salida previsible".²²

El curso de los acontecimientos político-militares en Nicaragua, Guatemala, Colombia y el Perú, a lo largo de toda la década de los ochenta, reveló la magnitud la densidad teórica y política de la cuestión étnica en la América Latina de nuestro tiempo. Sin embargo, la salida nicaragüense en torno al problema, dista de haber sido compren-

²² *Civilización*, número 1, México, 1983, p. 206.

dida y menos aceptada por nuestras élites políticas, porque ello implicaría una seria revisión de su concepción unitaria de la organización nacional.

La guerra de los "Contras" no sólo se sostuvo gracias al apoyo norteamericano y de algunos gobiernos de América Central, particularmente el hondureño, sino por la sostenida participación de la comunidad étnica miskita en la lucha antisandinista. Las medidas correctivas y autocríticas del Frente Sandinista de Liberación Nacional, más allá de los acuerdos políticos logrados en favor de la paz en la Costa Atlántica, tuvieron un impacto jurídico sobre los países latinoamericanos que cuentan con poblaciones multiétnicas.

Al proyecto de autonomía regional de la Costa Atlántica (junio de 1986), le siguió la promulgación de la Nueva Constitución Nicaragüense (9 de enero de 1987) y la aprobación por parte de la Asamblea Nacional, de la ley de Autonomía Regional, a fines de 1987. Los elementos jurídicos constitucionales sobre la cuestión regional en Nicaragua, inauguraron un nuevo horizonte para las comunidades étnicas de América Latina, fracturando así el viejo legado liberal positivista, que oponía los derechos ciudadanos a los derechos étnicos. El tenor de un nuevo derecho hundía sus raíces en los fueros otorgados a los kunas en Panamá, a mediados de los años veinte. Este reapareció bajo una nueva orientación en el modelo impugnador de la autonomía regional, elaborado por el Frente Sandinista. Esta opción, sin lugar a dudas, abrió los cauces para futuras reformas constitucionales en América Latina.

La década de los noventa está marcada por una reactivación de la voluntad y la capacidad de lucha de las etnias en el plano político, incubada durante las décadas precedentes. Frente a esta oleada de movimientos étnicos, los gobiernos latinoamericanos se han mostrado ambivalentes. Estos últimos hubiesen preferido participar en los actos celebratorios del medio milenio, sin la incómoda presencia de militantes de activas y radicalizadas organizaciones indígenas.

La visita de Collor de Mello a una comunidad étnica brasileña y su inédita proclama indigenista, no representan más que un gesto protocolar, un símbolo demagógico, incapaz de ir acompañado



de un proyecto de defensa de los derechos étnicos y menos de algún programa coherente de etnodesarrollo. Tiene razón Fabio Martínez Villa, vicepresidente del Consejo Indigenista Misionero (CINI) en responsabilizar al gobierno de la acción genocida de los garimpeiros y de patrullas del ejército en contra de los yanomami, que ha costado la vida a mil quinientos de sus diez mil integrantes.²³ En Guatemala, las Comunidades de Población en Resistencia (CPR), ubicadas en el norte de Chajul, triángulo Ixil del departamento del Quiché, han señalado que: "El presidente Cerezo prometió paz y lo único que vemos son bombas".²⁴ Solamente en el curso de enero a octubre de 1990, el ejército guatemalteco ha asesinado a veintinueve indígenas de la región, herido a diecisiete y recluido en prisión a 222. Los representantes de los quince mil indígenas refugiados en el área referida, pertenecientes a la CPR, han demandado el cese de los bombardeos aéreos y el retiro del ejército dadas sus frecuentes campañas genocidas, acrecentadas desde el año de 1987. A lo anterior se suma la situación de unos cuarenta mil indígenas guatemaltecos cakchiqueles, kekchies, quiches, ixiles y mames, refugiados en territorio mexicano. Solamente en Chiapas, existen 81 campamentos con 22 341 refugiados indígenas procedentes de ese país centroamericano.²⁵

En el Perú, el gobierno del ingeniero Alberto Fujimori, de manera análoga a como procedió el régimen de Vinicio Cerezo en Guatemala, ha acrecentado las campañas contrainsurgentes contra las poblaciones étnicas. En la comunidad ichicha de Uchuraccay en Ayacucho, tristemente célebre por la artera emboscada del ejército contra ocho periodistas peruanos, el 28 de agosto de 1990 fusilaron a treinta pobladores. Durante el mes de septiembre del mismo año, fuerzas militares secuestraron a cien pobladores chancas de las comunidades de Ocochampa y Orcohuaci, y en el paraje denominado Chilcahuaycco, arrojaron los cadáveres de 37 de los comuneros fusilados a una fosa común clandestina. Diversas comunidades de Vilcashuaman, provincia de Ayacucho han sido objeto igualmente de incursiones

²³ *Excelsior*, 15 de octubre de 1990.

²⁴ *Excelsior*, 22 de diciembre de 1990.

²⁵ *La Jornada*, 6 de julio de 1990.

militares genocidas (Yananaco, Huaracas, Ocro, Quinua, Toma, Ayay y Pachahualhua). En la región amazónica del Alto Huallaga, algunas comunidades como San José del Ocro y Venanillo, fueron bombardeadas y ametralladas por el ejército, dejando un saldo de 125 muertos.²⁶

La lucha por la tierra por parte de las comunidades étnicas nativas, en estos países bajo estado de guerra interna, ha adquirido sus ribetes más dramáticos. Recordemos que las doctrinas contrainsurgentes imperantes en los ejércitos latinoamericanos, además de tener fuertes componentes racistas poseen también ideas neomalthusianas, que han legitimado las campañas de exterminio, saqueo y reasentamiento poblacional forzado.

Las experiencias de genocidio que actualmente padecen las poblaciones étnicas del Perú y Guatemala, en el corto plazo carecen de soluciones viables, y tienden a extenderse a otros países. En Colombia, la activa resistencia del movimiento "Quintín Lame" y del Consejo Regional Indígena de Tolima (CRIT), en defensa de sus derechos territoriales y sus tradiciones, han exacerbado las campañas antiindigenistas del ejército bajo la administración Gaviria, sin haber liquidado su capacidad de respuesta. En Bolivia, tanto la región amazónica como altiplánica, tienden a convertirse en potenciales escenarios de rebeliones étnicas. La facción denominada "Zárate-Willka" así como los autoproclamados "Ayllus Rojos", han dado evidencias de acentuado radicalismo, motivando una fuerte reacción del ejército boliviano bajo el mandato gubernamental de Paz Zamora. Los intentos norteamericanos de erradicación de cultivos de coca, en este país andino, amenazan con polarizar a una importante franja etnocampesina, orientándola por el camino de la confrontación armada.

En este contexto se explica la celeridad con que Paz Zamora y su ministro de Asuntos Campesinos, Mauro Bertero, tendieron a satisfacer parte sustantiva de las demandas territoriales de las etnias asentadas en la región amazónica del Beni. Esta decisión gubernamental fue precedida por una marcha de protesta hacia la ciudad de La Paz y sostenidas negociaciones con los dirigentes indígenas a lo largo de cinco días. El gobierno de Paz Zamora



otorgó 562 mil hectáreas, alrededor del 45 por ciento de la extensión territorial demandada por los representantes indígenas. El Bosque Chimanes, objeto de la disputa, venía siendo centro de explotación maderera por compañías nacionales y extranjeras. La demanda indígena considera al espacio amazónico de Chimanes como reserva forestal, *hábitat* étnico y lugar de actividad económica comunitaria.²⁷

Recientemente, el Ecuador fue conmovido por la movilización de tres etnias amazónicas de la provincia de Pastaza, respaldadas por la Confederación de Nacionalidades Indígenas, que dice representar a dos millones doscientos mil adherentes. La crisis se produjo a raíz de la ruptura de las negociaciones entabladas con el gobierno de Rodrigo Borja y el inicio del bloqueo de carreteras, que llevó a la movilización del ejército. Las demandas de derechos territoriales sobre 29 500 kilómetros cuadrados, aunada a la exigencia del retiro de las fuerzas armadas, y la instalación de un gobierno autónomo, fueron consideradas excesivas por parte del gobierno. El movimiento indígena ecuatoriano no ha cesado en sus demandas, todo parece indicar un futuro no muy lejano de abierta confrontación, en dicho contexto regional.

En general, las perspectivas de movilización y lucha de las organizaciones indígenas en América Latina tienden a radicalizarse, al asociar su lucha por la tierra a sus particulares proyectos de autogobierno. Sin embargo, sus posibilidades de éxito, dadas sus exiguas poblaciones en sus respectivos contextos nacionales, dependerán más de una solución negociada que del cruento y errático curso de sus guerras étnicas.

Bibliografía

- Almeida, Iliana, Julieta Haidar *et al.*, *Lengua y cultura en el Ecuador*, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo, 1979.
Arze Quintanilla, Oscar, "Editorial", en *Anuario Indigenista*, volumen XLIX, año XLIX, México, diciembre de 1989.

²⁶ *El Diario Internacional*, número 2, año 1, noviembre de 1990.

²⁷ *Excelsior*, 22 de agosto de 1990 y 23 de septiembre de 1990

Archivo Histórico, *La frontera interna de Mendoza, (1561-1810)*, Publicación del Gobierno de Mendoza, Argentina, 1980.

Barre, Marie-Chantal, *Ideologías indígenas y movimientos indios*, Siglo XXI Editores, México, 1983.

Bonfil Batalla, Guillermo (compilador), *Ideología y revolución del pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*, Nueva Imagen, México, 1981.

Colombres, Adolfo, (compilador), *Por la liberación del indígena*, Ediciones del Sol, Buenos Aires, 1975.

—(compilador), *Hacia la autogestión indígena*, Ediciones del Sol, Quito, 1977.

—1492-1992 a los quinientos años del choque de dos mundos. *Balance y perspectiva*, Ediciones del Sol/CEHASS, Buenos Aires, 1989.

Contreras, Jesús, (compilador), *La cara india, la cruz del 92/ Identidad étnica y movimientos indios*, Editorial Revolución, S.A.L., Madrid, 1988.

Del Val Blanco, José Manuel, "El discreto encanto del maximalismo", en *México indígena*, número 15, México, diciembre de 1990.

GRAL, *Indianidad, etnocidio. Indigenismo en América Latina*, CEMCA-III, México, 1988.

Grupo de Barbados, *Indianidad y descolonización en América Latina*, Nueva Imagen, México, 1979.

Legros, Monique, "La expresión del pasado, del náhuatl al castellano", en *La memoria y el olvido/Segundo Simposium de Historia de las Mentalidades*, INAH, México, 1985, pp. 21-32.

Mariátegui, José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Amauta, Lima, 1928.

Melgar Bao, Ricardo, "La región etnocultural. Una categoría analítica-problemática", en *Anthropos*, número 3-4, México, 1988.

Platt, Tristán, "Entre chaxwa y muxsa, para una historia del pensamiento político aymara", en Thérèse Bouysse-Cassaene *et al*, *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*, Hisbol, La Paz, 1987.

Rodríguez, Nemesio y Stefano Varese, *Experiencias organizativas*

indígenas en América Latina, SEP, Cuadernos de Información y Divulgación para Maestros Bilingües, México, 1977.

—*El pensamiento indígena contemporáneo en América Latina*, SEP, Cuadernos de Información y Divulgación para Maestros Bilingües, México, 1981.

Edith Soubie, "La población indígena actual en América Latina", en *Nueva Antropología. México Antropología*, número 9, México, 1978, pp.49-66.

Hemerografía

América Indígena, número 1, volumen XLIX, México, 1989.

Anthropos, número 3-4, México, 1988.

Civilización, números 1, 2, y 3, México, 1983-1984.

El Diario Internacional, número 2, año 1, noviembre de 1990.

Etnias, números 1 al 7, México, 1990.

Excélsior, México, 1990.

México Indígena, número 15, México, diciembre de 1990.

Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, número 103, UNAM, año XXVII, Nueva Época, México, enero-mayo de 1981, ("Una cuestión étnica en América Latina").

Tierra Nuestra, número 0, México, cuarto trimestre de 1990.

TRACE, número 13, CEMCA, México, junio de 1988.



Paréntesis

FORMACION DE LA CLASE OBRERA EN EL GOLFO MEXICANO. 1880-1950

*José R. Pantoja Reyes
Cecilia Urbán Sánchez
Francisco Salcedo Avila*

Las siguientes líneas plantean algunos elementos problemáticos que han surgido de la investigación sobre el proceso de formación de la clase obrera en la región del golfo mexicano. Aquí exponemos, en términos globales, las primeras conclusiones, que para nosotros representan las primeras hipótesis de trabajo.

Región y regionalización

Nuestro punto de partida se ubica en el supuesto de que las primeras fases de la formación de la clase obrera mexicana adquieren sus principales características a raíz de su ligazón al orden regional.

Para esos momentos tempranos las prácticas y la cultura de la clase obrera adquieren connotaciones regionales debido, por una parte, a que el capitalismo surge y se desarrolla regionalmente, y por otra, a que la sociedad mexicana—anterior a la aparición del capitalismo— se organizó por regiones las cuales siguieron funcionando de forma paralela al desarrollo del capitalismo.

Creemos que el país vivió regionalmente por lo menos desde el siglo XVIII, durante todo el siglo XIX y hasta principios de este siglo. Cuando hablamos de región nos referimos a una estructura productiva que se articula, en general, a partir de una producción local tendiente a la autosuficiencia; producción local que se complementaba entre sí en el marco de circuitos comerciales limitados y dependientes de la extracción de ciertos productos exceden-

tes dirigidos hacia los centros hegemónicos imperiales. La existencia de regiones no excluye la relación con centros hegemónicos externos; por el contrario, esta relación profundizó la regionalización del país, por ejemplo, aquella que giró en torno a la producción y exportación minera.

Esta organización productiva y espacial posibilitó la configuración de relaciones, no sólo horizontales sino también verticales entre los grupos sociales a nivel regional. Estas relaciones verticales se expresaron en estructuras patrimoniales o lealtades tradicionales y permitieron a las élites con hegemonía local movilizar a su favor el conjunto de fuerzas regionales en sus enfrentamientos con otras élites por el dominio del gobierno central, o simplemente por el dominio regional. Desde luego que los enfrentamientos entre grupos dominantes y subalternos no fueron excluidos, pero su orientación y límites los imponía la lógica regional.

Esta estructura regional tuvo su primer impacto cuando se profundizó la centralización política, hacia fines del siglo XIX, con el régimen de Porfirio Díaz, quien convirtió al gobierno central en una institución mediadora de los conflictos que surgían en las regiones, favoreciendo a ciertos grupos y obstaculizando a otros, o intentando equilibrar, siempre a su favor, las fuerzas contrapuestas. Bien puede ser éste el inicio de la reorganización del país, sin embargo, las regiones no desaparecieron directamente con la centralización. Al parecer la primera gran desestructuración fue producto de la revolución de 1910, proceso que produjo la desaparición de la base productiva de las élites tradicionales y que rompió los lazos que impedían la movilidad de la fuerza de trabajo.

Aun más, la desaparición de las regiones como entidades autónomas coincidió con la construcción de un mercado capitalista ligado a la industrialización. La nación sólo pudo configurarse como mercado nacional y su constitución no se realizó de un solo golpe ni fue un proceso homogéneo, pero su establecimiento queda definido claramente hacia fines de la década de los cincuenta de este siglo.

La instalación de la industria a fines del siglo XIX no significó, en un primer momento, modificaciones en las estructuras regionales, sino que se insertó en sus dinámicas y se constituyó como complemento del resto

de actividades productivas (para insertarse en la dinámica de la especulación, o en la forma tradicional de las relaciones de las haciendas con la producción artesanal, o bien en las formas en que se establecía la relación entre la manufactura y el consumo urbano); en particular en industrias como la textil o del tabaco, o aprovechando las condiciones creadas para su funcionamiento (circuitos comerciales, mano de obra, etcétera); sin que por ello su presencia tuviera en un primer momento un gran impacto en la lógica regional.

Sin embargo, si la industria se inserta en el funcionamiento regional, también es cierto que funciona paralelamente a él porque depende de otro tipo de relaciones, como las que se establecen a partir de la existencia de mercados externos de capital y mercancías (como ejemplo tenemos la minería para usos industriales, el petróleo, la siderurgia o la industria cervecera).

De hecho podemos decir que constituyen nuevas regiones que, si bien aún están insertas en las regiones tradicionales, ya tienen una lógica diferente.

Estas regiones "industriales" no siempre están integradas entre sí, más bien se articulan hacia el exterior gracias a la instalación de los transportes modernos, el ferrocarril y la navegación.

La relación entre estas regiones industriales y las tradicionales se da fundamentalmente en torno a la mano de obra, lo que no excluye otras formas de intercambio. El golfo es un ejemplo de dicha relación.

Decimos que la industria configura nuevas regiones en la medida que su funcionamiento productivo es autónomo del resto de espacios económico-sociales, que cuentan con una estructura de poder propia y una relación con el gobierno central independiente de las regiones tradicionales. Así, estas regiones son producto y expresión de la lógica del capitalismo, de sus necesidades y determinaciones.¹

Las regiones industriales no desaparecen por desestructuración como las tradicionales, sino que su desarrollo culmina en la constitución del mercado capitalista a nivel nacional.

De tal manera, que este estudio comprenderá el periodo que va del surgimiento de la región industrial del golfo, por los años de 1880, hasta su integración en un mercado nacional, en la década de los cuarenta de este siglo.

Estas regiones industriales del golfo comprendían fundamentalmente centros urbanos y en ellos se fincó su desarrollo. En esta investigación nos referimos en especial a la zona Orizaba-Río Blanco-Santa Rosalía, región que se articuló a partir de la industria textil y cervecera (y que tiene vínculos de diverso orden con el corredor textil de Puebla, Tlaxcala y la ciudad de México). También aquella parte del golfo cuyo eje fue la industria petrolera e incluye a las zonas involucradas con el ascenso y agotamiento de la explotación del petróleo: norte de Veracruz (Tampico como su centro), la zona de la faja de Oro (Tuxpan) y la del sur (que tenía como centro a Coatzacoalcos).

¹ El concepto de región industrial no deberá confundirse con el de enclave, pues este último se refiere en especial a unidad productiva aislada de su contexto nacional, y cuyo único vínculo es el que tiene con su matriz imperialista, por lo mismo resulta ser una categoría con un reducido margen de aplicación. La región por el contrario, es una categoría que caracteriza un espacio histórico-social que se distingue por su autonomía con respecto al contexto, autonomía que no necesariamente implica aislamiento.



Es en estas regiones industriales en donde aparece la clase obrera en el golfo y por consecuencia la cultura de esta clase terminará siendo fundamentalmente urbana.

Para que los miembros de la clase obrera de esta región adquirieran una cultura de estas características tuvieron que pasar por un proceso de transformación más o menos profundo, es este proceso el que nos interesa estudiar. Y en particular nos interesa establecer cuál fue la participación que tuvieron los propios obreros en la configuración de esta cultura de clase.

Las ciudades obreras

Hemos visto que la región industrial es en buena medida expresión del desarrollo capitalista en nuestro país. Las ciudades que participan no sólo son el espacio en el que se instalan las industrias producto de ese desarrollo, son también el lugar en que los obreros hacen su vida y enfrentan la lógica a la que el capital intenta someterlos.

Hemos encontrado que las ciudades involucradas en las regiones industriales del golfo poseían características comunes en el periodo que estudiamos. Pero curiosamente no son precisamente en el orden industrial, sino que el rasgo sobresaliente es la impronta que ha dejado la acción de la clase obrera en ellas. Por ello hemos caracterizado a estas ciudades como "obreras".

Para nuestro estudio hemos elegido dos ciudades principalmente: la ciudad de Tampico y la de Orizaba, por considerar que ellas son

las más representativas dentro de las regiones industriales del golfo. Sobre todo porque a la vez que fueron los centros económicos, son también en las que podemos ver con mayor nitidez la presencia de las instituciones obreras.

Orizaba es una población que viene del siglo XVII como ciudad de paso en el camino México-Veracruz, en las estribaciones orientales de la Sierra Madre Oriental, por lo que sus actividades se ligaban al comercio: arriería, mesones, ventas de productos varios. En el siglo XVIII se instalaron plantaciones de tabaco, caña de azúcar y con ellos un ingenio y una tabacalera. A la par se instalaron talleres artesanales de materiales de construcción (ladrillos, tejas), herrerías y textiles.

El textil artesanal que florece en el siglo XVIII permite crear uno de los primeros experimentos industriales del país, esto es el de la fábrica de Cocolapan en 1836. Pero no será hasta la instalación del ferrocarril, que comunicó México con Veracruz, en 1873 que se instalaron las fábricas que harán de Orizaba, Río Blanco, Nogales, Santa Rosa, un solo centro urbano: Cerritos en 1882; San Lorenzo y Río Blanco en 1892; Santa Gertrudis en 1893; Santa Rosa, Cervecería Moctezuma, fábricas de papel y cigarros en 1898.

Junto con la instalación de las fábricas se produce un hecho que más tarde se convertirá en un mito, no sólo para los obreros sino también a nivel nacional: las huelgas de 1905 y la represión que sobre ellos se ejerce.



Estos primeros actos de fuerza de la clase y contra ella no sólo quedaron en la memoria obrera sino que se materializaron en los nombres de colonias y calles: a lo largo y ancho de Orizaba-Santa Rosalía-Mendoza, etcétera, se repiten los nombres de 1° de Mayo, Carlos Marx, Mártires de Río Blanco, salpicados de nombres de las fábricas: Moctezuma, Cocolapan, Cerritos.

Estos barrios eran, y lo siguen siendo, habitados principalmente por obreros, que fueron estableciendo una intrincada red de relaciones cuyo eje fue el mismo ámbito habitacional, lo que llevó a sostener relaciones que rebasaron el oficio (cerveceros, textiles, electricistas, ferrocarrileros): compadrazgos, enlaces matrimoniales ("comercio sexual"), fiestas colectivas (si se le quiere llamar "ritos colectivos"), equipos de fútbol, etcétera; lo que nos habla de una intensa vida social, comunitaria.²

Más allá de los barrios obreros, encontramos que esta vida comunitaria no se pierde, por el contrario, adquiere formas institucionales. Así tenemos que en las diversas ciudades que conforman lo que es Orizaba existen ligas de fútbol a nivel de la ciudad, estadios construidos por los sindicatos obreros (cuyo rasgo arquitectónico característico muestra relieves que hablan de la gesta obrera), arenas de lucha libre, en las que los luchadores eran trabajadores que provenían de diversas industrias, en especial de la Cervecería.

Al igual que todos estos, los cines fueron creados por los sindicatos, ya sea como anexo a los edificios sindicales o con arquitectura que intentaba imitar al Kremlin. Y junto a ellos los salones de baile construidos también por los sindicatos.

Esta presencia obrera desde luego incluye la educación, la escuela primaria más importante de la región, para el periodo, es el Centro de Estudios Obreros, destinado para trabajadores o hijos de obreros.

Como puede verse las organizaciones obreras tenían mucho que ver con la forma en que se desarrollaba la vida en estas ciudades. Los sindicatos tendrán un papel protagónico en el destino de la ciudad desde los años cuarenta hasta hoy.³

Serán los sindicatos los que proporcionen presidentes municipales, diputados, etcétera y son ellos los que establecen la política local.

Un proceso similar, pero de orden mucho más violento, es el que podemos encontrar en el puerto de Tampico.

La competencia comercial entre Altamira y Pueblo Viejo, así como las condiciones insalubres emanadas de las lagunas enzovadas, llevaron a proponer la construcción del puerto de Tampico a los pobladores de la Villa de Altamira. El 12 de abril de 1823 se delineó la ciudad y se adjudicaron los primeros solares para que en ellos se procediera a la fundación de fincas.⁴

Por la ubicación geográfica que presenta el último recodo del río Pánuco, antes de que desemboque en el Golfo de México, se intensificó de manera gradual y ascendente el movimiento comercial que de local pronto se convirtió en internacional.⁵ Casi al finalizar el siglo XIX se

² La información utilizada para el caso de Orizaba proviene en su mayoría de periódicos locales y de entrevistas a trabajadores.

³ Otra forma de organización obrera existente es la masonería, sin embargo, aún no hemos podido establecer su peso específico dentro de esta dinámica.

⁴ A. Prieto, *Historia, geografía y estadística del estado de Tamaulipas*, Manuel Porrúa, México, 1975, pp 217-219.

⁵ S. L. Adleson Gruber, *Historia social de los obreros industriales de Tampico 1906-1925*, tesis de doctorado, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, México, 1982, p. 1.

modernizó el puerto y la importación y exportación de productos se hizo más intensa.⁶ Cuando la explotación del petróleo se hizo a niveles comerciales Tampico se constituyó en el epicentro de la economía del petróleo.⁷ En Tampico se establecieron refinerías, llegaban terminales y cientos de trabajadores petroleros comenzaron a establecer su lugar de residencia.

La importancia económica de Tampico no únicamente se deriva de su condición de puerto, condición necesaria para la comercialización del petróleo en el mercado internacional; logra la hegemonía a partir de su cercanía geográfica a los terrenos que contenían los más ricos yacimientos petrolíferos: la zona de Pánuco y la Huasteca en donde se realizó la más intensiva explotación de petróleo de 1911 a 1921.

La infraestructura portuaria de Tampico favoreció en forma determinante el establecimiento de las principales refinerías, que muchas de las compañías petroleras establecieron para transformar el petróleo crudo en una diversidad de productos que con el desarrollo de la industria, la aparición del automóvil y el inicio de la guerra europea demandaron. Tampico captó un gran número de emigrantes expulsados por el conflicto que se desarrollaba en el centro del país, la proporción demográfica no correspondía con la extensión territorial y durante tres décadas aproximadamente Tampico vivió las condiciones de insalubridad y violencia características de toda ciudad industrial.

La exacerbada explotación de que fueron objeto los miles de trabajadores por parte de las compañías dibujó, claramente, la oposición entre obreros y compañías; se desarrolló en la ciudad una intensa vida social en donde se configuraron las principales instituciones obreras. Los sindicatos se aglutinaron de primera intención con relación directa en las diferentes compañías que empleaban a los trabajadores, por un lado, y por otra parte se conformaron alrededor de algunos de los oficios que eran utilizados exteriormente por la industria, un ejemplo claro lo constituyeron los carpinteros. El desarrollo de la industria petrolera y con ella la de sus trabajadores; el dominio económico por sobre los demás sectores tradicionales, su expansión territorial permanente permitió que estos trabajadores asumieran gradualmente la dimensión de su propia condición y su agrupamiento en torno al Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria Petrolera (SNTIP), la figura institucional de los obreros petroleros que mayor importancia ha tenido desde su constitución en 1936.

El SNTIP se apropia paulatinamente de los diferentes espacios que constituyen la vida social de los trabajadores petroleros al operar, en la medida que su orden legal permitió constituirse, como contrapeso en el caótico mundo industrial, al que se estaba ascendiendo. De entrada justificó la lucha de los derechos salariales y de seguridad industrial que los trabajadores solicitaron a las compañías, tenía al Estado como juez y parte, a la vez. Su figura comenzó a dominar diversos espacios en tanto no existía otra figura que se le opusiera y a partir de que la funcionalidad de éste fue legitimado por la propia sociedad petrolera. La Primera Gran Convención de Trabajadores Petroleros sentó las bases

de las aspiraciones a las cuales deberían aspirar todos los petroleros. La lucha no se limitó al espacio de trabajo, reclamó la construcción de casas, hospitales, escuelas, bibliotecas, espacios de recreación y de cultura; buscó terminar con la acentuada perversión social de que participaban los obreros petroleros en muchos de los lugares en los que se explotaba el energético. Se dio a la tarea de moralizar y politizar a toda la familia petrolera, misma que constituyó la punta de lanza de la nueva figura política de connotaciones colectivas.

Enraizado su dominio, logró oponer y controlar paulatinamente el espectro político. La elección de los diferentes poderes locales se realizaron desde la figura del líder *pater famili* de los obreros petroleros, y se extendió su poder, en la medida que su unión con el Estado aseguraba el control económico y político de la industria ya nacionalizada y con ella la de sus trabajadores.

EL SNTIP

En la medida que los trabajadores van conquistando espacios al interior de la ciudad, ésta se va convirtiendo en "obrero". Esta dinámica



⁶ S. L. Adleson Gruber, "Identidad comunitaria y transformación social: Estibadores y petroleros en Tampico (1900-1925)", en *Historias*, número 7, pp. 29-44.

⁷ L. Alalita Méndez, "Trabajo y condición obrera en los campamentos petroleros de la Huasteca 1900-1935", en *Anuario IV*, Centro de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Humanísticas, Universidad Veracruzana, pp. 169-207.

llega al punto en que la institución más relevante a su interior llega a ser el SNTIP, —que como sabemos es una organización producto de la acción obrera.

Es posible pensar que tanto en el primer caso que presentamos (Orizaba) como en el segundo (Tampico) la presencia de las organizaciones obreras son producto de la casualidad; sin embargo, pensamos que están siguiendo un patrón de comportamiento similar, en tanto existen condiciones en las cuales participa toda la clase obrera de la región.

Ahora bien, es necesario remarcar que la conquista de espacios sociales por parte de los trabajadores no sólo se centra en la acción sindical, sino que es producto de un sinnúmero de estrategias que terminan confluyendo en el sindicato, de ahí su importancia para los obreros.

Asimismo no siempre coincidieron las prácticas sindicales con el conjunto de estrategias de resistencia y vida obrera, como sucede sobre todo en periodos más recientes en los que llegan a oponerse sindicato y obreros. Proceso que en términos generales se denomina como la “charrificación” de las organizaciones obreras.

Pensamos que la importancia de los sindicatos en la vida social de las ciudades no deriva de su conversión a sindicatos “charros” sino por el contrario, su importancia y poder posibilitan su “charrificación”. Sobre todo cuando el sindicato asume el poder a nivel local y tiene que vérselas con grupos de poder que rebasan el ámbito fabril, a la vez que entra en relación con el gobierno central.

Así, el sindicato pasa de ser una organización meramente obrera a una institución que es trirrepresentativa: al Estado en el nivel local, a los mismos empresarios y los diferentes grupos de poder local, sin dejar de representar a los obreros. Por lo que el sindicato se vuelve un espacio de equilibrios difíciles, pero en el que, a pesar de todo, los obreros podían seguir apoyándose. Sin embargo, este desarrollo es posterior a la fase que nos interesa, por lo que ya no sería parte de nuestra investigación.

Lo importante es establecer dónde radica la fuerza del sindicato para imponerse como la institución del poder político y de la vida social a nivel local, situación que se consolida entre las décadas que van de los años treinta al cincuenta.



Por la reconstrucción que hemos hecho, sabemos que este proceso no fue sencillo, tanto porque fue necesario unificar los sindicatos por industria o por rama. Después tuvieron que superar las diferencias entre sindicatos de industrias o ramas diferentes (en Orizaba se enfrentaron el sindicato de la industria cervecera frente a los textiles que culminó con la muerte del líder de la CROM, Eucario León), o como en el caso de los petroleros la competencia entre líderes locales por el dominio de todo el sindicato.

Pensamos que la fuerza de los sindicatos que triunfan y se apoderan del poder local deriva, no sólo de su capacidad de relacionarse con el Estado, sino fundamentalmente provendría de los mismos trabajadores, o más bien, del “tipo”⁸ de trabajador sobre el que se sostiene.

Estas características no sólo van a determinar la dinámica de la organización sindical, sino también todas las formas organizativas de la clase, aún en la misma vida cotidiana.

Los trabajadores y el proceso productivo

Los trabajadores, que sostuvieron a estos sindicatos hegemónicos en las regiones industriales del golfo, estaban insertos en un proceso productivo que podríamos caracterizar como “moderno”. Es decir, un proceso productivo que correspondía a una fase desarrollada del capitalismo y que imponía un proceso de trabajo taylorizado.

Tanto el petróleo como la industria cervecera se implantaron en nuestro país como industrias capitalistas que no tenían ninguna conexión con los procesos productivos criollos. Respondían a las necesidades de fases avanzadas del capital; el petróleo es el energético base de toda la industria moderna y la cerveza estaba destinada a un consumo de masas —urbanizado— típico del capitalismo.

En general los trabajadores, que se incorporaron a estas industrias se vieron orillados al aprendizaje de un nuevo proceso productivo, pues no había tradición de ninguno de estos procesos de trabajo. La absorción de trabajadores provenientes del campo fue tal vez mayor que en

⁸ Calificación/descalificación que han adquirido los trabajadores al relacionarse con un determinado proceso productivo, en general, y de trabajo, en particular, así como a la tradición cultural y de trabajo en la cual se enmarcan.

ninguna otra industria, aunque la industria petrolera absorbió un número mayor en términos absolutos, mientras que la Cervecería tuvo un mayor porcentaje (o valor relativo) de estos trabajadores.

Un obrero nunca se sentía seguro de su posición al interior de la industria, aun después de recorrer todo el proceso de trabajo y lograr la calificación y el dominio en algún aspecto del proceso de trabajo.

Al inicio de la industria petrolera los obreros estuvieron sometidos a una competencia feroz entre ellos mismos, y a una situación altamente inestable, pues al incrementarse la explotación de yacimientos se aumentaba el número de trabajadores, de los cuales, una vez estabilizada la extracción, sólo se quedaban algunos que adquirían calificación y manejo del proceso; para después ser, en su mayoría, despedidos en cuanto se agotaban los mantos.

Pero una situación de mayor inestabilidad se producía a partir de la organización del trabajo, misma que se basaba en la gradación de las categorías laborales. En tanto, el proceso de producción se simplificaba y dividía en un sinnúmero de operaciones, de manera tal que, a pesar



de estar en los escalones más altos de la calificación —y por lo mismo con un mayor control del proceso productivo—, nunca resultaban ser totalmente indispensables: podían ser sustituidos por las categorías inmediatas inferiores o por los que estaban desempleados y ya tenían esa especialización.

Las diferencias de conocimiento entre una y otra categoría resultaban ser apenas perceptibles, desde luego que sí existía una gran distancia entre las primeras y las últimas categorías, pero no resulta relevante, pues el despido de categorías superiores significaba un reacomodo: el nuevo trabajador requerido entraba siempre en la categoría más baja (lo cual resultaba muy beneficioso para las empresas). Así la inestabilidad de la contratación era reforzada por este proceso de trabajo, que en el caso de la industria petrolera hacía terriblemente violenta todas las relaciones de trabajo tanto entre los mismos obreros como con los empleadores.

Así, las estrategias de resistencia individual eran poco eficaces, lo era tal vez más en aquellas industrias donde predominaba el obrero-

artesano y donde el proceso de trabajo era poco mecanizado y menos dividido. Estos obreros resultaban sumamente dependientes de las acciones colectivas y de las organizaciones sindicales.

La tradición

Si los obreros eran dependientes de la organización sindical para neutralizar en cierta medida la competencia obrera y las condiciones desfavorables de trabajo, el sindicato resultaba entonces una institución reconocida y con gran fuerza entre los obreros. Si agregamos el lugar estratégico en que se localizan estas industrias, tenemos las condiciones a partir de las cuales los sindicatos adquirirán un lugar preponderante en las ciudades industriales.

Pero esta dependencia es más bien una dependencia en general a la organización colectiva (que se traduce en la multiplicidad de formas que señalamos con anterioridad), no por casualidad la región del golfo verá surgir una presencia muy importante del comunismo y del Partido Comunista Mexicano durante la década de los treinta.

La identidad obrera con respecto a las formas de organización y las prácticas colectivas, no dan como resultado directo que esta cultura obrera se estructure horizontalmente: es más, esta relación horizontal resulta débil.

Aun en el sindicato petrolero —que adquirió importancia a nivel nacional— el ámbito del ejercicio del poder se realiza, fundamentalmente, a nivel local. El caso del sindicato de la Cervecería es mucho más claro, pues su afiliación a una central sindical nacional no significa impulsar una solidaridad de clase a nivel nacional.

En buena medida hemos dicho que esto se debe a la estructura regional de la industria, pero supondría que en el momento de la disolución del orden regional también se disolvería la perspectiva localista de los obreros; sin embargo esto no se ha producido de manera directa por lo que no podemos explicarlo en su totalidad.

Un elemento que puede explicarlo radica en lo que hemos denominado la tradición. Hemos partido de la idea que los trabajadores tenían poca o ninguna relación con la industria antes de su ingreso; lo que indica que sus patrones culturales estaban ligados a un horizonte no-capitalista.



Por ello, las primeras organizaciones obreras tendrán como punto de partida la experiencia organizativa artesanal. Los trabajadores que provenían del artesanado se verán muy activos para hacer valer su habilidad frente a la disciplina capitalista, al impulsar formas de organización basadas en los oficios. Estas formas de organización resultaron muy limitadas para las industrias donde los procesos productivos desvalorizaban la habilidad artesanal del trabajador.

No obstante su limitación fueron el punto de partida de la organización obrera. Es más, estas prácticas organizativas no-industriales fueron la base en que se crearon los sindicatos y todas las formas de organización obrera, y le impusieron su dinámica hasta el momento de la "charrificación".

Así, veremos por ejemplo, que si bien la organización artesanal en la industria petrolera es desplazada, sobrevivirá de otra manera, en especial a través de la masonería. La masonería es una red de lealtades, basada en una perspectiva ideológica, cuya base es el conocimiento adquirido individualmente. El orden que impone la masonería es de carácter jerárquico, todos parten de una situación de igualdad, es decir, el desconocimiento o ignorancia, la lealtad era reforzada por el secreto y asegurada por los exámenes o ritos.

La masonería se ajusta muy bien a la situación de los obreros, sin ser una estructura surgida de la industria. La masonería reconoce la situación individual y, a su vez, refuerza la cohesión grupal en un medio tan caótico como el petrolero.

La masonería fue la adaptación de la organización artesanal a las nuevas condiciones industriales; cualquiera podía entrar en esta red de lealtades, pero de manera regulada y sólo a partir del reconocimiento de las jerarquías establecidas.

En este sentido será pertinente rescatar el papel que tienen las ligas masónicas en la organización y la vida de los trabajadores. Así tendremos, por ejemplo, que muchos de los dirigentes petroleros pertenecieron a la masonería.

Por otra parte, en la industria cervecera, la organización artesanal por oficios de las primeras décadas desapareció totalmente. La consolidación del sindicato surgió gracias a otro estructura muy diferente, a la red de relaciones étnicas y de parentesco que aportaron los trabajadores provenientes de las regiones indígenas de Oaxaca y Puebla. Daniel Sierra toma la dirección apoyado por un grupo de trabajadores provenientes de Oaxaca.⁹ Esta estructura garantizaba la solidaridad comunitaria entre los obreros provenientes de un mismo lugar y emparentados, lo cual les garantizaba la igualdad entre ellos, pero, finalmente, en esta red de relaciones se aceptaba la jerarquía del dirigente, la lealtad entre sus miembros se sintetizaba o expresaba en la lealtad al dirigente.

Igual que en la masonería, la red de parentesco aseguraba una gran cohesión entre los obreros. Sin embargo, al contar con un número reducido de trabajadores la cohesión era inoperable para hacer un frente único. La estructura se modificó para ampliarse a todos los obreros de la fábrica (así sucedió ya en el segundo mandato de Daniel Sierra). Es decir, la estructura comunitaria de solidaridad se amplió cuando ingresaron trabajadores provenientes de otros lugares que eran ubicados en las categorías intermedias y superiores con el único requisito de ser leales a Daniel Sierra.

La presencia de criterios patrimoniales —en nuestra opinión— fue muy fuerte durante esta fase de la formación de la clase en la región.

⁹ Los trabajadores de este lugar accedieron a la industria, a través de un circuito comercial tradicional que vinculaba a Ortizaba con los valles centrales de Oaxaca. Véase B. García, *Historias*, número 9, octubre-marzo, 1988, Revista de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, México, pp. 119-138

El patrimonialismo implica organizaciones con estructura vertical, pero con una fuerte solidaridad grupal. En general esta estructura es creada para hacer frente a lo que podemos llamar el "exterior". En el caso de los artesanos los estratos jerárquicos en que se divide se relacionan tanto al interior del oficio como hacia el exterior a través del maestro, que ocuparía el escalón más alto de la jerarquía artesanal.

En lo que respecta a las comunidades indígenas tiene, por un lado, una base casi igualitaria (sin grandes gradaciones), cuya relación hacia el exterior sólo se realiza a partir de un miembro prominente reconocido por su edad o su poder al interior (el cacique), quien es el que se vincula con las estructuras de poder político-económico.

Dicha estructura no presenta una relación individual con el poder político y económico, sino colectiva. Asimismo los dirigentes tienen la lealtad de las comunidades, a partir de ser reconocidos como parte de éstas y por sus relaciones con los mecanismos de poder. Este poder político-económico es visto como algo externo a la comunidad.

El patrimonialismo se estructura a partir de la tensión entre autarquía (autonomía) comunitaria y lealtad patriarcal. La lealtad patriarcal se sostiene gracias a que los límites de explotación que ejerce permite una gran autonomía de la base comunitaria.

En este sentido el patrimonialismo se ajustó a las necesidades obreras de una gran cohesión para defenderse, pero sólo en la medida que se adaptó a las nuevas condiciones que impuso la lógica productiva del capital. Estas estructuras patrimoniales vinieron a reforzar el horizonte colectivo de la clase, acción colectiva que les permitió conquistar importantes espacios de su vida laboral y social en general.

Los criterios patrimoniales estuvieron presentes en la estructura sindical y fueron adaptados por los obreros y al sindicato, más allá de sus límites naturales.

Sin embargo, esta estructura patrimonial —que conjuga la solidaridad colectiva particularizada y la lealtad vertical— impidió la integración horizontal de la clase. Tenemos entonces que estos segmentos asumen la importancia de la solidaridad obrera pero su perspectiva no rebasa el ámbito local (regional).

La tensión entre solidaridad comunitaria y relaciones verticales generó rápidamente la separación entre dirigentes y bases obreras, consentida en parte por los propios obreros, lo cual permitió que los dirigentes se asimilaran al poder político y económico.

De hecho los sindicatos que estamos estudiando generaron, desde muy temprano, esta separación (en buena medida por la presencia del Estado) debido a que los dirigentes se incorporaron al sindicato y a la maquinaria estatal, por lo que muchas de las demandas obreras eran reprimidas.

Aunque la unidad al interior del sindicato fue posible porque se garantizó la estabilidad en el empleo y se respaldó la autonomía obrera, conseguida a partir del control del proceso de trabajo, en contra de las empresas, —lo que nos lleva más allá del paternalismo—; también es cierto que llegado un cierto punto, esta lógica organizativa sólo pudo sostenerse por la violencia y por la reproducción forzada de los criterios patrimoniales por parte de los dirigentes sindicales ya charrificados.

Ahora esa estrategia de resistencia y poder ha resultado derrotada ante las nuevas condiciones capitalistas en que nos movemos, pero desde luego esa ya es otra historia.

La hipótesis presentada hasta aquí nos permitirá explicar el peso de estructuras, como la masonería y el anarquismo en la industria petrolera, a la vez que nos haría clara la figura de los dirigentes sindicales —que a pesar de charrificarse siguieron teniendo el reconocimiento de algunos sectores obreros. También nos permitiría explicar la relación entre identidad regional y nacional.

Apuntes metodológicos

La historia social, al hacer hincapié en el estudio de los sujetos sociales, tiene que dar respuesta a cómo la acción de los grupos e individuos construyen la historia y no sólo "su historia". Nosotros hemos querido utilizar la doble categorización de región-ciudad obrera para ayudar a establecer la relación entre la historia y "su historia". Partimos de la idea de que ambas historias se nutren de una misma dinámica, de la dialéctica entre el ámbito de la necesidad y de la libertad. Ninguna de las dos son puramente determinación causal o puramente intencionalidad.

Hemos iniciado utilizando la categoría de región industrial como un concepto de orden explicativo, en la medida que la región sería expresión de la lógica inmanente del capitalismo y en cuanto nos marca la constitución y desarrollo de un nuevo espacio social. Después utilizamos la categoría de la ciudad obrera como un concepto de orden descriptivo, en tanto la ciudad obrera aparece como la expresión de la acción obrera, la terminamos empleando como categoría explicativa y la región en el marco descriptivo de la acción obrera.



LOS PLANES DE ESTUDIO DE LA LICENCIATURA DE HISTORIA EN LA ENAH. 1980-1991

LUIS ALBERTO LOPEZ WARIO
JOSE R. PANTOJA REYES

Presentación

Para que el futuro profesionista cubra las expectativas académicas y sociales, el proceso de su formación requiere de una constante evaluación. Esta evaluación se hace necesaria toda vez que continuamente son transformados los enfoques académicos, procedimientos analíticos, técnicos, estrategias (es decir, los aspectos académicos) que conforman las herramientas con las que el estudiante se enfrenta al conocimiento, potencial control y manipulación de su campo de estudio.

Por otra parte, ese campo de estudio —sobre todo en las décadas recientes y en el área social— ha sido transformado en varios aspectos (tanto por el propio desarrollo académico como por los cambios de la sociedad), por lo que se requiere actualizar la perspectiva de una disciplina para su adecuada inserción en el quehacer científico y cotidiano.

La evaluación del proceso enseñanza-aprendizaje requiere de un enfoque que señale la multitud de variables que lo condicionan (recursos humanos, material didáctico, instalación, planes de estudio, integración docencia-investigación, entre otros). En este ensayo, nuestro objetivo básico es presentar un análisis con base estadística de los dos planes de estudio que la licenciatura de Historia de la ENAH ha implementado.

El análisis lo planteamos bajo un enfoque comparativo para definir cuantitativamente las diferentes áreas que conforman cada anuario.

Así, confrontamos los objetivos académicos explícitos del curriculum con la forma concreta en que es planteado. Por ejemplo, detectamos la contradicción en un anuario cuando define su objetivo básico consistente en que “el alumno adquiera una visión del conjunto de procesos y causas de los cambios históricos,” pero encontramos que en el área informativa privilegian las descripciones.

En otro sentido, este tipo de análisis determina qué elementos responden a las modificaciones en los planes de estudio; *verbi gratia*, si responden a las nuevas perspectivas académicas, a los requerimientos generales por la transformación social, o a las condiciones específicas de la institución.

No pretendemos contar con un análisis global de los cambios en los anuarios; reconocemos que uno de los elementos básicos en el proceso de enseñanza-aprendizaje se encuentra en la forma específica de conducir el curso por un profesor determinado (sin considerar la carencia de parámetros de la capacidad docente, entre otros aspectos), que no necesariamente conoce o concuerda con el objetivo general del plan de estudio, ni conoce o apoya su estructura general.

Consideramos que existe una relación que gráficamente podemos señalar como horizontal, vertical y diagonal entre todos los cursos de un anuario, por lo que el desarrollo de cada semestre y de cada materia debería entenderse en un proceso de formación profesional que privilegia determinados aspectos de una actividad científica.

La definición de áreas por parte de los diseñadores de un anuario no consiste en una simple retórica, pues en cuanto a la forma de presentación, la distribución de áreas, su peso cuantitativo por materias, su peso relativo en horas-clase, los títulos de las asignaturas, etcétera, señalan la forma concreta que define el perfil del futuro profesionista.

La estructura general permite que comparativamente definamos los pesos relativos, las cargas escolares de los dos anuarios. En el caso específico analizado, la cantidad tan pequeña de anuarios es otro factor que hizo posible su confrontación.

Así, en el anuario de la licenciatura de Historia que estuvo vigente hasta 1990 se señalan cuatro áreas en las que se incorporan la totalidad de las asignaturas: Área Informativa (AI), Área Teórica (AT), Área de

Economía Política (AEP) y Area de Investigación (AINV). Por otra parte, el esquema del anuario vigente (a partir de 1991) señala cuatro áreas que son: Area Informativa (AI), Area Teórica (AT), Area de Investigación (AEP) y Area de Extensión (AE).

De entrada se observa que hay dos áreas no comunes: AEP del anuario anterior y AE del vigente. El que un anuario ubique un curso en una determinada área no indica que en el otro plan sea obligatorio localizarlo con la misma denominación y características. La ubicación específica de cada curso y su denominación dependen del enfoque teórico-metodológico de los diseñadores.

Finalmente, realizamos este análisis, en un primer momento, a partir del título de la materia y la distribución gráfica de todo el anuario, posteriormente procedimos al análisis de los objetivos curriculares y a confrontarlos con el análisis estadístico previamente realizado.

Análisis estadístico

Plan de estudio 1980-90: el predominio de la información

Existe un equilibrio distributivo de las cargas escolares, pues la diferencia global entre un área y otra no rebasa los siete puntos porcentuales. Observamos esta misma situación al considerar la carga semestral de asignaturas: seis cursos en cada uno de los ocho semestres. Pasemos ahora a describir detalladamente cada una de las áreas.

AI (formado por dos subáreas: historia de México e historia universal) es el área más relevante cualitativamente hablando; asimismo en forma gráfica se observa su relevancia toda vez que se ubica en primer lugar a la izquierda.

Sobresale que en el primer semestre en la subárea de historia de México se hace referencia a la prehistoria de América, con ello sigue el criterio de inicio del proceso histórico de México a partir de el contacto con los españoles. Por otro lado, el uso de conceptos tales como prehistoria, en contraposición a la historia, aluden una escuela de pensamiento

caracterizada por la partición de periodos con criterios muy discutibles (en este caso sería la aparición de la escritura, el registro es lo que hace la historia y no los "hechos"). En cuanto al resto de la subárea sigue el formato tradicional de definición de periodos por eventos políticos.

La historia universal es vista también con un criterio eurocéntrico, semejante al esquema impartido desde la educación básica. Esta tendencia se diluye al tocar temas relativos al principio del siglo XIX (cuarto semestre), pues a partir del quinto semestre se hace un alto para que en dos cursos se obtenga información sobre historia de los Estados Unidos y América Latina. En el octavo semestre se presentan los hechos relevantes de la posguerra, pero con énfasis en Europa y Japón.

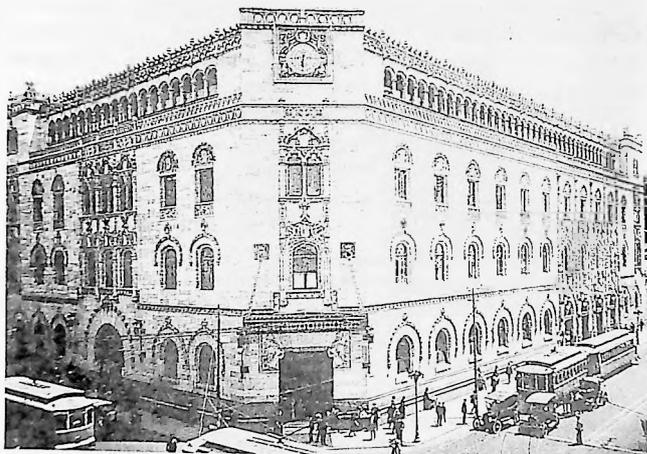
Además de esta línea específica de pensamiento sobresale la materia de esta subárea para el séptimo semestre, pues es un curso de historiografía que tiene más relación con AT (subárea de historiografía) que con AI.

Asimismo, si se observa el conjunto de materias de AI y AEP se encuentra que existe superposición entre ellas, pues esta última aborda temas que corresponden a AI.

AEP es el área más extraña de todo el anuario pues, además de lo arriba mencionado, no presenta continuidad en una de sus dos subáreas, con cursos aislados en el primer, quinto y octavo semestres, con temas de Oriente, Asia y Africa, siglos XIX y XX y crisis del imperio norteamericano. La subárea restante, aunque también confusa por su inconstante contenido temático se estructura a partir de los enfoques que privilegian la transición histórica, en este esquema no encajan las materias del primer y octavo semestres (economía y sociedad y crisis de los países socialistas) aunque la primera quizá funcionaba como marco explicativo general del área.

Visto de conjunto, algunas lagunas de conocimiento (en AI) sobre ciertas áreas geográficas son cubiertas por AEP, quizás con énfasis en los aspectos a los que alude su denominación. Recordemos que AEP se ubica cuantitativamente en el tercer lugar.

AT en cuanto relevancia cuantitativa, se ubica en el segundo lugar, gráficamente, en tercero. Está conformada por dos subáreas: formación teórica e historiografía. La primera





presenta las asignaturas de teoría de la historia (tres cursos) y cuatro optativas, su presencia es constante con excepción del quinto semestre en que algunos cursos se suspenden para evitar una sobrecarga académica. Según los subtítulos de algunos de esos cursos, se privilegiaban las teorías del Estado y de las ideologías.

La subárea de historiografía cuenta con seis materias distribuidas de manera uniforme del segundo al séptimo semestres. Estas materias junto con las de AINV son las únicas con una carga semanal de dos horas-clase (las restantes son de cuatro). El enfoque de historiografía en los tres primeros cursos plantea los lineamientos generales para posteriormente abordar el análisis historiográfico moderno de México en los tres restantes. Al comparar las cargas de horarios y de créditos se aprecia una mayor distancia —reflejo de un mayor peso— entre AI (incluyendo AEP) y AT.

AINV (metodología) se encamina a la integración de los apoyos que otras disciplinas le otorgan a la historia como actividad. Tal parece que el escaso peso relativo en AINV se refiere al esquema de pensamiento de los diseñadores para privilegiar la historia como creadores de historias —y no como interpretadores— y con disciplinas afines que le apoyan y no que generan discursos alternativos o complementarios.

Finalmente, debemos resaltar que más del 91 por ciento de la carrera está conformada por materias obligatorias, y poco más del ocho por ciento por cursos optativos (los cuales, a

pesar de existir un listado “prescriptivo”, no tienen una orientación precisa). Lo anterior señala la escasa posibilidad que tenían los alumnos de profundizar en temas diferentes a los que el anuario establecía.

En síntesis, a pesar de la división por áreas que establecieron los diseñadores del anuario 1980-1990, se observa un marcado énfasis en las áreas informativas (AI y AEP), tanto por su carga semanal de horas-curso (de las veinte horas semanales, el alumno cursaba de doce a catorce horas de esas áreas, es decir, de sesenta a setenta por ciento) como en la cantidad global de materias (dieciseis en AI y once en AEP, ventisiete cursos, 56.3 por ciento), más del doble que AT y más del triple que AINV. Es decir, un plan de estudio al que sus impulsores intentaron darle una presencia que privilegia los procesos bajo una óptica materialista, pero el énfasis se encuentra no en la formación sino en la información, y máxime si observamos que sólo el treinta por ciento de esa carga informativa se refiere a la historia de México.

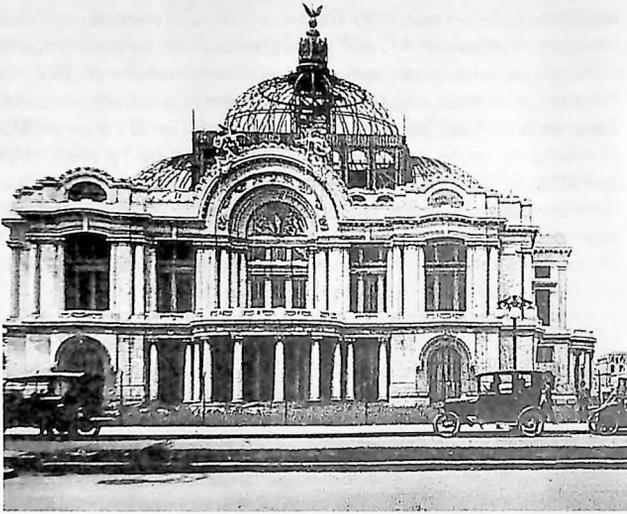
Si analizamos el plan de estudio, bajo la perspectiva del anuario actual, existen modificaciones, pero no en cuanto a los pesos relativos de las áreas. Así, tenemos que AI permanece en el primer sitio, seguido por AT y finalmente AINV. AE no aparece en este anuario y AEP está fusionado con AI. La variación en cantidades absolutas (y, por lo tanto, en las relativas) está en función del cambio de área en algunas materias del anuario anterior con respecto al esquema del actual. Ubicamos los cursos antiguos en el nuevo anuario de tal manera que respetamos los semestres y carga semanal de horas. Aunque la distancia entre AI y AT disminuye (AINV no sufre cambios), se aprecia aún la relevancia de formar historiadores que dominen la información de eventos y procesos históricos, antes que la capacidad formativa (teórico-metodológica).

Plan de estudio vigente (a partir de 1991): revalorar el proceso formativo

Analizado con sus propios términos el plan de estudio vigente muestra, desde la forma de presentación gráfica, la relevancia que se otorga a AT. A pesar de ello, los pesos cuantitativos señalan que el orden relativo es AI, AT, AINV y AE, del primer al cuarto lugar.

Sobresale, sin embargo, que los temas tengan complementariedad tanto al interior de los semestres (relación horizontal) como a lo largo de la carrera (relación vertical). A manera de ejemplo, en un mismo semestre se cursan temas relacionados con los procesos presentes en un mismo periodo. Esta sincronía se encuentra en todas las áreas con excepción de las subáreas de teoría de la historia, metodología y AE.

En el anuario se distinguen dos etapas de desarrollo: la primera que cubriría los primeros cuatro semestres y la segunda del quinto al octavo. En la primera etapa resaltan los temas de teoría de la historia, de metodología y AE (las áreas independientes de la sincronía referida antes). A partir del quinto semestre, el eje de la carrera se ubica en los talleres de investigación. Un elemento sobresaliente a considerar es que ahora son once los cursos optativos (23.4 por ciento sobre el total) circunstancia que otorgó al alumno mayor flexibilidad para “rediseñar” su anuario. Pero siete de esos cursos se imparten en la segunda mitad de la carrera, lo que señala que los creadores de este plan de estudio proponen la oportunidad de seleccionar ya cuando el alumno cuenta



con una panorámica general de la historia (inclusive se presenta el caso en el octavo semestre donde de cinco materias que se cursan, cuatro son optativas).

En una breve revisión por áreas se observa que AT se desarrolla básicamente en los primeros semestres, bajo un enfoque que privilegia las escuelas del pensamiento, y ya no las teorías del Estado o de la ideología. A partir del quinto semestre, el eje teórico es la teoría antropológica, pero con carga semanal en horas-clase menor que en los primeros semestres.

La otra subárea en AT es historiografía, estructurada a partir de cortes seculares con base en la historiografía antigua.

En AI, la subárea historia de México presenta una relevancia equivalente a la de historia universal; historia de México se estructura en grandes periodos (que coinciden con siglos a partir del tercer semestre) e historia universal a partir de conceptos materialistas-históricos. Es importante que en la subárea de historia de México ya no se aborda al prehistoria, sino las formaciones prehispánicas, aunque sobresalen los elementos mesoamericanos y del postclásico (previo a la Conquista). Por otro lado, aunque la subárea de historia universal recibe el nombre de Europa y el mundo, la relevancia se encuentra en los temas europeos. De cualquier forma, se reduce su carga semanal de horas-clase por equilibrio administrativo en el octavo semestre pasa a ser un curso optativo.

AINV está dividida en dos subáreas: investigación y metodología. La primera es el eje alrededor del cual gira la segunda parte de la carrera (a partir del quinto semestre); se enfoca a la investigación formativa. La subárea metodológica se refiere al análisis de fuentes y apoyos de ciencias auxiliares. En realidad, todo AINV corresponde al AINV del anuario anterior, pero ahora se encuentra subdividida, presenta

un reforzamiento en la investigación formativa, en los cursos de diseño de investigación y algún curso introductorio a la investigación.

El objetivo de AE, de nueva creación, es fomentar el interés para que el alumno pueda reforzar aquellas áreas del conocimiento —instrumental— en las que detecté fallas. Las materias de AE son optativas, el alumno selecciona los cursos que le interesan.

Al analizar cuantitativamente el nuevo anuario, con el esquema del anuario anterior, observamos que AI permanece significativamente igual, pero AINV se incrementa considerablemente (trece) y paradójicamente AT pierde porcentaje cuatro por ciento.

Los objetivos curriculares. Relación entre objetivos explícitos e implícitos y contradicciones con el *pensum*

Al finalizar el análisis estadístico de los anuarios observamos que en el de 1980-1990 la orientación del plan va dirigida a formar "historiadores que dominen la información de eventos y procesos históricos antes que a la capacitación formativa (teórico-metodológica)"; sin embargo la imagen del historiador, expuesta en los objetivos curriculares, está en contradicción con este resultado.

Aquí intentaremos explicar cuáles serían los elementos que permitieron tal situación, para que se consideren en la formulación de nuevos anuarios y de reestructuraciones futuras.

Asimismo, cuando analizamos los objetivos curriculares del anuario 1991 y lo confrontamos con el resto de los elementos del análisis, detectamos que no representa en sí mismo una ruptura con el anterior, es más, pensamos que fundamentalmente sigue las líneas establecidas por el anuario de 1980-1990, y que presenta también algunos de los problemas que ese mismo anuario tenía.

El anuario de 1980-1990

En este plan los objetivos de la licenciatura de Historia son expuestos de dos maneras, aquí los presentamos en dos columnas para su mejor visualización:

—Formación de historiadores que contribuyan a *reinterpretar* críticamente la historia mundial y mexicana.

—Formación de profesionistas que participen activamente en el *rescate* de los valores históricos de México y de la humanidad.

—Formación de investigadores que no sólo busquen la indagación de las fuentes, sino también la *explicación* de la necesidad y concatenación universal de los hechos históricos.

—Formación de una *planta docente* que cubra las necesidades de la ENAH, así como de las distintas instituciones que imparten la materia de historia, las de diferentes dependencias del INAH y otros centros.

—La formación de historiadores *progresistas auténticos*, es decir, intelectuales que participen en lo que les compete, de manera activa y efectiva a la construcción- reconstrucción de un discurso histórico, cuya lógica estará esta vez al *servicio de las luchas de liberación* y no como un *elemento de enajenación*.

—La construcción de una carrera "*científicamente*" fuerte, es decir, que exigirá de los maestros trabajo, dedicación, conocimiento, al igual que los alumnos, trabajo, constancia, y esfuerzo, para lograr efectivamente el primer objetivo que no será posible sin la creación de un conjunto de conocimientos y de análisis que sea capaz de superar la *visión burguesa* clásica de la historia.

—La construcción de una *nueva concepción*, del qué y cómo hacer del historiador, se debe manifestar en una investigación fundamental de regreso a las *fuentes reconocidas*—que hay que conocer y sacan a la luz—pero *analizar* cómo estas fuentes han sido manipuladas, recortadas, escogidas para *servir* al establecimiento del *discurso histórico de la burguesía dominante*.

—La investigación será una de las áreas fundamentales para el estudio de la historia; esta investigación será en forma directa, con base en la creación de los talleres de investigación, donde maestros y alumnos tendrán a su alcance la información necesaria para investigar el área que más les interese, en la formación del nuevo discurso histórico.

Como puede verse en la primera columna aparecen las aptitudes (reinterpretar, explicar) que el plan tendrá que dar cuenta para que los historiadores egresados de la licenciatura puedan cumplir con las tareas que proponen los objetivos curriculares: rescatar y enseñar.

Mientras la segunda columna se ocupa más bien de la definición política de las tareas propuestas: formar "historiadores progresistas", hacer una historia para superar la visión burguesa, la investigación deberá convertirse en una nueva forma de hacer historia a partir del desmontaje del discurso histórico burgués. En esta definición el rechazo a la visión burguesa sobre la historia ocupa un lugar central, sin que se termine de precisar cuál sería la visión alternativa de este discurso.

Cada una de estas formas de presentar los objetivos define el nivel que cada una ocupa, en el primer caso se hace énfasis en los términos en que se presentará el plan de estudio, es decir, los criterios de organización del plan. En el segundo caso habla del tipo de contenidos de ese plan.

Trataremos primero el de los criterios para después pasar a los contenidos. Fundamentalmente se nos plantea que la formación de los historiadores tiene que incorporar tres elementos: formación, información e investigación.

De tal manera, tenemos que:

Capacidades y tareas disciplinarias	Elementos de enseñanza-aprendizaje
Reinterpretar	Formación (teórica-metodológica)
Explicar	Información (estudio de lo concreto)
Rescatar	Investigación (interpretación de fondo)
Enseñar	

Al relacionarlas primero se denota que de los elementos del proceso enseñanza-aprendizaje ninguno corresponde a la tarea de formar docentes, lo que se refleja en el plan de tal manera que dicha formación se vuelve sólo un propósito que no se concretiza en ninguna materia, actividad o proceso educativo.

Después tenemos que las aptitudes de reinterpretar y explicar tienen que ver, fundamentalmente, con los elementos formativo y de investigación, si partimos de las definiciones del plan de estudio: "la *formación*, debe basarse en la consideración de la necesidad del estudiante que acceda a una *teoría* y a una *metodología* científicas que le permitan una *interpretación* del proceso de rigor." "La *investigación*, [...] debe tender a dotar de los instrumentos necesarios al alumno para ahondar en la

interpretación de las fuentes conocidas, búsqueda de nuevas y críticas a las interpretaciones anteriores en función del desarrollo del conocimiento científico del pasado". Relación que tendría que reflejarse en el plan de estudio.

Finalmente sólo queda considerar el rescate, si procediéramos por eliminación esta debería corresponder a la adquisición de información, sin embargo, si atendemos la idea que se expresa en la argumentación de los objetivos de que "Ahí está el trabajo urgente de los intelectuales progresistas y particularmente de los historiadores, *formalizar y difundir*, los elementos históricos que la imposición del discurso dominante, legitimación de la opresión burguesa capitalista, ha *negado u occultado*", entonces tenemos que se rescata aquello que está *prisionero*, y en este caso aquellos valores *oprimidos* por el discurso burgués sobre la historia.

Visto así el rescate sólo puede hacerse una vez que se ha logrado reinterpretar y explicar de una manera nueva la historia. Por lo que la información no desempeña un papel principal en la definición de los objetivos curriculares sino más bien de orden secundario, si correlacionamos las dos columnas tendremos que:

Reinterpretar	Formación
Explicar	Información
Rescatar	Investigación
Enseñar	

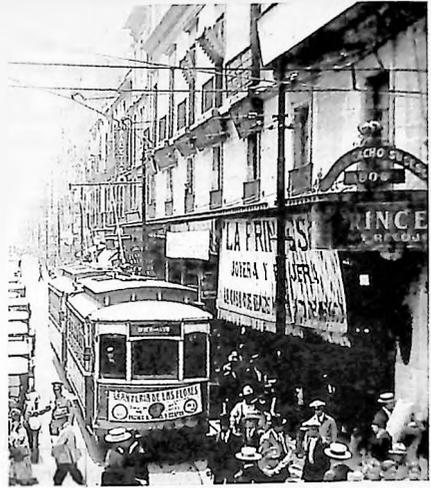
La licenciatura tendría que guiarse centralmente por la siguiente ruta:

- Elementos centrales de enseñanza-aprendizaje
1. Formación-Investigación (Elementos centrales de enseñanza-aprendizaje)
 2. Información (elementos secundarios de enseñanza-aprendizaje)
 3. reinterpretación explicación (Capacidades fundamentales)
 4. rescate(tarea central)
 5. enseñar (tarea secundaria)

Expuestos así los objetivos, las áreas más fuertes deberían ser las áreas formativas y de investigación, sin embargo, contradictoriamente según hemos visto el área proporcionalmente más grande es el área informativa pues tiene 56.3 por ciento de todo el plan, ¿por qué?

Resulta más contradictorio si observamos que el área de investigación es ubicada como fundamental: "La investigación será una de las áreas fundamentales en el estudio de la historia", no sólo en cuanto a capacidad sino también como realización de la definición política-ideológica del plan, pero tan sólo tiene 16.6 por ciento de espacio en el *pensum*.

Aún más, tenemos que el área de formación teórica (dividida en dos subáreas: teoría e historiografía) estadísticamente parece tener el segundo lugar, esto es 27.1 por ciento; sin embargo, las materias de teoría, en la que sólo se da cabida a una sin espacio para la discusión reflexiva, se ve reducida de siete a tres materias, pues las optativas que aparecen formalmente en el área por su contenido corresponden realmente al área



informativa (ver el anuario en su página final).
Nuevamente ¿por qué?

En resumen tenemos que:

a) el plan propone formar historiadores cuya tarea central es el rescate de los valores históricos.

b) Esta labor de rescate se llevará a cabo una vez que los historiadores hayan sido capacitados para reinterpretar el discurso historiográfico y explicar desde una perspectiva crítica fuentes y hechos.

c) Dicha formación tendría jerarquizados los elementos de enseñanza-aprendizaje de la siguiente manera: investigación, formación teórico-metodológica y finalmente información.

d) A la vez tenemos que la formación docente de los profesionales en historia no queda contemplada operativamente en ningún nivel del currículum.

e) Lo que logra el plan es hacer énfasis en el área informativa en contradicción con sus objetivos curriculares.

f) Que la AI se ocupa fundamentalmente de la historia universal (ver el análisis del apartado anterior) también en contradicción con su objetivo fundamental de reinterpretar el discurso histórico de México.

g) Que la formación teórica se encuentra en la subárea de historiografía y que si consideramos los contenidos temáticos de los cursos su peso se reduce dentro del plan.

Para explicarnos el porqué el plan no logra su cometido es necesario incorporar a los objetivos la manera en que se define ideológicamente el anuario y cómo surge ésta en el contexto de la escuela.

Al respecto consideramos que este anuario es un plan de transición. Sobre todo si recordamos que la licenciatura surge en un contexto en el que, en la ENAH, la tendencia predominante en el estudio de la antropología era la de una perspectiva del marxismo "estático" (fundamentalmente estructuralista) que difícilmente era compatible con una visión histórica.

En la definición de la orientación del plan encontramos reiteradamente la idea de que, a diferencia de esta perspectiva, la historia es concreta, es decir trata de establecer distancia con respecto a visiones de la realidad formalistas y suprahistóricas, lo que llevó también a una distancia con respecto a la antropología.

Sin embargo, esta proposición no es lograda del todo si miramos que el área de economía política y la subárea de teoría está guiada por una visión althusseriana.

En las discusiones de reestructuración de este anuario se llegó a proponer que la permanencia de estas áreas se debía a una negociación política, sin la cual, el plan no hubiese surgido; sin embargo, esta hipótesis no ha podido ser comprobada.

Nosotros preferimos pensar que la orientación del plan no logra definir cabalmente la identidad del historiador en la ENAH. Si la historia

se define como concreta y además se busca distanciarse de visiones abstractas, es explicable que el área favorecida fuera la informativa.

Asimismo, si se define esta etapa como crítica y se plantea como primera tarea la labor de desmontar el discurso historiográfico dominante, entonces era previsible que en la formación teórica se le diera más importancia a la subárea historiográfica que a la investigación o a la en teoría, de ahí que los creadores del plan no tuvieran objeción en mantener los cursos de teoría tal y como resultaron.

De la misma manera, si la tarea principal es la de la crítica del discurso, entonces la historia de México difícilmente podría ser abordada de otra forma que no fuera como objeto principal de la crítica. Vista así el área de historia de México no sólo era tratada en el AI sino también como objeto en la de Historiografía, de tal forma que su lugar efectivamente se vuelve central no tanto por su peso estadístico en el *pensum* sino por el enfoque que en éste prevalece. Por ello algunos alumnos que estudiaron en el anuario 1980-1990 se quejaban de que en el AI lo que realmente veían era historiografía.

A pesar de sus propósitos en el momento de su elaboración, difícilmente podía plantearse una visión alternativa de la historia de México, por lo que el área terminó formulándose a partir de una perspectiva tradicional (enminutamente desde la perspectiva del Estado).

Tenemos entonces que si consideramos poner un lado el contexto teórico, académico y político en el que surge el plan y en segundo lugar el estado del desarrollo de la historiografía, entenderemos por qué los objetivos curriculares y el anuario no se corresponden necesariamente.



También el porqué se hizo énfasis en algunas áreas en detrimento de otras.

Sin embargo, planteado en estos términos, la gestión del anuario se volvió complicada porque no existía claridad de cómo deberían conducirse los cursos y por qué algunas materias en lugar de apoyar los objetivos curriculares los obstaculizaban.

El anuario de 1991

Los objetivos curriculares de este anuario establecen una característica nueva con respecto al anterior; ya que no sólo se trata de formar historiadores críticos sino también de que éstos puedan insertarse en el mercado de trabajo:

La licenciatura de Historia tiene como objetivo principal la formación de profesionistas que puedan desempeñarse en oficio de historiador, investigando, enseñando y difundiendo la historia de México y de otras sociedades desde una perspectiva crítica.



Esto es, el marco de las características que el historiador ha de tener no sólo son parte de la formulación de una historia crítica, además tiene que permitir el acceso a las fuentes de trabajo. Sin embargo, el único elemento nuevo de los objetivos curriculares de este anuario con respecto al anterior es el de la difusión de la historia, los otros dos ya estaban considerados.

De hecho podemos decir que al respecto hay pocos cambios significativos entre este anuario y el anterior al nivel de los objetivos curriculares.

La incorporación más importante es el acercamiento con la antropología: "debe además favorecer el desarrollo de las aptitudes que implica el trabajo interdisciplinario, en particular con las ciencias antropológicas" que se ve materializado en cursos que se ocupan de los trabajos antropológicos con respecto a las culturas no-occidentales y en materias técnicas. Lo cual se explica por el acercamiento general que la historiografía ha tenido con respecto a los enfoques, objetos y técnicas de la antropología, por ejemplo, la historia social inglesa o la escuela de los annales.

El nuevo anuario ya no incorpora de forma explícita la definición de la historia como concreta aun cuando no necesariamente significa que se abandona del todo. En todo caso nos propone una forma particular de lo que significaría la formulación de una historia crítica, sobre todo en lo que respecta a los objetos de estudio: historia comunitaria, regional y social.

El desglose de los diferentes significados de lo que sería la historia crítica se encuentra más bien en los objetivos de cada área en particular.

En el AT se mantiene la tendencia que sustentaba en historiografía no sólo al mantener los antiguos contenidos sino al desdoblarnos en toda el AT (como develamiento del discurso histórico burgués) y se reafirma el desplazamiento de la perspectiva estructuralista de la historia como visión hegemónica.

En el AI, si bien en la subárea de historia universal se postula una reconstrucción que exponga los principales mecanismos de la totalización de la historia de Europa sobre el planeta, en la subárea de la historia de México, aun cuando postula su adscripción en la historia social, no se ve que hayan podido superar los elementos que impidieron la formulación de



una alternativa de interpretación, aquí la tarea ha quedado pendiente. Entonces lo que tenemos de nuevo entre éste y el anuario 1980-1990 es que la definición ideológico-política no consiste en una sola perspectiva sino en varias, por lo que surge una pregunta que en los anuarios no se responde: ¿cómo se gestionará la pluralidad de ópticas sobre la historiografía? El punto de partida para su discusión puede ser el de considerar su comunidad de origen.

Como pudimos observar en los resultados del apartado anterior existe en el plan un balance mucho mayor entre las áreas que corresponderían a los diferentes elementos de enseñanza-aprendizaje apuntados en el plan anterior; es más, la investigación se convierte en la segunda mitad del plan en el eje que vertebra el currículum, lo que quiere decir que en el anuario nuevo, en lo fundamental, sigue con los objetivos del anuario anterior y que intenta materializarlos.

Aún con estos propósitos tenemos que la formación de docentes y el aprendizaje de la difusión de la producción historiográfica no queda del todo resuelto. Se podría pensar que el AE resolvería el problema pero si contempla-

mos su estructura existe en ella indefinición de su orientación, coexisten materias instrumentales, informativas, de investigación y de especialización (léase docencia y difusión). Es menester que los creadores de este anuario vuelvan a discutir la organización, funciones del AE y resuelvan en consecuencia el lugar de la especialización del currículum.

Comentarios

Para hacer el análisis recurrimos a combinar tres enfoques distintos, detectando qué áreas, temas, cantidad de cursos, énfasis en materias obligatorias/optativas presentaba: 1) Cada anuario bajo su propia perspectiva; 2) Cada anuario bajo el esquema del otro plan; y 3) Determinar los cambios mayores que se dieron. Este análisis nos permite, sin ser concluyentes, exponer las siguientes aproximaciones:

a) Los cambios se observan desde la presentación gráfica de las materias y las áreas; pero más relevancia tienen los cambios detectados en cuanto a la distribución cuantitativa (en números absolutos y —sobre todo— relativos).

b) Aun cuando pudiera expresarse que cuantitativamente no hubo cambios mayores y que se privilegió la reordenación por áreas, la transformación más importante se da en el enfoque temático y en el tratamiento de conjunto que se le da al anuario reciente.

c) En cuanto al equilibrio distributivo entre las áreas es muy equitativo en el anuario 1980-1990, a partir del análisis bajo su propio esquema (la distancia máxima es entre el primer lugar, AI: 33.3 por ciento del cuarto lugar, AINV: 16.6 por ciento); sin embargo, a partir del esquema del anuario vigente, el anuario 1980-1990 es el anuario con mayor desequilibrio distributivo (52.1 por ciento entre el primer y el cuarto lugar).

d) En el anuario nuevo se tiende a que el arreglo temático sea semestral (relación horizontal) y que las cargas semanales sean por criterios temáticos y no administrativos.

e) Los creadores del anuario 1980-1990 al analizar el anuario vigente concluirían que se reforzó AI (más del tres por ciento) y principalmente AINV pues pasó de ocho por ciento en 1980-1990 a dieciséis por ciento en 1991 (diecisiete por ciento más) por su parte AT permanece igual y AEP casi desaparece. Parecería que los creadores del anuario 1980-1990 dirían que a los creadores del nuevo plan les preocupa sobre todo la investigación, aunque vimos que los cambios en AI y AT no son cuantitativos sino temáticos.

f) Para los creadores del nuevo anuario AI disminuyó de 52.1 por ciento en 1980-1990 a 34 por ciento en 1991. AT permanece casi igual, se reforzó AINV y se creó AE; es decir, en este último el historiador debe contar con las herramientas teóricas y de diseño de investigación sin resaltar el elemento informativo; el alumno debe aprender a investigar e interpretar/explicar antes que ubicar cronológicamente los hechos.

g) Es preciso que los planes de estudio plasmen los objetivos curriculares (el diseño del perfil del historiador), pero que su definición rebase la personalización para convertirse en un anuario institucionalizado, que cuente con dos características contradictorias: 1) que sea tan rígido como para evitar su desmoronamiento/incumplimiento al no contar más con la presencia física de sus creadores; y 2) que sea tan flexible como para que su evaluación, a partir de los nuevos requerimientos (sociales y académicos) y posibilidades (económicas, políticas, legales, académicas) generen adecuaciones que enriquezcan su planteamiento.

De cualquier forma, los anuarios son una idealización que se ve limitada por problemas de organización, de conformación de planta de maestros —que no necesariamente comparten-conocen los objetivos del anuario—, de recursos. De no incidir en esos niveles, cualquier propuesta académica de docencia pierde su calidad generando alumnos con formación autodidacta y que estaría más alejado de discutir los problemas que el anuario busca definir.

De manera inversa resulta imposible que el plan de estudio resulte operable si sólo se le piensa instrumentalmente (tantas materias, tantos semestres), pues las aptitudes y tareas del historiador a formar se definen a partir de la problemática social y disciplinaria; es decir, sólo puede haber claridad desde el momento que existe una definición político-ideológica del para qué y del cómo de una licenciatura en Historia.

No es la homogeneidad lo que se logra al controlar el desarrollo de un plan de estudio; se busca definir y jerarquizar las problemáticas básicas académicas y sociales, así como las interrelaciones entre ellos.

El historiador debe evaluar el proceso de cambio de la formación de los profesionistas en su disciplina, en la búsqueda de los argumentos de relevancia académica de ciertas problemáticas y enfoques teóricos que se discuten en la historiografía actual.

Es importante hacerlo en los anuarios de la licenciatura en historia de la ENAH, pues aunque son únicamente dos los anuarios que se han registrado en ella, deben marcar una relación entre los requerimientos académicos y los requerimientos de uso social del quehacer histórico.

Se incrementa su relevancia por dos razones: primera, aunque la Escuela Nacional de Antropología recibe la denominación "y de Historia" por convenio con la UNAM y el Colegio de México en 1946,¹ es hasta 1980 que se inicia la impartición de cursos de historia a nivel licenciatura —y actualmente cuenta con talleres de maestría—; y segunda, la relación en cuanto propuestas académicas del campo antropológico e histórico para la resolución conjunta de discusiones sobre los procesos de cambio y variabilidad de los grupos humanos.

¹ Julio César Olivé y Augusto Urteaga, *El INAH, una historia*. INAH; México, 1988.

SOBRE EL DISCURSO MEDICO-INDIGENISTA INSTITUCIONAL (1955)

Ramón Martínez Coria

Introducción

Durante el último año de gobierno del presidente Lázaro Cárdenas se fundó el Instituto Nacional Indigenista y con él una nueva etapa de la política indigenista oficial en México, con la que el Estado ha logrado una intervención más eficaz entre los grupos étnicos.

Desde principios de los años cuarenta se implementaron proyectos y programas institucionales para el desarrollo de esos grupos, pues se argumentaba que vivían un inevitable proceso de aculturación en función de una formación social endocolonial caracterizada por la relación de las *metrópolis mestizas* con sus *hinterlands indígenas*. Esta interacción, se pensaba, tarde o temprano latinizaría a los grupos étnicos y acabaría por integrarlos a la cultura nacional.¹

Los objetivos fundamentales de los programas impulsados por el nuevo organismo gubernamental fueron la salud, la educación y la productividad; tales objetivos logrados en mayor o menor grado repercutieron finalmente en toda la vida cultural de los grupos étnicos de la nación mexicana.

En el campo de la salud se implementaron proyectos interinstitucionales de diferentes alcances. Entre 1949 y 1955, Gonzalo Aguirre Beltrán como autoridad académica, tanto en la medicina como en la antropología, dirigió investigaciones y aplicaciones con criterios que

fueron decisivos para la transformación de las condiciones sanitarias y políticas en esas *regiones de refugio*.

Para 1955, la Secretaría de Salubridad y Asistencia (SSA) y el Instituto Nacional Indigenista (INI) organizaron y asumieron los *Programas de Salud en la Situación Intercultural* con lo que se pretendía formar médicos rurales para entender y enfrentar las dificultades de la práctica médica clínica en zonas poco comunicadas, que no tenían ninguna infraestructura hospitalaria y donde los grupos étnicos desconocían o rechazaban las ideas y las actividades extrañas y hostiles a su propia cultura.

Con el fin de aproximarnos a los problemas planteados en el discurso médico-indigenista institucional, producido por los aparatos del Estado, nos hemos propuesto analizar los manuales de los *Programas de Salud*, antes mencionados, que son textos de carácter didáctico y pedagógico.² El análisis pretende explicitar los mecanismos de integración aplicados durante años para lograr la articulación de los sistemas médicos de los grupos étnicos con el sistema médico científico hegemónico.³ Tal objetivo obliga a recurrir fundamentalmente a dos disciplinas: a la antropología médica y al análisis del discurso (desde las propuestas de la escuela francesa).

El intento de articulación de los dos sistemas médicos no logra superar la contradicción estructural entre pautas culturales tan distintas, lo que puede constatarse fácilmente con los resultados logrados con tales programas. En realidad, una posible articulación implica procesos de intercambio cultural a largo plazo, que parecen no estar nunca contemplados en los proyectos sexenales.

Por lo expuesto hasta el momento, no realizo un análisis solamente lingüístico de los textos de estos *Programas*, ni estudio todas las condiciones sociopolíticas de los grupos étnicos frente al Estado mexi-

² Sobre el concepto "discurso" y "texto" existen varias tendencias metodológicas; en este caso se considera texto como la superficie formal, el producto del discurso. Estas diferencias pueden verse en la posición que sustenta Teun Van Dijk frente a la que sostiene Michel Pécheux.

³ Sobre este planteamiento el presente comentario forma parte de los avances de una investigación más amplia, en donde sostengo que los aparentes mecanismos de articulación, entre los sistemas médicos vernáculos de los grupos étnicos con la medicina clínica institucional, hoy siguen siendo una estrategia mayor de fatal desarticulación de las formas simbólicas de los grupos étnicos.

¹ Gonzalo Aguirre Beltrán, *Programas de salud en la situación intercultural*, IMSS-INI, México, 1980



cano. Específicamente analizo una de las prácticas discursivas institucionalizadas, generada a partir de la *inevitable* integración de los grupos étnicos a la nación mexicana.

De este modo, los grupos étnicos aparecen como el objeto discursivo nuclear de un campo semántico construido en torno a la salud institucionalizada; este objeto discursivo, expresado en diferentes sintagmas, transita del discurso médico institucional al discurso antropológico indigenista. Ponemos especial interés en la construcción de los objetos discursivos más concretos *indios/indígenas* y *Programas de Salud*, como núcleos de la política de salud pública desarrollada en el periodo del presidente Adolfo Ruiz Cortines.

Las prácticas discursivas institucionalizadas que estamos analizando, establecen una interacción entre el sujeto del discurso y los diferentes interlocutores del mismo, como son: el receptor directo, los médicos rurales, el receptor indirecto, los grupos étnicos; esta problemática de la interacción intersubjetiva será retomada con mayor exhaustividad en el apartado segundo.

Los criterios de selección del corpus discursivo

Nuestro objeto de análisis es el manual de los *Programas de Salud en la situación intercultural* que constituye parte de los discursos para la formación de los médicos rurales. Este texto fue publicado en 1955 por la SSA para recuperar y formalizar las experiencias que, en este campo, tuvieron algunos médicos desde la fundación de los Centros Regionales del INI. Dentro de este manual he seleccionado únicamente el capítulo primero, porque considero que condensa un proyecto que se desglosa en los siguientes.

Considero que los *Programas de Salud* contribuyeron a la construcción de la hegemonía institucional sobre la diversidad de los sistemas culturales, que significaban un problema político para el funcionamiento de la ideología en torno a la identidad nacional mexicana; un ejercicio concreto de esta hegemonía puede observarse en la formación de los médicos indigenistas.

La expansión de los aparatos de hegemonía del Estado mexicano modificó las prácticas discursivas, lo que se observa en el corpus discursivo seleccionado, con el cual se destaca la necesidad de producción de materiales que reproducen los mecanismos de dominación, además de otras modificaciones en las estrategias discursivas que señalaré más adelante.

Para los fines de este trabajo, he descartado el análisis contrastativo con discursos precedentes a esta época, pero debe entenderse que el discurso seleccionado es sólo una variante temporal de una producción discursiva que alcanza casi todo el presente siglo.

Los criterios tipológicos del discurso

En primera instancia, los *Programas de Salud* constituyen un discurso médico-indigenista institucional ya que tienen como componentes fundamentales la medicina institucional y el indigenismo, y como objetivo específico complementar la formación académica de los médicos institucionales. Este último aspecto, por otro lado, los ubica como un subtipo de discurso didáctico-pedagógico, por el criterio de su función orientada a la atención sanitaria de los grupos étnicos.

Otro componente importante de los *Programas* es el político porque éstos buscaban un *efecto performativo* que condujera a los médicos indigenistas no sólo a la transformación de las condiciones sanitarias y epidemiológicas sino de los hábitos, las costumbres, las ideas y, en última instancia, de los sistemas sociales de los grupos étnicos para ser incorporados al desarrollo de la economía de mercado regional y nacional. Esta función política del discurso aparece oculta en axiomas de aparente científica que se refieren clínicamente a los problemas de salud de los grupos étnicos, como ejemplificamos más adelante.

La estructura temática del discurso está conformada en torno a la comparación de los elementos de los sistemas médicos vernáculos con los del médico científico; esta estructura tiene como objetos discursivos la alud institucionalizada y la relación de ésta con los grupos étnicos para su integración.

Contexto sociohistórico y prácticas del discursivas: Las condiciones de producción y recepción del discurso

Para entender cómo las prácticas discursivas médico-indigenistas de los *Programas de Salud* permitieron la reproducción de la ideología del nacionalismo mexicano, y en el caso de los médicos rurales cómo fue posible la reproducción del proceso cognoscitivo de los sistemas médicos vernáculos de los grupos étnicos, es necesario el análisis de las condiciones de producción de ese discurso.

La formación social mexicana

La categoría de formación social, tal como está construida en el materialismo histórico, nos permite un análisis explicativo de la nación y del Estado mexicano en el período que nos interesa. Además, la antropología marxista recupera tal categoría y la amplía para considerar un *sujeto sociocultural* que trascienda un sujeto exclusivamente clasista; tal problemática es bastante interesante, pero no la desarrollo en el ámbito de este trabajo.

En el análisis de la formación social mexicana, sólo me ocupo del periodo que va de 1952 a 1958, cuando México se inserta en el panorama mundial como uno de los países latinoamericanos con mayor crecimiento económico, generado por el reacomodo del mercado mundial desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Este periodo se caracterizó por una nueva división internacional del trabajo, y nuestro país vivió una rápida industrialización por la vía de la sustitución de importaciones, lo cual hizo necesario pasar de productores de materias primas a la producción y exportación de manufacturas y petróleo en gran escala.

También fue importante la expansión del mercado interno, la construcción de hidroeléctricas, la tecnificación del agro, la instalación de canales de telecomunicaciones, la ampliación de la red de carreteras y la consolidación del poder político y económico de los grandes capitales transnacionales.

Como consecuencia de ello, aumentaron las poblaciones urbanas que ya concentraban un poco menos de la población total, lo que

redundó en el crecimiento de las ciudades—sobre todo la de México—, por efecto de la explosión demográfica y los grandes movimientos migratorios.

Para fines de la década de los cincuenta, las prácticas discursivas relacionadas con las tesis del desarrollismo económico se modificaron para impulsar el crecimiento con importaciones tecnológicas, el endeudamiento externo y la promoción turística.

Sin embargo, esos cambios en lo político-económico no siempre impactaron favorablemente a las poblaciones campesinas —y mucho menos beneficiaron a los grupos étnicos—, aunque sea cierto que se modificaron las relaciones de clase, con lo que se generó una clase media urbana que se convirtió en una fuerza política de gran importancia, y por ende uno de los objetos discursivos nucleares de las prácticas institucionales.

Para los grupos étnicos, por el contrario, las prácticas discursivas lograban persuadirlos que el gobierno de la Revolución cumplía con los ideales sociales, lo que vino a reforzar el ejercicio de la hegemonía de los sectores mestizos para la dominación de los grupos étnicos.

El fortalecimiento del Estado mexicano se realiza con base en una producción discursiva institucional de carácter radical y a estrategias autoritarias en la mediación entre los diferentes sectores sociales, incorporándolos a las instituciones y anulando discursiva y físicamente cualquier disidencia para consolidar una ideología nacionalista que aparecía sustentada en un supuesto consenso político.

Sin embargo, esta situación de control total sobre las condiciones de producción del discurso y con ello la sustentación de las políticas sociales, hoy ha cambiado como lo demuestra el artículo sobre la expulsión que del INI hicieron en las comunidades yaquis de Rosa Rojas.⁴

La decisión de tribu yaqui de expulsar al Instituto Nacional Indigenista generó preocupación en las esferas oficiales, “y no tanto por la institución sino por la decisión. No tiene gran impacto que haya sido golpeado el INI como una institución

⁴ La Jornada, 20 y 23 de septiembre de 1990.



pequeña... sino que la tribu haya decidido sacar a una institución. Generó preocupación porque han de decir que el problema es empezar”, afirmó Plutarco Sánchez, funcionario de *Proasol*.

“...una vez que tomó la tribu la decisión, el gobierno estatal empezó a colaborar con la comisión de la tribu para impulsar mecanismos que sustituyan lo relevante del INI, que era Salud, pues contaba con una unidad médica móvil y un odontólogo y los albergues”—añadió Sánchez, quien es también secretario técnico de la Comisión Coordinadora del Plan Integral de Desarrollo de la Tribu Yaqui.

En la actitud de las dependencias hacia la tribu “hubo algún cambio. “Hay y va a seguir habiendo ese rechazo de las instancias del gobierno hacia la tribu. Esto es lógico, al ser yaqui eres un revoltoso, eres grillo o antiinstitucional, pero ahora son más diplomáticos para mandarte a la chingada”—afirmó Silverio Jaime León, secretario de las Autoridades Tradicionales de Bacúm y jefe de zona de la Dirección de Educación Indígena de la SEP.

Lo que pasa es que la tribu [continuó] rebasó a la institución en la capacidad de gestión y de decisión, pero si ellos entendieran todo el sentido y no dividieran las fuerzas, ...todavía estarían trabajando normalmente”.

En realidad, este capítulo sociopolítico en los últimos años de la década del cincuenta quedó marcado por la represión exacerbada contra los movimientos y las prácticas discursivas sindicales de los maestros, de los trabajadores petroleros y de los electricistas: el consenso se sustituyó por el autoritarismo.

La formación ideológica

La formación ideológica es una categoría que permite aprehender la complejidad del funcionamiento ideológico, que pasa por las contradicciones, las oscilaciones, las interpelaciones que podemos observar en su materialidad más primigenia, los discursos. En efecto, la producción discursiva del Estado de la revolución mexicana no ha tenido posiciones ideológicas unívocas, sino que ha expresado contradicciones que oscilan entre una conciencia revolucionaria y una conciencia fetichizada por la lógica del poder del Estado.

Igualmente, en el plano mundial, la lucha por la hegemonía ideológica entre la Unión Soviética y los Estados Unidos—desde el fin de la Segunda Guerra Mundial— se materializó en los discursos de la Guerra Fría.

En particular, para América Latina, el anticomunismo se constituyó como el objeto discursivo más importante, fenómeno que se explica porque los aparatos de hegemonía norteamericanos ya disponían de nuevos canales de comunicación masiva, situación que ayudó también decisivamente en la consolidación de la penetración económica, política y militar; sin embargo, como he señalado respecto a las contradicciones que siempre existen en el funcionamiento ideológico, la década de los sesenta quedó profundamente marcada por el triunfo de la revolución cubana en 1959.

En México, la ideología de la revolución mexicana manejada como componente básico del discurso cardenista impulsó organizaciones sindicales, populares y paraestatales, que perduraron hasta la década de los sesenta, permitiendo la expansión de los aparatos de hegemonía, así como de burocracias ordenadoras de ideas y acciones encaminadas a la integración de los sectores sociales del país en torno al gobierno de la Revolución. El Estado mexicano se abocó entonces a la consolidación de una identidad nacional, al diseñar y realizar proyectos institucionales que dictaron los modelos de educación, para la productividad y para la salud, principalmente.

Es interesante destacar que los aparatos de Estado que desempeñaron un papel decisivo en la atención para la salud de los grupos étnicos funcionaban con proyectos interinstitucionales que permitieron una mayor cobertura y una más profunda intervención en los sistemas culturales de tales grupos.

Dentro del discurso antropológico indigenista dominaban las ideas de desarrollismo económico y en menor medida las cuestiones de





ecología. Las esquematizaciones de su objeto discursivo principal giraban en torno al devenir de los grupos étnicos que estaban marginales del proceso de desarrollo nacional.⁵

Teóricamente, desde el materialismo cultural y luego desde el materialismo histórico se analizaban las regiones económico-culturales, donde las relaciones interétnicas se transformaban y se diluían en nuevas relaciones de clase que la expansión del capitalismo y la modernidad científica exigían.⁶

En las prácticas discursivas estatales no se evidenciaba con claridad la relación entre dos objetos discursivos: *los campesinos* y *los indígenas*. Tales objetos eran construidos y tratados como problemáticas de algún modo distintas. Sin embargo, el Estado requería una homologación entre estas dos dimensiones, para lograr la integración del campo, y su desarrollo enunciado y postulado por la Revolución. Por otro lado, para defender la necesaria integración entre los campesinos y los grupos

étnicos, se argumentaba que las relaciones interétnicas se subordinaban rápidamente a la estratificación socioeconómica con el desarrollo de las relaciones capitalistas de clase sobre las de carácter intercultural, lo que significaba la fatal ladinización y desaparición de los grupos étnicos y sus culturas.

La Programación institucional de la Salud de los grupos étnicos, según planteaba Aguirre Beltrán, debe considerar que una parte de su identidad cultural radica en sistemas médico-religiosos que no son suficientes ni para lograr auténticas curaciones, ni para prevenir determinadas enfermedades; tales argumentos justificaban la imprescindible capacitación especializada de médicos indigenistas que *indianizaran* las ciencias médicas, adaptándolas a las concepciones del mundo de esos grupos, para que fueran aceptadas.

Más que la posibilidad real de *indianizar* las ciencias médicas, estamos ante una estrategia discursiva que buscaba un efecto político en favor de la institución y constituyó, en realidad, una forma de eficacia simbólica en contra de los sistemas médicos vernáculos de los grupos étnicos.

Las coyunturas del indigenismo

Desde la década de los cuarenta, el discurso indigenista había cobrado importancia con la celebración del *Primer Congreso Indigenista Interamericano* de 1940.

Algunos años antes, se fundó la Escuela Nacional de Antropología y con ello se establecieron convenios interinstitucionales para la inversión de capitales nacionales y extranjeros en proyectos relacionados con el mejoramiento de las condiciones de existencia de las comunidades campesinas en general y de los grupos étnicos en particular.

En 1948, se fundó el INI al mismo tiempo que se instaló en la ciudad de México la sede del Instituto Indigenista Interamericano, y entre 1951 y 1954 se crearon los primeros diez centros coordinadores regionales del INI.

Este proceso de creciente interés institucional por la cuestión étnica tuvo su cresta en los primeros años sesenta con la fundación del Museo Nacional de Antropología.⁷

Cada uno de estos eventos fue impactando las prácticas discursivas institucionales al perfilar nuevos objetos discursivos, generar cambios de sentido, establecer cortes⁸ que correspondieron finalmente a las diferentes coyunturas en las que el gobierno de la Revolución logró expandir su control sobre la producción discursiva del indigenismo, para contradictoriamente ir en contra de los intereses mismos de estos grupos étnicos, que aparecían redundantemente como objetos discursivos tan importantes.

Es en este sentido que la instalación de los centros regionales del INI produce una coyuntura, cuyo efecto político favoreció la actividad institucional en la organización de los grupos étnicos. La relación interinstitucional de la SSA y del INI produce dispositivos estratégicos como los *Programas de Salud* para imponer a los grupos étnicos los valores de la nacionalidad mexicana.

⁵ Javier Téllez Ortega, "La época de oro", en *La antropología en México*, INAH, México, 1987.

⁶ Rodolfo Stavenhagen, "Clases, colonialismo y aculturación", en *Las clases sociales en México*, editorial Nuestro Tiempo, México, 1968.

⁷ Téllez, *op. cit.*

⁸ Regine Robin, "El campo semántico de la feudalidad en los 'Cahiers de doléances' generales de 1789" en *Estudios de historia social*, Revista del IESSS, número 2-3, Madrid, julio-diciembre de 1977.

Los *Programas de Salud* son el resultado de un proceso de interdiscursividad entre diferentes aparatos de hegemonía y, por lo tanto, transitan por dos prácticas discursivas institucionales: la médica científica y la indigenista. Más ampliamente, en esta interacción discursiva en que fueron producidos los *Programas* de 1955, aparecen también una serie de discursos referidos que son producidos por los grupos étnicos y que remiten a las prácticas médico-religiosas vigentes en esas comunidades.

Analisis del discurso médico indigenista: Los sujetos y la construcción de los objetos discursivos

Los sujetos del discurso en la dimensión enunciativa

Consideramos al sujeto del discurso como una instancia colectiva que va desde una dimensión psicológica hasta el lugar desde donde se producen los discursos en determinada formación social.⁹ Por lo tanto, es un sujeto multidimensional que se aleja totalmente de la dimensión exclusivamente individual o personal, posición defendida por tantas filosofías.

El sujeto del discurso de los *Programas de Salud* está constituido por una compleja dimensionalidad, que pasa por Aguirre Beltrán como intelectual orgánico y llega a los aparatos de hegemonía del Estado mexicano. Tal planteamiento permite explicar desde qué lugar se produce el discurso, y por lo tanto, desde qué posición ideológica, aunque sea necesario afirmar con Pêcheux que tal relación no es directa ni simple.

Las formaciones imaginarias de los sujetos son condiciones de producción del discurso que no son pre o extra-discursivas. En este sentido, los sujetos productores del discurso médico indigenista construyeron como objeto discursivo nuclear a *indio/indígena* dentro de un campo semántico que abarca la infraestructura sanitaria en las comunidades y la *salud* colectiva e individual.

En el problema planteado, los sujetos que pueden hablar están sujetados por las condiciones de control ejercidas desde la producción discursiva hegemónica de los aparatos estatales. Así, el discurso médico-indigenista del gobierno de la Revolución fue determinando la configuración de los sujetos del discurso, tanto de las formaciones imaginarias del productor como de los receptores.

CUADRO I	
Sujeto A	F.I. de A sobre A. F.I. de A sobre B.
Sujeto B	F.I. de B sobre B. F.I. de B sobre A.
Referente	F.I. de A sobre R. F.I. de B sobre R.

En el proceso discursivo generado en torno a la salud institucionalizada para los grupos étnicos, cada sujeto produce diferentes discursos para cada uno de los diferentes interlocutores. En cada situación intersubjetiva se modifican los efectos de sentido al restringirse o ampliarse los significados, al desplazarse a los significantes identificándolos con otros; estos mecanismos explican los cambios de las formaciones imaginarias de los sujetos sobre sí mismos y sobre los objetos discursivos.

En este análisis, no me detendré en los sujetos productores, sino en evidenciar los sujetos receptores de tales discursos, y cómo están marcados enunciativamente. Se observan dos tipos de sujetos receptores:

a) Receptor directo: los médicos indigenistas.

*El Programa por supuesto quedará a cargo de un epidemiólogo altamente capacitado para dirigir y operar un proyecto que tendrá que lidiar con dificultades que emanan de la diversidad de culturas y de los variados niveles de aculturación.*¹⁰

b) Receptor indirecto: los curanderos de los diferentes grupos étnicos.

La inclusión en el personal del Programa de individuos procedentes de las propias comunidades indígenas con un status adscrito es de importancia clave, es tan esencial como la adquiescencia y cooperación de los ancianos.

*El entrenamiento y utilización de estos curanderos en los Programas de Salud ha sido intentado con cierto éxito.*¹¹

Es necesario destacar en el análisis que el receptor indirecto tiene una multiplicidad de *identidades referenciales* en estos discursos institucionales:¹²

... los individuos procedentes de las propias comunidades indígenas con el status adscritos.

Quienes ejercen la medicina tradicional. Muchos de los principales, por la calidad sacra de las funciones que desempeñan.

⁹ Aguirre, *op.cit.*, p. 19.

¹¹ *Ibidem*, p. 20.

¹² Cfr. Teun Van Dijk, *Texto y contexto*, Cátedra, Madrid, 1980.



Esta modalidad de enunciación busca entonces un efecto en la re-
glamentación médico rural-curandero en el que es un imperativo la
conversión del segundo con una aparente adaptación del primero:

*Normas básicas...la primera impone llevar la medicina al
indígena sin esperar que éste venga a la medicina.*

*...descender la medicina científica al nivel de la cultura de la
comunidad.*

*...[se] emplea, fundamentalmente, el proceso de endo-
culturación...para inducir nuevas ideas y mejores prácticas.¹⁵*

Como se evidencia en estos fragmentos discursivos, el objetivo del
discurso, lejos de ser la salud misma de los grupos étnicos, es encontrar
los mecanismos por medio de los cuales, los sujetos que sustentan y
defienden sistemas médicos no científicos sean convertidos en los
principales agentes del cambio hacia la aceptación comunitaria de
nuevos hábitos e ideas que se refieran a su propia salud:

*...curanderos dedicados no sólo a la
atención de la persona enferma sino...al
tratamiento de las causas del malestar
social.*

Curanderos y comadronas.

*Comuneros que aún no alcanzan tan
elevada posición...pero que están abo-
cados a ejercer con el tiempo el papel de
dirigentes.¹³*

Ese receptor indirecto es en realidad uno de
los objetos discursivos nucleares de los *Progra-
mas*. Se ha resaltado que aparece con varios
lexemas y en varios sintagmas, problemática
que ameritaría un análisis posterior.

El discurso presenta también una función
performativa que induce a una relación entre el
receptor directo y el indirecto. La intención es
que, finalmente, el médico rural se identifique
cabalmente con el sujeto productor del discurs-
so, las instituciones y convierta a los curanderos
en receptores directos de la capacitación
científica indicada en los Programas:

*El personal profesional y subprofesional,
a cuyo cargo queden las distintas fases
del Programa, habrá de contar con una
correcta preparación científica y el propio
personal de base, reclutado en las comu-
nidades indígenas, sufrirá el adiestra-
miento requerido para su adecuada
capacitación.¹⁴*

¹³ Aguirre, *op.cit.*, p. 15-32.

¹⁴ *Ibidem*, p. 19.

*En la situación indígena la consecución de una conducta
higiénica impone modificaciones profundas en los elementos
de una cultura.*

*...significa un compromiso con las creencias y prácticas
mágico religiosas de las comunidades indígenas que habrán
de ser respetadas ...al incluir ideas y patrones de acción
rationales con el fin de ayudar al indígena a reinterpretar los
nuevos elementos ...para lograr una conducta higiénica.*

*...no quiere decir que la indigenización de la medicina cientí-
fica llegue a tal punto que pase por alto creencias y prácticas
altamente nocivas o que pongan en peligro el tratamiento
moderno.¹⁶*

La estrategia discursiva está sumamente bien construida para que
los receptores perciban con claridad el objeto discursivo explícito
que quiere transmitirse; sin embargo, un análisis más detenido de los
argumentos permite develar el objeto discursivo implícito que es moder-
nizar los sistemas de salud que utilizan *los indígenas*, y no propiamente
la búsqueda de una integración que parte del respeto a los sistemas
médicos de los grupos étnicos. En efecto, el descubrimiento del juego de
lo explícito y lo implícito y su fundamental importancia para el funciona-
miento de lo ideológico, de la persuasión, es uno de los aportes más
fecundos del análisis del discurso.

La construcción de los objetos discursivos

En el discurso de los *Programas de Salud en la situación intercultural*,
considero dos objetos nucleares con sus variantes sintagmáticas:¹⁷

Primer objeto nuclear: *Programas de Salud interculturales*

Variantes:

—Programas.

¹⁵ *Ibidem*, p. 15-32.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ Para mayor amplitud, véase Anexo: *los enunciados base del análisis*.

- Programas de Salud.
- Programas de desarrollo.
- Programas de desarrollo regional integrales.
- Servicios.
- Servicio social.

Segundo objeto nuclear: indios indígenas

En este objeto discursivo observamos dos dimensiones, una, de referencia general y otra, de referencia particular.

Variantes de referencia general:

- Indios.
- Indígenas.
- Pueblo.
- Grupo subordinado.
- Comunidades.
- Comunidades indígenas.
- Campo indígena.
- Zona indígena.
- Sociedades indias.

Variantes de referencia particular:

- Mandonos.
- Principales.
- Curanderos.
- Médico-hechiceros.
- Quienes ejercen la medicina tradicional.
- Individuos con *status*.
- Interesados.

1. Análisis del primer objeto discursivo nuclear: Programas de Salud interculturales

En primer lugar, observamos que en este objeto discursivo existe una variación léxica entre *Programas de Salud* y *Servicio social*, que permite establecer una equivalencia entre los dos sintagmas por considerarlos de un mismo campo semántico:

Los Programas de Salud son implementados por el Estado.

Los Programas de Salud son financiados por el Estado.

Los Programas de Salud son un servicio social.

La población tiene derecho al servicio social.

La población tiene derecho a los Programas de Salud.

La construcción de este objeto discursivo pasa por una serie de predicaciones que establecen determinadas clases de equivalencia. Los predicados-base abarcan las modalidades del *ser*, *hacer*, *deber ser* y *deber hacer*. Por el tipo de discurso que estamos analizando, las cargas valorativas de tal objeto discursivo son siempre positivas, aunque aparezcan algunas negativas pero son secundarias. Para visualizar mejor tales construcciones, diagramo los enunciados por grupos:

Los Programas de Salud son:

- Un servicio social a la población.
- Parte de un Programa de desarrollo integral.
- Acoplados a un Programa integral de cambio cultural.



Los Programas de Salud *deben*:

- Llevar la medicina al indígena.
- Estar *dotados* de movilidad e iniciativa.
- Superar la dispersión de la población.
- Generalizar una conducta higiénica.
- Alcanzar niveles de salud acordes con el progreso de la medicina científica.
- Inducir nuevas ideas.
- Inducir mejores prácticas.

Los Programas de Salud *deben*:

- Modificar conductas inconvenientes.
- Recondicionar patrones de conducta.
- Realizar un profundo cambio cultural.
- Impulsar costumbres sanitarias.
- Impulsar hábitos Saludables.
- Impulsar patrones de conducta.
- Integrarla medicina al contexto cultural.

Los Programas de Salud *requieren conectarse* con programas de:

- Mejoría económica.
- Desarrollo agrícola.
- Organización social.
- Control social.
- Educación básica.
- Gobierno.

El Programa de Salud:

- Modifica* las prácticas tradicionales de medicina.
- Libera* a las comunidades indígenas de la ansiedad.
- Menoscaba* la autoridad de los ancianos.
- Menoscaba* el control social de los ancianos.
- Repercute* sobre la economía.

—*Perturba* la economía de subsistencia de las comunidades.

—*Controla* brotes epidémicos.

—*Origina* disminución de la criminalidad.

—*Merma* las muertes violentas de brujos y hechiceros.

—*Interviene* en todos los aspectos de la cultura.

—*Eleva* los niveles de aculturación de las comunidades.

—*Favorece* la integración nacional.

En este último grupo, la construcción del objeto discursivo lo articula directamente con el segundo objeto nuclear: *indios/indígenas*. La modalidad del hacer, materializada en diferentes predicados, amerita un análisis posterior, pero podemos afirmar que abarca cargas valorativas positivas y negativas.¹⁸ En síntesis, la construcción del objeto discursivo *Programas de Salud* tiene como objetivo principal convencer a las comunidades indígenas de sus "bondades", o sea, convencerlas de que mejorará la salud colectiva y que se permitirá la existencia de los brujos y hechiceros.

2. Análisis del segundo objeto discursivo nuclear: indios/indígenas

En este objeto discursivo se busca la construcción de una formación imaginaria de los grupos étnicos que se quiere difundir e implementar como la verdadera; tal cons-

trucción pasa básicamente por las modalidades del *ser* y del *hacer*. Las cargas valorativas, en oposición al objeto discursivo anterior, son más bien negativas que positivas, como se evidencia en los enunciados siguientes:

Los indígenas:

—*Habitan* en comunidades dispersas.

—*Habitan* con una cierta independencia.

—*Poseen* una cultura diferente a la nacional.

—*Presentan* diferentes niveles de integración.

—*Viven* condiciones desventajosas de salubridad.

—*Ignoran* la causalidad natural de las enfermedades.

—*Se ven compelidos* a solicitar tratamiento clínico.

—*Están obligados* por incapacidad y sufrimiento.

Todos estos enunciados producen un sentido discursivo específico sobre los grupos étnicos, que aquí aparecen como indígenas, y esto es importante porque tal sentido está construido con base en una formación ideológica dominante, con lo cual podemos justificar por qué nuestro análisis no puede ser exclusivamente lingüístico.

La secuencia de enunciados, en algunas ocasiones, conforma un silogismo lógico complejo con las mismas intenciones de intervención y de persuasión:

—En las comunidades indígenas gobiernan principales y mandones.

—Los mandones motivan la acción de la comunidad.

—La acción de la comunidad asegura el éxito del Programa.

—Los mandones se atribuyen poder mágico.

—Los mandones conservan el estado de cosas.

—Los principales son curanderos.

—El entrenamiento y la utilización de curanderos en los Programas se ha intentado con éxito.

—Las capacitación de curanderos es posible mientras no modifiquen las actitudes y creencias.

Otros enunciados son más sutiles:

—Algunos comuneros jóvenes que tienen un status adscrito, ejercerán con el tiempo el papel de dirigentes, no tienen conocimientos mágicos.

—La ausencia de conocimientos mágicos facilita el entrenamiento de comuneros jóvenes en la medicina científica.

Finalmente, encontramos enunciados que están dirigidos casi exclusivamente a los médicos indigenistas, receptores directos de este discurso:

El conocimiento de la medicina indígena:

—*Permitirá* al médico adscribir nuevos valores.

—*Facilitará* la aceptación del médico en la comunidad.

—*Permitirá* las continuidades del Programa.

La religión del indígena:

—*Influye* sobre la medicina.

—*Influye* sobre la economía.

—*Deriva* de conceptos mágico-religiosos.

La construcción de objetos discursivos analizados, su ubicación en campos semánticos permitió establecer los mecanismos de la cons-



¹⁸ Cfr. Robin, *op.cit.*

trucción del sentido que pasó por analogías, equivalencias, oposiciones, exclusiones, ampliaciones y restricciones. De hecho, intentado llegar a la macroestructura semántica de este discurso, que obviamente rebasa los límites de la frase, como plantea Van Dijk.¹⁹

La estrategias discursivas utilizadas en los *Programas de Salud*, como he señalado, contribuyeron decididamente y aún lo siguen haciendo, en la construcción de la hegemonía del Estado mexicano. Sin embargo, la hegemonía nunca logra limar todas las contradicciones y, el discurso de la antropología indigenista, que procuró apoyarse en el carácter cientificista del discurso médico para construir un consenso político, si lo logró, no lo pudo sostener. Hoy, más que nunca, el ejercicio de la hegemonía es un ámbito de gran tensión discursiva para la antropología. Las relaciones interétnicas han sido ambiguas y permanentemente negadas, porque las comunidades étnicas no son reconocidas como sujetos interlocutores del Estado, sino como objetos burocráticos del consenso político.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Regiones del refugio*, INI, México, 1962.
—*Medicina y magia*, INI, México, 1963.
—*Programas de Salud en la situación intercultural*, IMSS-INI, México, 1980.
—*Antropología médica*, La casa chata, México, 1985.
Bambirra, Vania, *El capitalismo dependiente latinoamericano*, Siglo XXI Editores, México, 1974.
Bartra, Roger, *Breve diccionario de sociología marxista*, Grijalbo, México, 1978.
Benveniste, Emile, *Problemas de lingüística general*, Siglo XXI Editores, tomos I y II, México, 1979.
Carbo, Teresa, "El debate indigenista en México", en *Discursos*, número 3, enero-abril, CCH-UNAM, México, 1984.
Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, tomos I y II, México, 1969.
Escurre, Ana María, *Agresión ideológica contra la revolución sandinista*, IEPALA, Madrid, 1983.
—Religión y política, IEPALA, Madrid, 1986.
España Caballero, Arturo, "La presencia social y el populismo nacionalista", en *La antropología en México*, INAH, México, 1987.
Foucault, Michel, *El nacimiento de la clínica*, Siglo XXI Editores, México, 1966.
—*El orden del discurso*, Tusquets Editores, Barcelona, 1980.
Franco, Víctor, *Tesis de licenciatura*, ENAH, México, 1987.
Giménez, Gilberto, *Poder, Estado y discurso*, UNAM, México, 1980.
—"Discusión anual sobre la argumentación", en *Discursos*, número 10, septiembre-diciembre, CCH-UNAM, México, 1989.
Haidar, Julieta, *Notas sobre un curso optativo de la licenciatura de lingüística/Teoría del discurso*, ENAH, México, 1990.
Hewit de Alcántara, Cinthia, *Imágenes del campo*, El Colegio de México, México, 1989.
Jinich, Horacio, "Algunas notas sobre el discurso médico", en *Discursos*, número 4, mayo-agosto, CCH-UNAM, México, 1979.

¹⁹ Van Dijk, *op. cit.*

Maingueneau, Dominique, *Introducción a los métodos del análisis del discurso*, Hachette, Universidad de Buenos Aires, 1980.

Martínez Cortés, Carlos, *Historia general de la medicina en México*, El Colegio de México, México, 1979.

Monteforte Toledo, Mario, "Comentario a 'Los manuales de historia de la Tercera República Francesa: un problema de hegemonía ideológica' de Regine Robin", en *El discurso político*, México, 1980.

Pêcheux, Michel, *Hacia el análisis automático del discurso*, editorial Gredos, Madrid, 1975.

Perus, Françoise, "Cultura, ideología, formaciones ideológicas y prácticas discursivas" en *Discursos*, número 5, enero, CCH-UNAM, México, 1983.

Robin, Regine, "El campo semántico de la feudalidad en los 'Cahiers de doléances' generales de 1789" en *Estudios de historia social*, Revista del IESSS, número 2-3, Madrid, julio-diciembre de 1977.

—"Los manuales de historia de la Tercera República Francesa: un problema de hegemonía ideológica", en *El discurso político*, México, 1980.

Stavenhagen, Rodolfo, "Clases, colonialismo y aculturación", en *Las clases sociales en México*, editorial Nuestro Tiempo, México, 1968.

Télez Ortega, Javier, "La época de oro", en *La antropología en México*, INAH, México, 1987.

Van Dijk, Teun, *Texto y contexto*, Cátedra, Madrid, 1980.

Voloshinov, V.N., *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1976.



Anexo: Los enunciados base para el análisis

1. Los enunciados que tienen como objeto discursivo el sintagma *Programas de Salud*

Todo *Programa de Salud* requiere la participación de la comunidad. La participación de la comunidad indígena en el *Programa de Salud* se da si se crean motivaciones.

La conducta a seguir no es imponer un *Programa de Salud* rígido. Un *Programa de Salud* rígido resuelve los problemas con normas científicas.

El conocimiento de la cultura permitirá un *Programa de Salud*. El conocimiento de formas de control social permitirá un *Programa de Salud*.

La acción de la comunidad asegura el éxito del *Programa*. La inclusión en el *Programa* de individuos de las comunidades indígenas con *status* es esencial.

El entrenamiento de los curanderos en los *Programas* se ha intentado con cierto éxito.

La utilización de curanderos en los *Programas* se ha intentado con cierto éxito.

La capacitación de curanderos y comadronas es deseable y posible mientras los *Programas de Salud* no modifiquen actitudes y creencias.

Los *Programas de Salud* son implementados y financiados por el Estado.

Los *Programas de Salud* son un *Servicio Social* a la población. La población tiene derecho al *Servicio Social*.

Las posibilidades del erario público son limitadas.

Las comunidades indígenas pueden sostener en parte un *Programa de Salud*.

Las comunidades indígenas tienen la capacidad económica para cubrir *servicios* mínimos.

Los *Programas de Salud* deben ajustarse a ciertas normas.

Los *Programas de Salud* deben llevar la medicina al indígena.

Todo *Programa de Salud* debe estar dotado de movilidad e iniciativa del personal.

Todo *Programa de Salud* debe superar la dispersión de la población indígena.

La finalidad de un *Programa de Salud* es generalizar una conducta higiénica en las comunidades.

La finalidad de un *Programa de Salud* es alcanzar niveles de *Salud* acordes con los progresos de la medicina científica.

El *Programa de Salud* necesita impulsar el establecimiento de costumbres sanitarias.

El *Programa de Salud* necesita impulsar la formación de hábitos Saludables.

El *Programa de Salud* necesita impulsar patrones de conducta para prevenir enfermedades.

El *Programa de Salud* logra sus objetivos con el empleo del proceso de endoculturación.

El *Programa de Salud* logra sus objetivos con procedimientos que proporciona la educación.

El *Programa de Salud* se vale de la educación para inducir nuevas ideas.

El *Programa de Salud* se vale de la educación para inducir mejores prácticas, de renovar hábitos dañinos y de recondicionar patrones de conducta insalubres.

El *Programa* ha menester de la modificación de costumbres inconvenientes.

La educación higiénica está encaminada a realizar un profundo cambio cultural.

El *Programa de Salud Intercultural* variará los métodos de aproximación al problema y descenderá la medicina científica al nivel de la cultura de la comunidad.

El *Programa de Salud* obliga a integrar la medicina al contexto intercultural.

El *Programa de Salud* considera importante la nutrición, el saneamiento del medio, el cuidado materno infantil, la prevención de enfermedades infecciosas, la asistencia curativa clínica y la educación higiénica.

Los *Programas de Salud* son parte de *Programas más amplios de desarrollo integral*.

En los *Programas de Salud* hay una integración de contenido. En los *Programas de Salud* debe haber una integración funcional.

Un *Programa de Salud* no afecta exclusivamente el bienestar físico y mental de individuo, implica también un bienestar social.

Un *Programa de Salud* requiere conectarse con *Programas* de mejoría económica de desarrollo agrícola, de organización social, de control social, de educación básica y de gobierno. Un *Programa de Salud* debe estar acoplado a un *Programa Integral de Cambio Cultural*.

Un *Programa de Salud* modifica las creencias y las prácticas tradicionales de medicina.

Un *Programa de Salud* introduce alteraciones en la religión.

Un *Programa de Salud* libera a las comunidades de la ansiedad.

Un *Programa de Salud* imbuje ideas y prácticas racionales.

Un *Programa de Salud* menoscaba la autoridad y el control social de los ancianos.

Un *Programa de Salud* repercute sobre la economía y crea necesidades de dinero.

Un *Programa de Salud* perturba la economía de subsistencia de las comunidades, las formas de trabajo cooperativos y el sistema de administrar el prestigio.

Las comunidades utilizan el sistema de prestigio para cubrir los *servicios* de los especialistas indígenas de la medicina.

Un *Programa de Salud* controla brotes epidémicos, origina disminución de la criminalidad y merma las muertes violentas de brujos y hechiceros.

Un *Programa de Salud* interviene en la organización social, la educación, las ideas estéticas, el sistema de valores y en todos los aspectos de la cultura.

Los *Programas* elevan los niveles de aculturación de las comunidades y favorecen la integración a la sociedad de las comunidades.

Los *Programas* obtienen una conducta higiénica en el pueblo. Los *Programas de Salud* deben formar parte de un *Programa de Desarrollo Regional Integral*.

Un *Programa de Desarrollo Regional Integral* ataca todas las facetas de la situación intercultural y consigue un bienestar físico, mental y social de la comunidad

2. Los enunciados que tienen como objeto discursivo los lexemas o sintagmas que denotan al sujeto étnico receptor indirecto de los *Programas*:

- En las *zonas indígenas* coexisten los mestizos y los *indios*. Los *indígenas* poseen una cultura distinta a la nacional. Los *indígenas* presentan diversos niveles de integración. Las creencias de los *indígenas* derivan de conceptos mágico-religiosos.
- Las prácticas médicas de los indígenas derivan de conceptos mágico-religiosos.
- Los *indígenas* acuden a *especialistas nativos*.
- En el campo *indígena* la atención al enfermo se lleva a cabo en un ambiente cálido.
- En el campo *indígena* no existe la posibilidad de una intervención quirúrgica.
- El *indígena* vive condiciones desventajosas de medicina y salubridad.
- Pocas veces se da protección sanitaria en la *comunidad indígena*.
- Los *indígenas* se ven obligados a aceptar la atención del hospital.
- La interacción entre los *indios* y mestizos genera tensiones y ansiedades.
- El agua potable no es motivo de preocupación para los *indígenas*. La habitación higiénica y la prevención no son preocupación para los *indígenas*.
- Los *indígenas* ignoran la causalidad natural de las enfermedades. Los *indígenas* no ven la necesidad de ofrecer cooperación por métodos que no comprenden.
- El problema social debe ser sentido como tal por la *comunidad indígena*.
- El problema social debe ser sentido como tal por el *grupo marginado*.
- El problema social debe ser sentido como tal por los *interesados*.
- En las *comunidades indígenas* gobiernan los *principales* y *mandones*. Los *mandones* motivan la acción de la *comunidad*.
- La acción de la *comunidad* asegura el éxito del Programa.
- La inclusión en el Programa e individuos de las *comunidades indígenas con status* es esencial.
- Los *individuos con status* no son sujetos que acepten innovaciones. La autoridad de los *mandones* está respaldada por creencias en el poder mágico.
- Los *mandones* se atribuyen poder mágico.
- Los *mandones* favorecen la conservación del estado de cosas. El estado de cosas ha permitido la subsistencia del *grupo*.
- Los *principales* tienen una función sacra, juegan roles importantes en la resolución de ansiedades por plagas y epidemias y por fenómenos meteorológicos.

Los *principales* son *curanderos*.

Los *principales* son *médicos-hechiceros*.

Los *curanderos* se dedican al tratamiento de las causas del malestar social de la *comunidad* y no se dedican a la atención de la persona enferma.

El entrenamiento y la utilización de los *curanderos* en los Programas se ha intentado con éxito.

En las *sociedades indígenas* los procesos de individuación apenas se inicia.

La capacitación de *curanderos* y *comadronas* es posible y deseable mientras los Programas de Salud no modifiquen actitudes y creencias.

La capacitación de *curanderos* y *comadronas* es difícil en las *comunidades indígenas*.

Quienes ejercen la medicina tradicional son un número considerable y están dispersos en un territorio extenso.

Las ideas y patrones de acción de la *medicina tradicional* son conservadores y están ligados a un *sistema mágico-religioso* y están sostenidos por la presión social.

Algunos comuneros jóvenes tienen un *status* adscrito, ejercerán con el tiempo el papel de *dirigentes* y no tienen conocimientos especializados mágico-tradicionales.

La ausencia de conocimientos mágico-tradicionales facilita el entrenamiento de los *comuneros jóvenes* en la medicina científica.

La participación de la *comunidad* no se limitará a las *personas clave*.

Los *indígenas* se abstienen de concurrir en demanda de auxilio para prevenir o curar los padecimientos y se ven compelidos a solicitar tratamientos porque están obligados por sufrimiento o incapacidad.

El conocimiento de la *medicina indígena* permitirá al médico adscribir nuevos valores, facilitará la captación del médico en la *comunidad* y permitirá la continuidad del Programa.

El sano juicio del médico regulará la aceptación de la medicina por las *comunidades indígenas*.

El *promotor indígena* abre las puertas de la *comunidad*.

Existe interdependencia económica entre *indios* y mestizos. (Hay) *comunidades indígenas* donde la integración de la cultura es aparente, donde las creencias y las prácticas médicas representan una unidad y donde hay unidad de pensamiento y acción.

Las *comunidades* utilizan el sistema de prestigio para cubrir los servicios de los *especialistas indígenas de la medicina*.

Un Programa de Salud merma las muertes violentas de *brujos* y *hechiceros*.

La religión del *indígena* influye sobre la medicina y sobre la economía.

Los Programas obtienen una conducta higiénica en el *pueblo*.



Notas

Mercedes Montes de Oca

El amor de las razones de Roberto Flores Ortiz es una obra de investigación historiográfica que propone una lectura semiótica de la obra de fray Diego Durán, fraile dominico del siglo XVI, autor de *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, una historia de los mexicas.

El amor de las razones está dividida en cuatro partes, de las cuales la primera ubica la circunstancia histórica de Durán gracias a la cual es posible acceder a los elementos que dan forma al productor del discurso, ya que esta multiplicidad de contextos posibles en los cuales se formó Durán aparecen en su obra y permiten una mejor aproximación a su manera de hacer historia. Otro objetivo de esta primera parte es investigar estas marcas para tomarlas en una especie de guía que nos conduzca al otro texto anterior, al tejido a partir del cual se nutre dicho relato. Además, explicita los elementos históricos suficientes que permiten fundamentar la versión de que el enfoque de Durán no es producto sincrético de mestizaje cultural; versión que goza de gran popularidad, avalada por investigadores como Todorov, quien afirma que en la obra de Durán se distinguen dos puntos de vista: el azteca y el español. Para Flores, Durán es precisamente producto de su circunstancia histórica. Según Todorov, al recuperar la humanidad de los indios, más que assimilarlos para hacerlos comprensibles a los lectores europeos, los hace comparables a los españoles a través de la analogía, y así fundamenta su razón para amarlos y hacerlos

sujetos que pudieran acceder al cristianismo y al cielo. La razón ejercida como acto cognoscitivo permitió a Durán descubrir, a partir de la admiración, los diversos atributos del espíritu de los indios y así amarlos. Durán construye su *Historia* como un acto de razón pero sin dejar de lado la pasión ya que, como dijo Hume, la razón es y debe ser esclava de las pasiones. De tal suerte que el saber y la admiración constituyen como universos paralelos que permiten alcanzar el plano principal de las secuencias narrativas.

La segunda parte es un análisis de la filosofía tomista que nos permite recorrer el camino hacia el saber como manera de comprender cabalmente las acciones de los indios de la *Historia*. La admiración es el hilo conductor que los guía en el ejercicio de su razón como acto cognoscitivo y de este modo descubren la orientación de sus actos. Actos que interpretados por Durán a la luz de los atributos divinos hacen del retorno a Dios la causalidad final que hace compatibles los dos universos, el cristiano y el indígena. De modo que para Durán hacer historia es un acto de amor.

En la tercera parte, la peregrinación de los aztecas en busca de la tierra prometida pone al descubierto las manifestaciones de un hacer persuasivo: la promesa y el orden. A los aztecas se les promete la tierra pero deben someterse a un mandato que les obliga a dejar su lugar originario, y pone a prueba su obediencia.

La semiótica permite visualizar un horizonte explicativo que Flores aprovecha al máximo para descubrir la manera en que el narrador, al describir el recorrido seguido por las siete tribus, construye un todo a partir de unidades narrativas diversas. Es decir, Flores describe cómo Durán elimina las incoherencias de las fuentes que representarían algún problema para la asimilación integral del relato. Así, Durán incide en el relato ampliando o eliminando secuencias que no contribuyen a integrar el relato como totalidad. En este segmento el objetivo del análisis de Flores es detectar aquellos cortes o espacios que al ser retomados permiten una lectura diferente de los acontecimientos de la *Historia*.

La última parte describe las guerras como punto medular de la interacción entre grupos y entre actores retomando la razón como

elemento constitutivo de éstas, pero sin descartar su aspecto pasional. El reconocimiento del adversario es el pivote narrativo que permite el desarrollo de la acción. El saber en este plano de la interacción se transforma en saber estratégico que permite regir los simulacros que escenifican los participantes y al mismo tiempo manipular al adversario. A través del análisis semiótico de la manipulación (que desde un punto de vista semiótico se entiende como un hacer-hacer algo) se tiene acceso a problemas como el reconocimiento de las relaciones intertribales, la construcción de escenarios de interacción y los juegos de veridicción que se llevan a cabo.

En resumen, en este libro se ensaya una manera de hacer historia similar en sus objetivos a aquélla que en el siglo XIX articulaba varios saberes con el fin de lograr una aproximación más integral y en consecuencia garantizar esa universalidad que poseía el conocimiento en esa época. Esta integración de saberes adquiere en esta obra una característica ejemplar: el equilibrio. No existe una estimación desmesurada de alguno de ellos en detrimento de los otros. Tenemos así que filosofía, semiótica, lexicografía e historia forman una continuidad que lleva a una hermenéutica privilegiada, la cual nos abre nuevos horizontes desde los cuales no pueden contemplar aquellos acontecimientos históricos que, a fuerza de haber sido manipulados varias veces desde la misma perspectiva interpretativa, han convertido a la historia en algo muerto y a la vez ajeno. De tal suerte que la transmisión del relato histórico termina por aceptarse sin dudar de la veracidad de lo relatado y sin mayor especulación acerca de la posibilidad de que el acontecimiento haya sido diferente.

Romper con esta perspectiva histórica, tradicional y dominante, no es cosa sencilla. Requiere de un rigor y una capacidad de adentrarse en la materia que no todo investigador logra. Flores sale vencedor en esta difícil empresa. Estructura de una manera muy precisa su investigación en torno a tres ejes que se continúan y dan forma a un análisis que,

aunque riguroso y formal, no se empantana en un *passe par tout* metodológico. El círculo así construido exhibe el eje del conocimiento, en el cual se muestra la manera en que los indios adquieren el saber. El segundo plano analítico, el del desplazamiento, describe el tránsito de las siete tribus hacia la tierra prometida y una vez alcanzada ésta, el tercer plano es el de la guerra, en el cual describe el problema de la interacción con otros pueblos para luchar por la tierra prometida. Este círculo, establecido por los tres momentos mencionados, redescubre, a través de una formalización semiótica impecable, un relato cuya veta innovadora se presumía agotada. Aunque es necesario no perder de vista que finalmente se trata de una propuesta de lectura y no de una verdad validada por la cientificidad de la teoría.

La virtud del libro consiste precisamente en que sin dejar de lado la formalización rigurosa, necesaria en cualquier empresa científica, incorpora varios saberes y los hace instrumentos valiosos del análisis. Es un libro inspirador pues abriga la valiosa cualidad de abrir ventanas hacia horizontes que se creían ya agotados.

Flores Ortiz, Roberto, *Saber e interacción en la Historia de las Indias de Nueva España de fray Diego Durán*, UAM, Colección Cruce de Frontera, Serie Historia, México, 1991.

Publicaciones

ENAH 1992



Cuicuilco 25
Etnografía y Literatura



Cuicuilco 26
Antropología Física:
Hombre y Ambiente



La arqueología
oficial mexicana
Manuel Gándara



Catálogo de
Investigaciones
1991-1992



Catálogo de
Tesis 1991



Historia
Historia



Historia
Historia



Historia
Historia



Caminos de Michoacán...
y pueblos que voy pasando
Claudia Espejel



Para leer en francés
Catherine Héau Lambert



Geomorfología
Carlos Córdova



En prensa:

De la ideología a la cultura
Francisco de la Peña

*Las primeras sociedades
jerárquicas*
Griselda Sarmiento



INAH



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

